

BOLCHEVISMO-2

(abril)

Los problemas de la
Revolución Española

Sobre el IV Congreso del
Partido
1932

M

MINISTERIO
DE CULTURA



Importancia histórica del IV Congreso del Partido



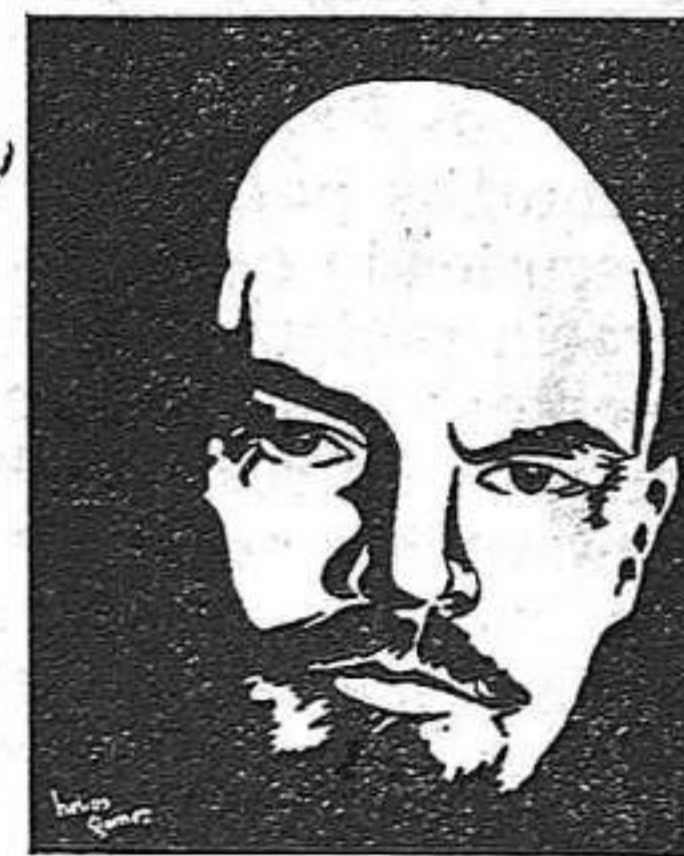
El IV Congreso Nacional de nuestro Partido ha revestido la categoría de un acontecimiento histórico, tanto por la situación objetiva en que se ha reunido, como por los problemas que debía analizar y resolver. Las masas proletarias y campesinas esperaban con ansiedad conocer sus decisiones, ya que tenían conciencia de que allí, bajo la dirección de la Internacional Comunista, iban a forjarse las armas necesarias para la lucha revolucionaria. Nuestro IV Congreso debía responder concretamente a todos los grandes problemas, a todas las cuestiones centrales de la revolución. Efectivamente, en Sevilla se reunían los delegados de las organizaciones de nuestro partido para deliberar como hombres de acción, como organizadores y directores de las masas, de cara a la revolución y a la lucha de clases. Y lo hacían en circunstancias de importancia inmensa y de gravedad excepcional, las cuales contribuían a aumentar su responsabilidad ante el proletariado.

La revolución española ha entrado en una nueva fase, más aguda y decisiva. La huelga general del 25 y 26 de enero marca el comienzo de una etapa importantísima en la lucha del proletariado por la conquista de la hegemonía, del papel director de la revolución. Las masas se lanzan impetuosamente a la acción en toda España. En Córdoba, Jaén, Galicia, Cádiz, Antequera, se producen huelgas generales, movimientos que revisten el carácter de acciones revolucionarias. Se reproducen, pero en un plano más elevado, las luchas del pasado verano. Invasión de los cotos de caza y de las grandes propiedades, ocupación de cortijos, ataques a las fuerzas armadas del capitalismo, etc.

Las luchas actuales del proletariado y de los campesinos se desarrollan, como decimos, en un plano más elevado. En primer lugar, su intensidad es mucho mayor. Al mismo tiempo han sido incorporadas a ellas masas retardatarias que, prisioneras de sus jefes traidores, no habían participado en los combates anteriores. Nos referimos a las masas de la Unión General de Trabajadores. De otra parte, las fuerzas revolucionarias actúan libres en parte de las ilusiones democráticas, comenzando a tener conciencia de que los partidos políticos que ocupan el Poder, los republicanos y socialfascistas, son los representantes de las clases y castas enemigas. Han vivido ya la experiencia de un año de República capitalista, en cuyo balance destacan las matanzas de julio en Sevilla, el bom-

SUMARIO DEL NUMERO 2 - 1.º DE MAYO DE 1932

1) Los problemas de la revolución española: J. Ballejos, Importancia histórica del IV Congreso del Partido (p. 1). Delegado del P. C. A., Cómo transformarse en un partido bolchevique de masas (p. 5). M. Adame, Del IV Congreso: Enseñanzas del debate sindical (p. 9). A. Romero, La revolución campesina, en marcha (p. 12). M. Hurtado, Estado actual de la organización del Partido (p. 16). ***, Las tareas que debe resolver la revolución española (p. 20).—2) La agresión imperialista contra la U. R. S. S.: ***, La intervención en Manchuria (p. 34).—3) Teoría y práctica del bolchevismo: N. Lenin, Una de las cuestiones fundamentales de la revolución (p. 39). A. Martynov, Cómo luchaba Lenin... (p. 44).—4) La edificación del socialismo en la U. R. S. S.: W. M. Molotov, La realización del primer plan quinquenal (p. 56).—5) Bibliografía: M. González, El Partido Comunista y el trotskismo (p. 61).—6) Documentos: I. C., Comunicado del Buró de Europa occidental (p. 63).



“bolchevismo”

bardeo de la casa de Masón, las deportaciones a Guinea, la suspensión de "Mundo Obrero", las prisiones gubernativas, la expulsión de Casanellas, etc. En fin, las grandes acciones del período presente se desarrollan con una mejor organización, y la mayoría de ellas bajo la dirección del Partido Comunista.

En una situación tal, cuando la crisis revolucionaria del régimen se profundiza y, por lo tanto, las luchas entre las clases se agudizan, se exacerban, las fuerzas de la contrarrevolución acentúan su política represiva. Es indudable que a medida que la ola revolucionaria asciende, los esfuerzos de la burguesía para contenerla y hacerla retroceder han de ser mayores. Y es en relación directa con esta agravación de la situación como ha de ser explicada la política represiva, más acentuada de día en día, de las fuerzas contrarrevolucionarias, así como la alianza de éstas cada vez más estrecha.

* * *

En el movimiento obrero español no existen precedentes de Congresos que hayan revestido el carácter de masas que ha poseído éste que acaba de celebrar nuestro Partido. El IV Congreso ha celebrado sus sesiones rodeado del proletariado rojo de Sevilla, y en la capital que es hoy el foco más ardiente de la revolución española. Cerca de cien mil obreros han enviado delegaciones directas para participar con voz consultiva en los debates; otros millares se han adherido por cartas y telegramas. Millares de proletarios llenaban el local donde se celebraban las reuniones, no sólo llevados allí por la curiosidad, sino movilizados en plan de lucha, decididos a defender heroicamente el Congreso contra sus enemigos, contra las fuerzas de la contrarrevolución y sus lacayos, que acechaban en el exterior el momento propicio para atacarle.

La Carta de la Internacional debía servir de base a las deliberaciones. Fundándose en el justo análisis que hace de la situación política de España, de los problemas de nuestra revolución y de las tareas concretas que de ésta se derivan, el Partido debía proceder a la elaboración de las normas indispensables para su ejecución. Transformarnos en un Partido bolchevique de masas, era la gran tarea que nos asignaba la Internacional. Y la gran obra que debía comenzar a realizar el Congreso. Transformarse en un Partido bolchevique significa, en primer lugar, poseer una línea política justa, una concepción exacta sobre el carácter de la revolución, las fuerzas en que descansa, el desarrollo de ella y sus perspectivas, la relación entre las diversas fuerzas que actúan, etc., único medio de poseer una táctica y una estrategia que correspondan a las necesidades, a las exigencias de la lucha revolucionaria y al momento histórico concreto. Transformarse en un Partido bolchevique significa ligarse estrechamente a las masas, ser el organizador y guía de todas sus acciones, estar a la cabeza de sus luchas, conquistar, en fin, el papel de jefe político de la revolución.

Transformarse en Partido bolchevique significa, finalmente, eliminar ese espíritu sectario engendrado por la clandestinidad en que ha vivido nuestra organización, por su apartamiento de las grandes masas, por su escasa participación como fuerza directora de las luchas revolucionarias del proletariado y los campesinos; destruir métodos de organización que son incompatibles con el espíritu de nuestros Partidos Comunistas; elevar el nivel político de todos los militantes, haciéndolos participar activamente en la vida del Partido, planteando ante ellos y discutiendo profundamente todos los problemas; establecer un régimen de democracia proletaria que no mate la iniciativa de la base y vivifique a ésta políticamente; crear una disciplina férrea; renovar los cuadros directores llevando a los puestos de responsabilidad a nuevos militantes que han probado ya su capacidad y devoción revolucionarias; combatir implacablemente todas las desviaciones y los continuos intentos de apartar al Partido de su línea revolucionaria.

En este sentido, el IV Congreso significa un paso decisivo y señala el comienzo de una etapa decisiva en la transformación de nuestro Partido en un Partido bolchevique de masas. Sus deliberaciones han puesto de manifiesto, con absoluta

evidencia, en qué sentido se orienta el Partido, su propósito de rectificar los errores cometidos en el pasado y su fidelidad absoluta a la Internacional Comunista y a la revolución.

En el informe político del Comité Central, después de un amplio análisis de la situación, se señalan a grandes rasgos cuáles son las tareas que corresponde cumplir en el momento actual de la revolución. Los acontecimientos recientes, las luchas que estos días se desarrollan en España, han confirmado la justeza del examen hecho por el Congreso. Efectivamente, vemos cómo en Antequera, Jaén, Cádiz, Galicia, las masas obreras y campesinas se han lanzado a la batalla; cómo en toda España la ola revolucionaria asciende, las masas se movilizan; cómo, en fin, la afirmación de que en la primavera actual iban a desarrollarse acciones revolucionarias de inmensa envergadura, comienza a tener una confirmación categórica. Asimismo estas acciones han demostrado la absoluta justeza de la apreciación hecha por el C. C. respecto a que todas las cuestiones políticas debían ser llevadas y resueltas en el terreno de organización; que la gran tarea hoy consiste en organizar a las masas, en dotarlas de sus órganos de combate, sin lo cual la revolución será forzosamente aplastada.

¿Cuáles son las grandes tareas que el Congreso ha señalado al Partido, y de cuya ejecución depende el porvenir de la revolución? La primera consiste en organizar al proletariado y a los campesinos, en hacer que sus luchas se desarrollen ordenadamente, sobre bases firmes, poseyendo los órganos que necesitan. Esto no es posible realizarlo sino sobre la base del frente único y en torno de un programa concreto de lucha, sobre una plataforma revolucionaria. Organizar y dirigir a las masas, realizar esta gran tarea, significa ligarnos a las masas estrechamente con carácter permanente. ¿Cómo puede ser obtenido esto? No sólo orientando el trabajo del Partido hacia las fábricas, minas y cortijos, desplazando a los lugares de trabajo nuestro centro de actividad y la base de nuestra organización, sino asimismo concediendo a las luchas económicas toda la inmensa importancia que ellas poseen. Sólo por medio de ellas puede conquistarse la dirección política de las masas; sólo a través de ellas, por el camino de esta acción en pro de las reivindicaciones inmediatas, se conduce a las masas a la conquista de los objetivos políticos fundamentales. He aquí la segunda gran tarea que ha sido señalada al Partido.

Pero éste no podrá organizar y dirigir a las masas si no transforma previamente su propia organización. Es imposible que conservando las formas y métodos actuales podamos ponernos a la cabeza de las masas. De ahí que el IV Congreso señale como una de las tareas centrales, sin la cual no podrá cumplirse ninguna de las restantes, la de que el Partido se transforme radicalmente, realizando, sin perder un solo día, el viraje que la Internacional señala en su Carta última.

* * *

La gran importancia del IV Congreso y el progreso que significa en la vida del Partido no debe impedir que analicemos las faltas y debilidades que han existido, las cuales se han manifestado tanto en el período de preparación como en las sesiones mismas.

La preparación política del Congreso no ha sido todo lo intensa que debiera. La discusión de la Carta de la I. C. y de los documentos elaborados por el Comité Central se ha desarrollado un tanto anárquicamente, sin estar sometida a una seria dirección. Asimismo, no se ha sabido ligar esta discusión a nuestro trabajo diario entre las masas, a los problemas concretos de la lucha. No era suficiente con celebrar grandes asambleas obreras para discutir en ellas los documentos que debían servir de base al Congreso; se precisaba que esta discusión se relacionara directamente con los problemas planteados en cada región y localidad. Había que dar la sensación a todos los obreros y campesinos de que los documentos, los proyectos de Tesis y Resoluciones en torno de los cuales giraban nuestros deba-

tes, iban a servir de base a toda la actuación de las fuerzas revolucionarias, que contenían la línea directriz que debía inspirar la acción de éstas. Así era como debíamos movilizar a las masas en toda España en torno de nuestro Congreso, y cómo ya la misma preparación de éste debía haber constituido un paso importante para transformarnos en un gran Partido bolchevique de masas.

Los debates del IV Congreso Nacional han expresado con absoluta claridad cuál es el nivel político general de nuestro Partido y la necesidad de elevarle. La gran confusión dominante en torno de cuestiones centrales no hace sino reflejar la escasa comprensión que sobre ellas existe entre la generalidad de los militantes. Esa misma confusión es una prueba elocuente de la insuficiente preparación del Congreso, ya que una discusión profunda y debidamente orientada debía haberla disipado.

En el informe del C. C. fueron planteadas a fondo todas las cuestiones centrales de la revolución. La discusión debía haber girado en torno de ellas y bajo ningún concepto el Congreso podía limitarse a aceptar la formulación hecha por la dirección del Partido sin discutirla ampliamente. No se trataba solamente de pronunciarse sobre la justeza de la caracterización, era preciso asimismo decidir sobre las formas prácticas de aplicación de la línea política señalada.

Asimismo la debilidad política del Congreso se manifestó en lo que se refiere a la autocrítica. No era suficiente con que el C. C. sometiera a una severa crítica la política general del Partido, las faltas cometidas por éste y, en particular, por su dirección. Se precisaba que los delegados al Congreso realizaran, por su parte, el mismo trabajo, sin temor a utilizar el arma preciosa que es la autocrítica. Los ataques de los trotskistas, la ofensiva llevada a cabo por los enemigos del Partido no podían ni debían privar a éste de ejercer una de sus más importantes funciones. La defensa del Partido y de su dirección ante los ataques de los enemigos no supone para nosotros renunciar a examinar y criticar las faltas que se cometen. Precisamente esto interesa y conviene a la burguesía. Un Partido Comunista que no reconoce sus faltas y las critica severamente no puede corregirlas, persiste en ellas y, por lo tanto, no puede conducir a las masas a la victoria.

* * *

Las desviaciones características de nuestro Partido—analizadas y condenadas ya por el Comité Central en su Resolución—se han manifestado también en el IV Congreso. La concepción oportunista respecto a la cuestión nacional ha sido expresada esta vez, no sólo por los elementos de derecha, sino también por los elementos trotskistas. Mejor dicho, éstos han desarrollado ampliamente la tesis atribuyendo un carácter reaccionario al movimiento nacional de Vasconia y Galicia, que a su juicio debe ser combatido por el proletariado. Esta concepción oportunista ha sido admitida y consagrada, días después, por la Conferencia nacional de los trotskistas.

Abierto el período de discusión del Congreso, los elementos trotskistas iniciaron un ataque a fondo contra el Partido. Utilizando el justo descontento de los militantes de base y su reacción contra las faltas cometidas por el Partido y su dirección, han pretendido desorganizar nuestras filas y desmoralizar a nuestros militantes. Los trotskistas persiguen como objetivo central la disgregación de los Partidos Comunistas. En este sentido orientaron su trabajo en España, y particularmente en Madrid.

Afortunadamente el Partido ha respondido en forma adecuada al ataque de nuestros enemigos, reaccionando rápidamente contra ellos. Fué primero el IV Congreso quien categóricamente condenó la desviación trotskista y el trabajo fraccional que se había realizado; son hoy los militantes de base de Madrid quienes se pronuncian exigiendo la adopción de severas medidas políticas y de organización contra todos los que ataquen la línea política del Partido y las decisiones de su Congreso Nacional.

* * *

El IV Congreso significa el comienzo de una nueva etapa en la vida del Partido. Nuestros métodos de trabajo han de experimentar una modificación radical. No se trata sólo de saber adoptar Resoluciones acertadas, de trazarse una línea política justa. Es preciso, sobre todo, saber llevarla a cabo, aplicarla en el trabajo cotidiano.

Estamos en víspera de una gran jornada de lucha: el Primero de Mayo. En su preparación, en la organización de esta demostración de masas debe demostrar el Partido que ha comprendido el espíritu de la Carta de la I. C. y de las Resoluciones del Congreso, y que se marcha, efectivamente, por el camino revolucionario que éste ha trazado.



Delegado del P. C. de Alemania

Cómo transformarse en un Partido bolchevique de masas (Discurso pronunciado ante el IV Congreso)

CAMARADAS: En nombre del C. C. del Partido Comunista, de las Juventudes Comunistas de Alemania y del proletariado revolucionario de este país, dirijo al IV Congreso del Partido español los más fraternales y cariñosos saludos. Seguimos con la mayor admiración las luchas heroicas del proletariado de España contra la contrarrevolución y por la liberación de los obreros y campesinos del yugo del capitalismo y del feudalismo. El espíritu de lucha de las masas, su abnegación por la revolución, el creciente movimiento revolucionario de los campesinos, constituyen un ejemplo para los trabajadores de todo el mundo, y nos dan la seguridad de la victoria.

La situación objetiva creada es tal, que la crisis revolucionaria en España va agudizándose, especialmente en relación con la crisis mundial del capitalismo. Asistimos en todos los países, y en España lo mismo, a una creciente radicalización de las masas trabajadoras. El papel del Partido consiste en ponerse al frente de estas luchas, en saber conducir las por el camino revolucionario. Tenéis, camaradas congresistas, tenemos todos, una responsabilidad inmensa.

El desarrollo del Partido español, que os permite reunir en este Congreso a trescientos delegados animados del mayor entusiasmo revolucionario, el trabajo sincero de los congresistas, su amor a nuestra Internacional Comunista, su voluntad decidida de denunciar los errores, de analizarlos, de corregirlos para afirmarse en la línea comunista, demuestran los grandes progresos del P. C. de España.

Mas es necesario observar que estos progresos no corresponden a las posibilidades objetivas de vuestro desenvolvimiento. Aquí, en Sevilla la roja, con un proletariado magnífico y revolucionario, nuestro Partido es ya un Partido de masas que supo conquistar a la mayoría de la clase obrera. Aquí el Partido ejerce ya la hegemonía sobre el proletariado. Pero en las otras ciudades, y particularmente en el campo, no existe todavía un partido de masas; continuamos siendo muy débiles, orgánica y políticamente.

¿Cuáles son las causas? Quiero utilizar para examinarlas algunas de las experiencias

hechas por el Partido alemán. Hoy, nuestro Partido ha llegado a ser un gran Partido de masas, que cuenta con mucho más de trescientos mil afiliados, con bastantes millares de células de fábrica, y contando con la influencia mayor en los centros proletarios industriales del Rhur, Renania, Berlín, Halle, Alta Silesia, etc., una influencia superior a la de los social-fascistas. Otro hecho de gran importancia: el P. C. alemán se halla perfectamente unificado sobre la base de la política marxista-leninista. El ha vencido las tradiciones socialistas, lucha con la mayor energía contra toda desviación oportunista o "izquierdista". Esta lucha permanente sobre dos frentes de todo el Partido, desde la dirección hasta la base; discusiones profundas y encarnizadas, con participación de los células, sobre todos los problemas del Partido, del proletariado y de la Internacional, es lo que se necesita para trabajar como un verdadero Partido bolchevique.

Mas no siempre ha sucedido esto. El desarrollo del Partido alemán, hasta llegar a ser un partido verdaderamente comunista, bolchevique, ha sido difícil. El movimiento organizado del proletariado alemán tiene una historia larga, y las tradiciones socialistas y reformistas eran profundísimas entre el proletariado alemán. Nació nuestro Partido de la izquierda revolucionaria de la socialdemocracia de antes de la guerra. Mas esta izquierda revolucionaria, bajo la dirección de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo, no se hallaba exenta de desviaciones mencheviques del marxismo. En problemas fundamentales, como el del papel del Partido en la revolución, el desarrollo del capitalismo, el papel de los campesinos en la revolución, la cuestión nacional, existían graves errores. La historia de nuestro Partido comienza tomando como base, no el leninismo, o sea la aplicación del marxismo en el período del imperialismo, sino el luxemburguismo. Esta fué la teoría predominante. Con esta errónea teoría, falsificada por los jefes del partido de entonces, con una indigna política reformista, nuestro Partido no estuvo preparado para la realización de sus tareas revolucionarias. En la crisis del capitalismo alemán de 1923, fué incapaz de organizar la revolución y dirigir a las masas revolucionarias. La derrota del proletariado alemán en 1923 tiene su causa principal en la inexistencia de un Partido auténticamente comunista, verdaderamente bolchevique. En 1918 el proletariado alemán no supo utilizar la victoria por carecer de un Partido Comunista, y en 1923 no pudo hacer la revolución por no poseer en el Partido un verdadero Partido Comunista. Esto demuestra, camaradas, el papel que el Partido desempeña en la revolución.

Al lado del luxemburguismo tuvimos, en la época del primer Congreso del P. C. de Alemania, en diciembre de 1918, la tendencia "izquierdista", es decir, sectaria pura. El primer Congreso adoptó la resolución de no tomar parte en las elecciones; se negaba la necesidad del trabajo en los Sindicatos reaccionarios, y respecto al problema del carácter del Partido, existía el sectarismo, influido por la ideología anarquista. Esta mezcla reformista-putschista (1) se manifestó claramente en 1921, durante las grandes luchas de Alemania. Otra vez en 1924, bajo la dirección de Ruth Fischer y otros elementos pequeño-burgueses, apareció el izquierdismo-sectario.

El sectarismo impidió realizar al Partido una justa política de masas, y no le permitió vencer a los enemigos más peligrosos del Partido: a los socialistas. En el interior del Partido existía el espíritu de secta, de tertulia, de diplomacia, en lugar de un trabajo colectivo. Se aceptaban las proposiciones de la Internacional verbalmente para no ejecutarlas; se eliminaba del Partido a los mejores militantes proletarios, preparando el terreno para las desviaciones trotskistas, derechistas, etc. La consecuencia de esto fué una descomposición formidable, la ausencia de trabajo en los Sindicatos y la pérdida de influencia sobre el proletariado.

Fué la Internacional Comunista, con el Partido bolchevique director, quien entonces, como ahora, enseñó al Partido alemán el camino que debía seguir y le permitió suprimir radicalmente el trotskismo y el oportunismo de derecha. Constituyó esto una lucha encarnizada, llevada a cabo con toda la dureza y claridad precisas para los bolcheviques.

Camaradas: Si yo os he relatado esta parte del desarrollo de nuestro Partido alemán, es a causa de que estas experiencias nuestras tienen importancia para vosotros, como para todos los Partidos de la Internacional. Sois aún un Partido joven. El Congreso de hoy es el primero que celebráis con una preparación en la base y con participación de millares de obreros. Vuestro Partido, aunque poseyendo ya grandes experiencias, continúa sufriendo un poco de las enfermedades infantiles, no ha liquidado todavía la influencia tradicional del anarquismo y del reformismo. Pero, camaradas, la experiencia de la Internacional y su ayuda activa os darán la posibilidad de avanzar, para transformaros en un verdadero Partido Comunista, bolchevique.

¿Cuál es la primera condición?

La voluntad firme de realizar las tareas trazadas por la Carta de la Internacional. Y

(1) Putsch = golpe de mano.

esto no es sólo la tarea de este Congreso, sino la base de todo vuestro trabajo ulterior. He escuchado las discusiones, y encontré en todos los camaradas una confianza total en la Internacional y en su línea política justa. Es necesario conservar y mejorar este espíritu sano, que es vuestro mejor capital, y derrotar y aplastar sin piedad a aquellos que os lo quieran arrebatarse. Es preciso luchar en el interior de nuestro Partido, sin reservas, sin sentimentalidad pequeño-burguesa, contra las tradiciones anarquistas, contra la influencia del anarquismo en nuestras filas, así como contra la influencia del trotskismo contrarrevolucionario y de todas las influencias pequeño-burguesas.

Esta influencia se observa en todo el trabajo de vuestro Partido. Quiero hablaros de la experiencia del Partido alemán en su vida interior y de los problemas de organización. Durante los primeros años de su existencia, el P. C. A. no comprendía la necesidad de una estructura leninista de organización. La democracia interior fué comprendida de una manera formal, sin entender por qué el centralismo y la disciplina proletaria son una condición indispensable para que el partido pueda realizar sus tareas. Nuestro Partido ha pagado muy caro estas faltas, estos errores. Transcurrió mucho tiempo antes de que comprendiera que la célula de fábrica debía ser la base orgánica del Partido. Fundándose en las experiencias del P. C. de A., os digo: Camaradas: ¡Romped toda resistencia, todos los obstáculos que impidan la formación de vuestro Partido sobre la base de las células de fábrica, de lugares de trabajo, de cortijos! ¡Romped la resistencia al ingreso en el Partido de los mejores obreros revolucionarios, todo aquello que se opone a la formación de un Partido de masas!

¡Conquistad la mayoría de la clase obrera, y para ello recordad que no se puede obtener la hegemonía sobre el proletariado sin actuar en los lugares de trabajo, y esto sólo pueden realizarlo vuestras células!

Otro problema.

Para preparar y llevar a cabo la revolución tiene que ser el Partido el organizador del proletariado y el director de sus luchas. ¿Cómo lograrlo? Desde luego, sólo por medio de la aplicación de la línea política justa del Partido en sus células. Es decir, que las células no podrán conquistar a las masas aplicando mecánicamente las Resoluciones del Partido, sin que los militantes de las células sean conscientes luchadores de la revolución, combatientes verdaderamente comunistas. Pero los miembros de las células no pueden luchar como comunistas ni realizar sus tareas si la dirección del Partido no plantea todos los problemas—todos sin excepción—del Partido, de la Internacional y de la revolución a las células. Así, y no de otra manera, es como hay que realizar la democracia proletaria. Así se realiza una ligazón justa entre el Partido y su base. Solamente así se eleva el nivel del Partido y se forja un partido bolchevique, el legítimo director de la clase obrera, el jefe victorioso de la revolución.

No temáis, camaradas, la elección de nuevos elementos, de obreros revolucionarios para los órganos directores del Partido. Vuestro Partido pasa hoy de diez mil afiliados. Puede tener, en el plazo de dos o tres meses, de veinte a treinta mil. Existen entre ellos centenares de camaradas abnegados, capaces para realizar trabajos de importancia, para las direcciones. Un partido que de un pequeño grupo pasa a ser un partido de masas tiene que renovar y reforzar rápidamente sus cuadros dirigentes, sus organismos directores; debe crear cuadros nuevos, dedicando a esto todos sus esfuerzos.

Es una condición indispensable para suprimir el sectarismo y estar preparados para la realización del trabajo acumulado cada día.

Algunas palabras ahora sobre la situación internacional.

La crisis formidable que ataca a la base del edificio capitalista se agudiza rápidamente; las contradicciones entre los imperialismos y, especialmente, entre el mundo capitalista y el país del proletariado victorioso socialista, la URSS, nuestra patria común, son cada día más profundas.

La burguesía cree que puede salvarse por medio de la represión feroz del movimiento revolucionario. El capitalismo conoce perfectamente la importancia de la U. R. S. S. para el proletariado mundial y sus luchas revolucionarias emancipadoras. Por esta razón, y para encontrar una solución temporal a sus propias contradicciones, los imperialistas preparan febrilmente la guerra contra la Unión Soviética. En China, y principalmente en Manchuria, existe ya una guerra la cual, dirigida por los imperialistas, es ya la guerra contra la U. R. S. S. La responsabilidad del Partido Comunista en estas circunstancias es formidable. No cabe duda de que todos los países capitalistas han de tomar parte en esta guerra contra la U. R. S. S.

Alemania como España, como cualquier otra nación, en una u otra forma. ¿Cómo luchar?

Es necesario comprender que los socialfascistas, apoyo principal del capitalismo,

son también los agentes más peligrosos del imperialismo, los jesuíticos organizadores de la guerra. Por esto es preciso vencer y exterminar su influencia entre las masas, en las filas obreras.

Los trotskistas, aliados del socialfascismo en la campaña de acusaciones calumniosas, son agentes de la burguesía y aliados del fascismo. En Alemania principalmente, mientras los socialfascistas realizan el fascismo, hay que comprender así el sentido de la alianza propuesta por los trotskistas con los socialfascistas, con la burguesía fascista de Hindenburg, imperialista y belicosa, con el enemigo mortal de la U. R. S. S. y del proletariado mundial.

Tampoco en vuestro país podréis aplastar a la contrarrevolución y organizar la etapa próxima de la revolución, sin aniquilar la influencia de los socialistas. El ataque principal del Partido español debe ser dirigido contra las fuerzas principales de la burguesía contrarrevolucionaria, contra los socialistas y también contra los anarquistas. El proletariado español, aliado a los campesinos trabajadores, no puede vencer a la contrarrevolución si no es bajo la dirección del Partido Comunista, o sea cuando la influencia de los socialfascistas y anarquistas sea suprimida. El mayor peligro para el proletariado, para la revolución, lo constituyen los socialfascistas y anarquistas. La revolución democrática, como etapa de la revolución proletaria, sólo puede ser realizada bajo la hegemonía del proletariado dirigido por el Partido Comunista de España.

El P. C. alemán lucha contra el fascismo; siendo él la única fuerza antifascista, su lucha se realiza conquistando para él a la mayoría de la clase obrera y derrotando al socialfascismo. Se desarrolla el frente único con los obreros socialistas, convenciendo a éstos de la justeza de nuestra política y de la traición de sus jefes, así como también de la política fascista de éstos. Al mismo tiempo, y precisamente porque saben ya luchar contra los jefes socialfascistas que organizan el fascismo, nuestro Partido es el único que combate a la cabeza del proletariado contra las bandas de asesinos de Hitler y los expulsa de los barrios obreros de las grandes ciudades. Particularmente nuestro Partido lleva a cabo en las fábricas una lucha sin piedad contra los fascistas, diariamente los comunistas combaten en un frente único aliados a los obreros socialistas. Todos los días caen muertos camaradas nuestros en esta lucha, asesinados por los fascistas y por la policía de los socialfascistas.

Yo os aseguro, camaradas, que el Partido alemán lucha ya hoy con todas sus fuerzas contra la guerra imperialista dirigida contra Rusia, y si los imperialistas se atreven a pasar al ataque contra la patria de los trabajadores, el Partido alemán se levantará como un solo hombre para defender a la U. R. S. S., para transformar la guerra imperialista en guerra civil, para destruir el poder burgués y hacer la revolución proletaria. El heroísmo de los obreros españoles, el trabajo serio de vuestro Congreso, atestiguan que vosotros, camaradas, sabréis cumplir con vuestro deber.

También vosotros constituís en España la única fuerza que combate a la contrarrevolución, y debéis luchar venciendo a los jefes socialfascistas y anarquistas, practicando y ampliando siempre el frente único con los obreros anarquistas y socialistas, enseñándoles cómo en sus luchas los jefes socialfascistas hacen de rompehuelgas, de agentes guardianes de la burguesía contra los obreros y campesinos, y desenmascarando también a los líderes anarquistas como aliados de la burguesía.

Debéis hacerlo llegando a ser los dirigentes de las luchas de masas de los obreros y campesinos pobres que, traicionados por los partidos burgueses, se radicalizan.

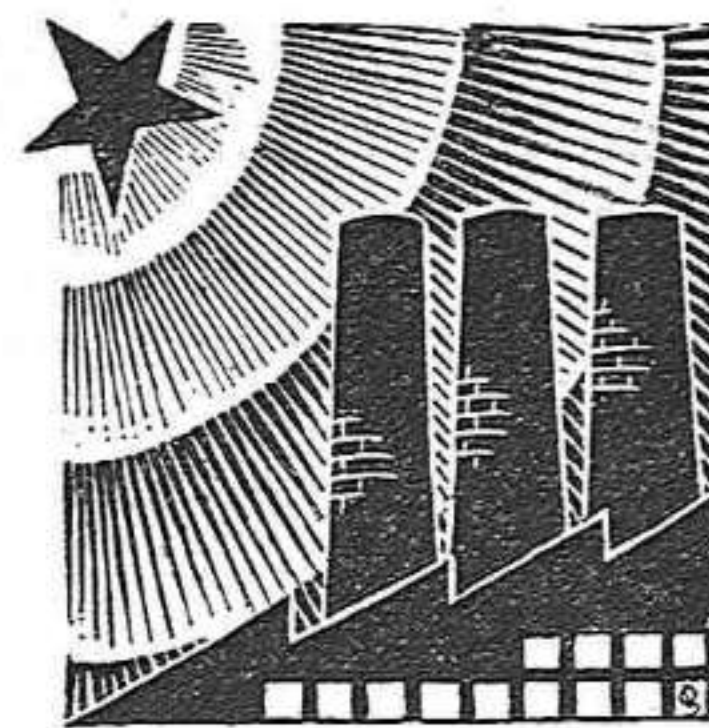
Termino, camaradas: vuestro Congreso será provechoso si todos sacáis del mismo las infinitas enseñanzas de vuestro comicio.

Los trabajadores del mundo entero fijan su mirada ahora en el Partido Comunista español, que prepara la revolución; en el Partido alemán, partido de masas, que lucha contra el fascismo; en el conjunto de los Partidos Comunistas que en el mundo capitalista podrido conducen a los trabajadores bajo la gloriosa bandera de la Internacional Comunista, de la Internacional de Lenin.

Hay que luchar decididamente y con un vigor particular contra la guerra que prepara el imperialismo, comprendido el imperialismo español. Ahí tenéis el objetivo principal de vuestra lucha revolucionaria.

Realizaréis, camaradas de España, vuestro papel histórico aplicando la línea política trazada por la Carta de la Internacional, tanto en la organización de vuestro Partido, como en su vida interior y en vuestro trabajo diario entre los obreros y campesinos.

- ¡Viva el Partido Comunista Español, como organización bolchevique de masas!
- ¡Viva la revolución española!
- ¡Viva la España de los Soviets!
- ¡Viva la Internacional Comunista!



Manuel Adame

Del IV Congreso: Enseñanzas del debate sindical y sus consecuencias

EL IV Congreso de nuestro Partido, que ha sido el primero en importancia, nos ha permitido constatar el nivel político de nuestros militantes. A través de los debates se han ido destacando todos los aspectos positivos y negativos, y en torno a los mismos, nuestros camaradas, y con ellos los obreros que presenciaban con inusitado interés el curso de las discusiones, han tomado una parte activa en la liquidación de los errores. Los delegados con sus análisis, y los obreros asistentes con su actitud de aprobación o desaprobación, según iban comprendiendo, han contribuido poderosamente a la rectificación de las faltas y al encauzamiento de toda la política de nuestro partido. Hubo un momento en el cual se notó un divorcio radical entre los obreros que asistían al Congreso y algunos delegados. Estos pidieron que “el público no coaccionara a los delegados con sus demostraciones”. Pero todo el Congreso reaccionó al punto contra los que, acusando a la dirección del partido de sectarismo, cometían la grave desviación sectaria de querer impedir a las masas obreras demostrar su entusiasmo por el porvenir de su organización de clase. Tal ha sido el rasgo más acusado del Congreso, que ha demostrado prácticamente que nuestro partido, el partido del proletariado y de los campesinos, el partido de la revolución, ha dado un viraje fundamental y se orienta hacia la conquista de las masas explotadas de la ciudad y del campo.

Sin duda, el debate que ha descubierto más faltas graves, el que ha hecho más luz acerca de muchas desviaciones, ha sido el de los problemas sindicales. Durante la discusión sobre el informe político, la pasión hizo derivar bastante el debate hacia una lucha dura y enérgica contra las desviaciones de derecha y de “izquierda”. La subestimación oportunista de algunos de los problemas fundamentales de la revolución en curso—tales como el papel de las luchas de las naciones oprimidas y el de las huelgas en un plano nacional—, y, sobre todo, el error trotskista de querer anular las etapas de la revolución—caracterización de la situación como si nos halláramos en presencia de la revolución proletaria, negación de la importancia de la alianza revolucionaria de los campesinos con el proletariado—, provocaron una reacción saludable entre los delegados, y asimismo por parte de los representantes de las organizaciones obreras y de las masas que asistían a las sesiones. ¿Por qué no ocurrió esto mismo cuando, en el debate sobre la política sindical del partido, se manifestaron corrientes oportunistas, sectarias y de “izquierda”? Yo pienso que la mayor parte de los dele-

gados creyeron, y quién sabe si lo siguen pensando, que la cuestión sindical no ha de embargar nuestra atención hasta el punto de poner en su resolución entusiasmo y firmeza. Por lo menos durante la discusión del informe sindical se notó que se atendía poco a los problemas fundamentales planteados y que los delegados, casi en su totalidad, veían las cuestiones desde el punto de vista de sus respectivas localidades.

Efectivamente, un localismo estrecho, un espíritu restringido al enfocar los problemas, ha sido el rasgo saliente del debate sindical. Cuando en nuestro informe destacamos las vacilaciones de los camaradas ferroviarios para emprender la lucha contra las Compañías y denunciábamos el hecho de que por parte de dichos camaradas, en Madrid, se hubiera pretendido negar al partido el derecho a intervenir directamente en dicha lucha, la reacción que se operó entre los delegados y los obreros que asistían a la sesión no respondió a la gravedad del asunto. En cambio, los camaradas ferroviarios se sintieron lastimados porque se sacaron a relucir en el Congreso asuntos que ellos creían buenos para ser tratados en una reunión de fracción, y no en un Congreso nacional del partido. Esto nos da a entender que la cuestión de las luchas obreras por reivindicaciones inmediatas y la participación del partido en las mismas, problema capital que tenemos planteado, no está lo suficientemente clara para nuestros camaradas. De ahí que la autocrítica que hicimos en nombre del C. C., en la cual demostramos que ni siquiera existían los órganos de dirección de nuestro trabajo sindical, no despertara un ataque vigoroso contra una dirección que no había sabido aprovechar las posibilidades que presentaban las dos Centrales sindicales y las grandes masas de inorganizados.

Pero debemos precisar bien, sin que dejen lugar a dudas, cuáles son las desviaciones más importantes que se han registrado en el debate sindical:

1.^a **Incomprensión del papel del partido en las luchas de las masas.**—Ya hemos señalado lo ocurrido con nuestros camaradas ferroviarios. Es un síntoma indudable de la subestimación de la importancia que para el desarrollo de nuestro partido, mediante el crecimiento de su prestigio e influencia entre las masas, tiene el que aparezca abiertamente y como partido de clase en todas las luchas de los obreros y de los campesinos, empezando por las entabladas para conquistar aumentos de salarios y alcanzando a las organizadas para obtener posiciones revolucionarias con la lucha por las consignas superiores de la revolución democrática. Mas no sólo nuestros camaradas ferroviarios incurrieron en tan grave falta. Los camaradas de Cataluña, al decir nosotros que se hallan completamente al margen de las luchas que se desarrollan en dicha región, tomaron la palabra, no para estudiar por qué sucedía esta anomalía, sino para decir que no eran enteramente justas nuestras palabras. Así incurrieron, de distinta forma, en una falta igual. Al negar la justeza de nuestra crítica, alegando alguna pequeña e insignificante participación en las luchas, admitían que nuestro partido se conforme con el papel de ausente de las grandes batallas de clase registradas últimamente en la región donde el proletariado tiene más densidad y, por lo mismo, aparece como un factor decisivo para todos los combates revolucionarios que se libren en España.

2.^a **Desviación "izquierdista" en relación con nuestro trabajo dentro de los Sindicatos dirigidos por reformistas y traidores.**—Prácticamente, en Vizcaya y en Asturias, nuestros camaradas renunciaron a la lucha por la conquista de los Sindicatos dirigidos por reformistas y traidores, pasando a crear nuevos Sindicatos esqueléticos, compuestos casi exclusivamente por comunistas y simpatizantes. Nuestra crítica sobre este error, no sólo no despertó una actitud radical de repulsa, sino que la delegación de Almería tomó la palabra a continuación y defendió la necesidad de crear organizaciones sindicales autónomas en la localidad que representaba. De esta manera se aceptaba expresamente la desviación de organizar otros Sindicatos frente a los existentes, sin fijar atención en la conquista de las grandes masas. Nuestra política sindical, fundamentada en el frente único

y en la unidad del movimiento sindical, por lo visto, no ha prendido lo bastante en nuestros militantes para hacerles comprender que no se trata de una consigna caprichosa, sino de una regla de conducta que debe observar todo el partido. Nuestros camaradas alegaban que la lucha en el seno de los Sindicatos dirigidos por reformistas y traidores es sumamente difícil y que no siempre da los resultados que se desean. ¿Es esto enteramente exacto? Sí. Pero un bolchevique no debe renunciar a la lucha porque presente aspectos desagradables. La creación de Sindicatos rojos donde no existen las circunstancias objetivas precisas, donde las masas no han sentido la necesidad de hacerlo así para apartarse de sus dirigentes renegados, es una desviación "izquierdista", que, como es natural, coincide con la desviación de derecha, consistente en renunciar a la lucha encarnizada contra los jefes sindicales reformistas y traidores.

3.ª Vacilación ante las acusaciones de nuestros enemigos.—Determinados delegados preguntaban angustiados si la política sindical del partido conducía a la creación de una Central sindical distinta a las existentes. ¿Qué demostraban con su actitud? Algo de una gravedad enorme para la aplicación decidida de nuestra política sindical. Los jefes sindicales socialfascistas y anarcorreformistas, a los que han hecho coro los renegados Maurín, Nin, etc., han querido presentar nuestra política sindical como una política de escisión. Toda la campaña en torno a esta acusación se ha hecho con la vista puesta en la conveniencia de ocultar la actuación francamente escisionista de los jefes sindicales vendidos a la burguesía—de los Largo Caballero, los Pestaña, etc.—, que han realizado descaradamente expulsiones de obreros y de Sindicatos revolucionarios en cuanto éstos se mostraban contrarios a su gestión en beneficio de la burguesía. Las campañas de los campeones de la escisión del movimiento obrero revolucionario español, de los enemigos más encarnizados del frente único de clase—de los Largo Caballero, Pestaña, Maurín, Nin, etc.—, han hecho vacilar a nuestros camaradas hasta el punto de atemorizarlos y de colocarlos en una posición dubitativa respecto a la justeza de nuestro trabajo sindical. En nuestro informe dijimos que no entraba en los propósitos de la dirección del partido crear una nueva Central sindical, ni existe el menor indicio que deje entrever tal intención, pero que los jefes sindicales empujan constantemente a los obreros revolucionarios fuera de las organizaciones sindicales dirigidas por ellos y, en consecuencia, multitud de Sindicatos se hallan ya desligados del movimiento sindical y forzados a proponerse la unificación de su desenvolvimiento. Los aspavientos de los renegados y traidores no pueden constituir un argumento que nos impida en algún momento llevar la lucha a fondo contra los errores y traiciones cometidas por los jefes sindicales, para arrebatarnos la dirección de las luchas y de las organizaciones del proletariado.

4.ª Oportunismo y sentimentalismo en la concepción del frente único y de la unificación del movimiento sindical.—También se ha mostrado en el debate sindical una corriente propicia a estimar la unificación de las fuerzas obreras como una finalidad. Esta concepción, completamente oportunista, ha determinado que la cuestión del frente único y de la unidad sindical, que es una de las formas de realización del frente único, fuera planteada por algunos delegados de manera sentimental y falsa. El frente único por encima de todo partidismo, la unidad sindical borrando las tendencias y otras expresiones de este género, fueron dichas por camaradas responsables. No podemos creer que lo dicho no respondía a una concepción, que fueran expresiones escapadas en el calor de las discusiones. La repetición de las mismas expresiones por distintos camaradas nos indica, por el contrario, que se concibe corrientemente la unificación del movimiento obrero como algo que puede realizarse pasando por alto las faltas, evitando la crítica y el ataque contra sus peores enemigos; en fin, prescindiendo de que para su realización es absolutamente indispensable pensar en que el frente único no es una finalidad, sino una táctica permanente que nosotros proponemos al proletariado para que triunfe en la lucha contra todos sus enemigos, incluyendo en esta denominación a los jefes sindicales traidores y las ideologías de influencia burguesa que se man-

tienen en las filas de nuestra clase. El frente único no es una transacción entre jefes, y no puede ni debe ser la deposición de la lucha contra los errores, sino la expresión de una necesidad sentida por el proletariado para conquistar, mediante la acción revolucionaria, reivindicaciones concretas que beneficien tanto a los obreros influenciados por una tendencia como a los que lo estén por otra. Porque así como sería un disparate poner por condición para la realización del frente único la liquidación automática de las ideologías discrepantes en el seno del movimiento obrero, constituiría una falta, de consecuencias incalculables, querer la armonización de todas. Las condiciones precisas para la constitución del frente único son la observancia de la más completa democracia y la participación activa de todos los obreros en la organización y gestión de los organismos basados en dicha táctica clasista.

A estos errores fundamentales pudieran agregarse otros también importantes. Otro día expondremos especialmente algunos de ellos. Por hoy, únicamente hemos querido destacar aquellos que deben corregirse más rápidamente. Nuestro partido tiene precisión de una política sindical justa y que sea aplicada sin vacilaciones. La experiencia debe decirnos que nuestra penetración entre las grandes masas proletarias depende en su mayor parte de nuestra política sindical. Claro que la política sindical del partido no puede considerarse como una pieza suelta. Toda la política nuestra debe converger firmemente hacia un mismo fin: hacia la anulación de la jefatura de los dirigentes reformistas y traidores, conquistando a las masas y colocándolas bajo nuestra dirección mediante una actuación consecuentemente clasista.

El IV Congreso de nuestro partido ha votado las tesis y resoluciones convenientes para nuestro trabajo en el presente período de la revolución en curso. La aplicación decidida de las mismas será la garantía de que nuestro partido es capaz de ponerse a la cabeza de las luchas del proletariado y de los campesinos, para remontar esta fase y alcanzar la victoria contra los vestigios feudales y el capitalismo.



Adriano Romero

La revolución campesina, en marcha

CADA día que pasa se observa el avance de la revolución en el campo y la liquidación de las ilusiones democráticas de las masas obreras y campesinas, que cifraron sus esperanzas en la República del bloque de los capitalistas y terratenientes, creyendo que ella resolvería, en beneficio de las clases explotadas, los grandes problemas planteados.

Los obreros y campesinos no acertaron a comprender, en los primeros momentos, que la burguesía no puede destruirse a sí misma y que cuando se ve

amenazada por el proletariado revolucionario, sabe maniobrar a tiempo para dar una salida aparentemente democrática a su crisis interna y canalizar la revolución que amenaza destruir su dominación de clase.

Esas masas que no comprendían al advenimiento de la República nuestra posición revolucionaria—aunque no haya sido todo lo justa que debió ser—, buscan hoy a nuestro partido, dándole la razón que anteriormente le negaban.

Esto, que demuestra perfectamente el cambio tan profundo que se ha operado en el seno de las masas campesinas, debe ser estudiado y aprovechado por nuestro partido para desarrollar la revolución y llevarla a sus finales consecuencias.

Nuevamente, después de una tregua en que las masas obreras y campesinas se han mantenido más bien a la defensiva, estamos viendo cómo los campesinos se lanzan a la contraofensiva, invadiendo los cortijos y luchando contra la Guardia civil.

En las últimas grandes huelgas (Toledo, Jaén, Antequera, etc.), vemos cómo los campesinos y asalariados agrícolas juegan un papel importantísimo en la lucha.

Las espantosas condiciones de miseria en que viven; el paro forzoso, que toma cada día proporciones más aterradoras en el campo, es lo que les obliga, a pesar de no tener una buena conciencia de clase, a lanzarse a toda una serie de acciones revolucionarias.

Son infinitos los pueblos en los cuales la inmensa mayoría de los braceros están en paro forzoso y condenados a la más negra miseria. No se trata de gentes que tienen reservas acumuladas para poder hacer frente a una situación difícil; se trata de obreros que cuando trabajan ganan un salario de hambre, insuficiente para cubrir sus necesidades más apremiantes.

Ya conocemos el procedimiento que emplean los grandes terratenientes y campesinos ricos para provocar este estado de miseria y desesperación entre las masas campesinas. Sitiarlos por hambre, para que tengan que someterse a trabajar por lo que les quieran dar y provocar el choque entre los mismos trabajadores, para que se destrocen mutuamente, mientras ellos se regocijan.

En regiones como Andalucía, Extremadura y Castilla, en vez de fomentar el cultivo de la tierra para dar ocupación a los asalariados agrícolas, lo restringen y fomentan la ganadería, que les proporciona saneados ingresos con el mínimo de riesgo.

Para que esto les salga más ventajoso, contratan generalmente a los hombres de edad avanzada, y en mayor proporción a los zagales de catorce a quince años y niños de siete a diez.

A éstos les pagan una peseta o menos, les sirven una comida insuficiente y nauseabunda, y en tales condiciones, soportando los rigores del tiempo, esclavizados durante el día y la noche, están millares de niños, jóvenes y viejos, para que sus explotadores puedan rodearse de todas las comodidades y caprichos.

Sumidos en esta esclavitud, es natural que se rebelen y luchen violentamente contra sus opresores. Pero vemos con dolor que estas luchas, en las que se derrocha gran cantidad de heroísmo revolucionario, son aplastadas por la reacción, a causa de carecer de la estrategia y de los métodos de lucha apropiados para hacer frente a un enemigo poderoso y dotado de un aparato de represión completo, así como del firme propósito de mantener su dominación de clase, aunque para ello tenga que derramarse a torrentes la sangre proletaria.

Las perspectivas del desarrollo de la revolución son favorables para nuestra clase. La bancarrota económica de la burguesía española agrava más sus propias contradicciones y destruye la posibilidad de una estabilización de la economía capitalista. Al capitalismo, por su propia estructura, le sucede que a medida que se va desarrollando va caminando abiertamente hacia su descomposición.

Acabamos de celebrar el IV Congreso de nuestro partido, en el cual, después

de examinar la fase actual de la revolución, hemos marcado al proletariado, el cual ha enviado sus delegaciones para que tomen parte en nuestras deliberaciones, el camino a seguir en los momentos presentes para sacar a la clase trabajadora de la desorientación en que se encuentra y dotarla de los mejores métodos de combate.

Dotar al proletariado de una estrategia verdaderamente bolchevique en todas las luchas que se plantean y convertir a nuestro partido en un gran partido de masas, con conciencia de su misión histórica: tales fases deben ser el eje central de nuestra actividad.

No hay posibilidad de que nuestro partido sea la verdadera vanguardia de la revolución, si no comprendemos y hacemos comprender a las masas las grandes tareas que nos plantea la revolución y la forma de desarrollarlas.

En relación con ésto, es preciso comprender bien la importancia que tiene para nuestro partido y para el propio desarrollo de la revolución la conquista de esos cinco millones de asalariados agrícolas y campesinos pobres que hay en España, de los cuales sólo una ínfima minoría están influenciados por nuestro partido o dirigidos por los Sindicatos revolucionarios afectos a la Internacional Sindical Roja.

Hasta la fecha, nuestro partido tuvo completamente descuidado, o lo trató como cosa secundaria, este problema de la conquista de los asalariados agrícolas y campesinos pobres, a pesar de su importancia como factor de la revolución que se desarrolla.

Cuando hemos visto con más claridad esto, ha sido a través de las tareas del Congreso, en el que, debido a la falta de trabajo realizado y a la desorientación que existía, no se enfocaba el problema como correspondía a un partido que tiene en presencia una situación revolucionaria y la responsabilidad de conducir al proletariado y a los campesinos, sumidos en la miseria, a su liberación definitiva.

Tenemos el deber y la responsabilidad, como vanguardia del proletariado que somos, de evitar que los movimientos que se suscitan diariamente en el campo de una manera esporádica sean ahogados en sangre.

Es preciso que sepamos tomar su dirección, para que no queden aislados y se conviertan en vastos movimientos de masas que hagan retroceder a la contrarrevolución.

Hay que poner en guardia al proletariado, arrancándoles la máscara democrática con que se cubren para engañar a las masas, no sólo a los demagogos izquierdistas de todos los matices, sino también a los jefes traidores del partido socialista y la U. G. T., así como a los jefes anarco-reformistas de la C. N. T., que son, con aquéllos, los principales responsables, no ya de la división del proletariado, sino de haber contribuido a fomentar la contrarrevolución negándose a movilizar a las masas y paralizando todas las acciones revolucionarias que el partido ha propugnado o que las masas espontáneamente han desarrollado.

Nuestro partido ha de comprender bien que uno de los peores enemigos que tiene hoy la revolución son esos jefes reformistas de todos los matices que, con una fraseología pseudo-revolucionaria, distraen a las masas, hacen promesas o lanzan bravatas que no se cumplen y dan lugar a la burguesía, mientras tanto, para que fortifique sus posiciones.

El papel de estos agentes encubiertos de la burguesía en el seno del movimiento obrero, no lo hemos señalado todavía lo suficiente para que sea bien comprendido por todos los trabajadores. Por ejemplo, sabemos que los jefes socialistas, en el aspecto de la reforma agraria, se han colocado al lado de los grandes terratenientes y de toda la camarilla reaccionaria, dejando abandonados a su propia suerte a los 200.000 obreros agrícolas con que cuenta la Federación Nacional de Obreros de la Tierra, dirigida por ellos y perteneciente a la U. G. T.

Vimos cómo en el Congreso que celebraron en Montilla de las organizaciones

de Andalucía y Extremadura, pertenecientes a dicha Federación de obreros agrícolas, se adoptaron unas resoluciones que bien podía suscribirlas cualquier organización de tipo reaccionario.

En cambio, estas formidables armas de lucha para combatir la posición contrarrevolucionaria de los jefes socialistas, no han sido bien esgrimidas por nuestro partido ante las masas que aún siguen a esos traidores.

En dicho Congreso, a pesar de estar bien amañado y de reforzarlo con un buen número de diputados socialistas, hubo una fuerte oposición que, si no tuvo valor para enfrentarse con los líderes allí presentes, sí mostró en la votación su disconformidad y su deseo de lucha contra sus opresores.

Hay una tendencia que confunde a los obreros que militan en la U. G. T. con sus jefes, y esto ha constituido un grave error. La realidad nos ha demostrado que cuando hemos sabido ligarnos a esos obreros se han incorporado a la lucha revolucionaria sin grandes esfuerzos. Es más, en Extremadura, en Jaén y otros puntos, son millares los trabajadores que han buscado a nuestro partido y que han pedido su orientación, separándose de la dirección reformista.

Son muchas las cartas que han llegado a nuestro poder, en las que organizaciones de obreros agrícolas o grupos aislados combatían la posición de sus jefes y pedían ingresar en su "querido partido", como ellos mismos lo denominaban.

También los jefes reformistas de la C. N. T. han fijado su posición en cuanto a la proyectada reforma agraria, pero todo su revolucionarismo ha quedado reducido a pedir que la tierra de los grandes terratenientes, del Estado y las órdenes religiosas sea entregada a los Ayuntamientos, y éstos a su vez la arrienden a los Sindicatos agrícolas, para que la cultiven individual o colectivamente.

También estos líderes pretenden que este problema no sea resuelto por el impulso revolucionario de las masas obreras y campesinas, que realizando el frente único de lucha se apoderen de la tierra, constituyendo los Soviets.

La posición en que se colocan los jefes de ambas centrales sindicales, los cuales dirigen centenares de miles de asalariados agrícolas y una parte de campesinos pobres, puede hacer creer a estas masas engañadas que es posible en una República a la cabeza de la cual se encuentran los peores enemigos del proletariado, dar satisfacción a sus aspiraciones y sacarlas de la miseria en que se encuentran.

Nuestro partido ha fijado también su posición lanzando un decreto-ley en el cual están contenidas todas las reivindicaciones y consignas de lucha que corresponden al actual período de la revolución.

En contraste con ese programa de lucha para movilizar a los campesinos y asalariados agrícolas, tenemos que insistir en señalar la posición de los jefes socialistas y anarcosindicalistas, condenándolos como merecen por sus descaradas traiciones.

El desarrollo de la revolución en España depende de que nuestro partido sepa conquistar a esos millones de asalariados agrícolas y campesinos pobres y los arranque de la influencia nefasta de sus dirigentes actuales, que por todos los medios han de procurar paralizar su acción revolucionaria.

Interesa, en primer lugar, a nuestro partido conquistar al proletariado de la ciudad y del campo, dotándolo al mismo tiempo de sus órganos más apropiados de lucha que radiquen en los mismos lugares de trabajo, tales como los Comités de fábrica, de taller, de mina y de cortijo.

Uno y otro, como tienen un espíritu de clase más elevado, son más fáciles de enrolar a la revolución. Es a esos campesinos pobres y medios, poseídos de un espíritu pequeño burgués a quienes más trabajo ha de costarnos conquistar y convertir en aliados de la revolución.

Es justo que consignemos aquí que, desgraciadamente, una gran parte de los afiliados a nuestro partido, como hemos podido apreciar en los Congresos regionales, no comprenden bien en presencia de qué fase de la revolución nos

encontramos ni el papel de los campesinos en esta revolución de carácter democrático-burgués. Esto, que puede dar lugar a muy graves errores y que ha sido la causa de muchas falsas apreciaciones, tenemos el deber de aclararlo bien, para que al apreciar una situación histórica determinada lo hagamos con arreglo a la línea política de nuestro partido.



M. Hurtado

Estado actual de la organización del Partido y tareas urgentes a realizar

El crecimiento rápido del partido en estos últimos meses, sin que tuviéramos preparados los cuadros para acogerlos y utilizarlos en un trabajo positivo, ha determinado que actualmente sea en el aspecto de la organización donde hay más deficiencias y donde el partido ha de realizar más profundamente el viraje. Al no ser ya nuestro partido aquel pequeño núcleo de militantes abnegados del tiempo de la dictadura, éste ha de plantearse y resolver problemas de más amplitud, y tiene una mayor responsabilidad ante los propios trabajadores que le han dado su adhesión o que dirigen hacia él sus simpatías. La entrada en el partido de numerosos obreros revolucionarios, viniendo del anarco-sindicalismo unos, del socialismo y sin haber militado en ningún campo otros, tenía forzosamente que producir y desarrollar en su seno desviaciones y tendencias que el propio partido en sus luchas debía corregir y vencer. La tendencia que más ha arraigado en nuestras filas es la sectaria, que tiene en parte su explicación, primero por los largos años de ilegalidad en que ha vivido, por la influencia del anarquismo en nuestro partido, y segundo por residuos anarquizantes aportados al partido por los camaradas que han llegado del anarquismo. El desprecio a las acciones de masas y a la organización, que tan habitual es entre los anarquistas, poseía en nuestro partido arraigo, pese a las declaraciones que constantemente hacíamos de la eficacia de esta acción. La dirección del partido ha sido largo tiempo prisionera de su propia educación y del ambiente sedarista tan desarrollado en nuestros medios.

Esta tendencia, manifestada muy fuertemente en la dirección, tenía forzosamente que tomar cuerpo en la base. Los trabajadores españoles, faltos de toda preparación política, con un exceso de propaganda anarquista, si no tenían una dirección firme que les hiciera comprender desde un punto de vista leninista la importancia de la organización, habrían de seguir inconscientemente en la mayoría de los casos las desviaciones sectarias de la dirección del partido y de su propia educación, no dándole importancia al reclutamiento en masa de los obre-

ros y campesinos revolucionarios, desarrollando una política de círculo, fijándose solamente en la "calidad" de los nuevos adherentes y viviendo la mayoría de las veces a espaldas de las masas y desligados de ellas. Y esto, tanto en este caso como al señalar la otra desviación socialdemócrata que se manifestaba en el partido, la cual negaba el papel del partido como dirigente de los movimientos económicos de los obreros y campesinos, queriendo impedir así que el partido cumpliera su misión de jefe y guía de las luchas económicas que se desarrollan diariamente. Por otra parte, quieren tener la organización como un fin, no como el medio para alcanzar el objetivo propuesto, el triunfo de la revolución.

Estas desviaciones manifestadas habían creado una tal situación en el interior del partido, que de hecho no existía una verdadera dirección centralizada que dirigiera todos los actos del partido, no pudiéndose poner al frente y dirigir las batallas de clase que los trabajadores libraban diariamente para mejorar su situación económica. Esta descentralización de los trabajos del partido, la falta de un verdadero C. C. que dirigiera y controlara los actos del partido, a base de un plan nacional y una organización bolchevique (ha permitido desaprovechar las grandes posibilidades que el partido ha tenido para su desarrollo, creando esta desproporción orgánica de unas regiones con las otras, e incluso la falta de organización dentro de las propias regiones, haciendo que el partido sólo se desarrollara normalmente en las localidades donde han residido los Comités responsables), nos muestra bien claramente la insignificancia de nuestros progresos en relación directa con las grandes posibilidades que tenemos para ampliar nuestras organizaciones. El caso concreto de Andalucía, donde el partido cuenta con sus mejores organizaciones, es bien elocuente. Tenemos en esta región 5.750 afiliados, de los cuales 1.600 corresponden solamente a Sevilla; Córdoba y provincia, 1.800; sin embargo, nuestras organizaciones de Huelva y Granada son raquíticas y los efectivos escasísimos.

En Levante, las principales fuerzas del partido y las más numerosas radican en la provincia de Alicante. Sin embargo, en la provincia de Valencia, donde está concentrado la mayor parte del proletariado industrial de la región, las fuerzas del partido son bastante escasas. Esto demuestra que ni en las regiones donde mejor se ha trabajado ha existido un plan justo de irradiación y de penetración en todos los lugares de gran concentración obrera y campesina.

En las demás regiones, la influencia del partido ofrece el mismo cuadro de desorganización. Si la metodización del trabajo en las regiones no es normal, si las fuerzas organizadas son tan desiguales en una misma región, en un plano nacional esta desproporción es más aguda. Los siguientes datos nos dan una idea exacta: En Andalucía el partido tiene 5.750 afiliados; Vasco-Navarra, 1.335; Levante, 750; Madrid, 703; Asturias, 700; Castilla la Nueva, 400; Cataluña, 400; Castellano-Leonesa, 326; Barcelona, 311; Galicia, 282; Aragón, 265; Islas Canarias, 203; Marruecos, 159. Estas cifras demuestran bien claramente, a pesar de la influencia del partido y de las simpatías con que cuenta entre los trabajadores de toda España, lo irregular que ha sido su desarrollo. Urge, pues, intensificar el trabajo en un plano nacional, centralizando la dirección, poniéndose al frente de los movimientos de masas de los trabajadores, organizándolos. Tomando para ello la experiencia y el ejemplo de aquellos lugares donde, como en Sevilla, nuestro partido es el verdadero dirigente de las luchas obreras.

La falta de vida política en el interior del partido ha sido una consecuencia de estos defectos de organización cometidos por el partido, y ha determinado que estos errores no hayan podido ser corregidos y que en muchos lugares quedara estancado en su desarrollo.

Nuestras organizaciones de base—excepto Andalucía—, en la mayor parte de las regiones, no han sabido ligarse a las masas en sus luchas diarias, subestimando el papel que juegan las organizaciones de masas. La ligazón interna del partido, desde el C. C. a los Comités regionales, y de éstos a los radios y células, era insuficiente, determinando que la dirección no pueda pulsar las aspira-

ciones de la base ni marcarle una orientación justa para la realización del trabajo diario.

Al señalarnos el Congreso las tareas que nuestro partido ha de realizar para su rápida transformación en un partido de masas y para que en consecuencia esté en condiciones de ponerse a la cabeza de las luchas económicas y políticas de la clase obrera y de los campesinos, ha fijado que toda su actividad se ha de organizar a base del más amplio centralismo democrático. ¿Por qué centralismo? Para que haya unidad en la línea política leninista, unidad para la acción contra los enemigos del partido, que realizan una lucha conjuntamente contra el partido. ¿Cómo puede realizarse la unidad de la línea política y la acción del partido? Para realizarla, todos los problemas han de ser discutidos ampliamente; pero no puede admitirse en todos los casos que para su aplicación y ejecución sean antes referendados por la mayoría. Esta concepción de que sin la mayoría no pueden ejecutarse las decisiones de los Comités responsables supone caer en la concepción de la "democracia formal" pequeño-burguesa. Existen infinidad de cuestiones en las que lo más importante no es que decida la mayoría. Pero lo que si es necesario en todo momento es que el partido, en su conjunto, comprenda la justeza de la línea política a desarrollar, y de acuerdo con el C. C. haga la unidad política del partido. Esto es lo que necesita el partido, y no la mayoría formal, sin una verdadera compenetración política.

Ejemplos de cómo la mayoría formal no es la verdadera democracia que debe inspirar toda la actuación del partido, la tenemos claramente en el desenvolvimiento del partido socialista y de la U. G. T. Todos los camaradas conocen millares de casos que demuestran cómo en estas organizaciones es la dictadura de sus jefes la que prevalece, no existiendo unidad política ni de acción en su actuación; y, sin embargo, en sus Congresos es esa democracia formal de las mayorías fabricadas y sostenidas por toda una cadena de burócratas, la que impide oír la voz de los verdaderos obreros de esas dos organizaciones.

¿Qué entendemos por centralismo democrático? Los comunistas entendemos por centralismo democrático, no el acatamiento ciego a una disciplina mecánica e irresponsable, sino a una disciplina consciente, aceptada voluntariamente por todos los afiliados al partido. En los partidos comunistas las directivas del Centro se aceptan y realizan por la compenetración que ha de existir entre la dirección y las organizaciones de base, y esto es necesario para que la dirección pueda movilizar y encauzar las fuerzas y actividad de nuestro partido para la realización de los problemas y acciones que nos plantea el desarrollo de la revolución. Por esto, nuestro partido no puede aceptar la democracia formal pequeño-burguesa, que lo inmovilizaría para obrar rápidamente.

Esto concretamente es lo que nuestro partido, al igual que la Internacional, entienden por centralismo democrático: dirección única para las luchas y mando único para organizar y dirigir las batallas, desarrollando lo más ampliamente posible la democracia en el interior del partido para todos los asuntos, y que la base del partido esté informada a tiempo de todos los problemas que afecten a la vida política e interna de nuestra organización; claridad ante todos los militantes y ante toda la clase obrera que sigue y se interesa por los problemas y por la actuación revolucionaria del partido.

Así, pues, la organización del partido ha de realizarse dentro de la más amplia democracia proletaria, no olvidando lógicamente la actuación ilegal que ha de ligarse en todo momento con la actividad legal que desarrollamos.

Hemos de luchar también contra la democracia formal y pequeño-burguesa de los enemigos del partido, que se ha manifestado en alguna de nuestras organizaciones, y contra las supervivencias social-demócratas que aún existen en nuestras filas.

La reglamentación de la discusión de todos nuestros problemas en nuestra organización adquiere en estos momentos una importancia capital para el desenvolvimiento del partido. Pero no hay que confundir querer la reglamentación de

la discusión en nuestra organización con la prohibición de que la base discuta, ni con la negativa del derecho que tiene a la información y discusión de todos los problemas y actividades del partido. La base, como tal, ha de intervenir en todas las cuestiones organizativas del partido; hay que alentar y desarrollar sus iniciativas por todos los Comités responsables; todos los problemas, y muy particularmente en estos momentos los de organización, han de resolverse dando una amplia intervención a la base. De esta forma estrecharemos las relaciones entre nuestras organizaciones y su dirección, facilitando la compenetración política y la solución de todos los problemas.

Las relaciones entre el C. C. y los Comités regionales y la de éstos con los radios y células del partido, ha de establecerse por medio de la asistencia directiva de los miembros dirigentes a las organizaciones de base, por informes periódicos de los Comités regionales y de radios a los organismos superiores, etc., de forma que la dirección del partido esté en todo momento informada de la situación de nuestra organización, para que pueda realizar un verdadero control y dirigir eficazmente su acción entre las masas laboriosas.

El trabajo colectivo de los Comités y los afiliados es otro de los problemas que ha de resolverse con más rapidez. El Congreso ya señaló muy justamente la necesidad de ampliar los Comités, que ya ha sido comenzada, y que hay que completarla con la colectividad en el trabajo, entrenando para todo el trabajo diario a la mayor cantidad posible de obreros, dedicando las actividades de cada militante para aquello de que sea más capaz y esté mejor preparado. Las nuevas direcciones del partido han de realizar rápidamente el viraje en este aspecto, propuesto por la I. C. y aceptado por nuestro Congreso nacional. La ampliación de las direcciones regionales, de radios y de células, ha de realizarse con la más amplia democracia y responsabilidad para el trabajo, las comisiones de trabajo para cada secretariado, el trabajo colectivo de todos los órganos y de todos los militantes debe ser la consigna fundamental en estos momentos de gran responsabilidad. Todos los militantes, si verdaderamente queremos que nuestro partido sea la vanguardia revolucionaria de los obreros y campesinos en sus batallas de clase, debemos luchar implacablemente contra el individualismo pequeño-burgués en nuestras filas y contra la desmoralización que los trotskistas y demás agentes de la burguesía quieren introducir en nuestras organizaciones. Sólo por medio de un trabajo colectivo podrá dar el partido el rápido viraje en la organización que la Internacional reclama, y nos servirá para la creación de amplios cuadros de militantes que, acoplándolos a un trabajo concreto, darán un gran rendimiento y facilitaremos su formación.

Todas nuestras actividades han de encauzarse hacia la conquista de las grandes fábricas, de los grandes centros de concentración agraria. Allí donde existan grandes núcleos de trabajadores, hay que desarrollar la mayor actividad por parte de nuestras organizaciones. Un partido comunista que no concentra sus mayores actividades allí donde están los grandes núcleos de trabajadores, será siempre un partido raquítrico, sin ninguna ligazón con las masas obreras y campesinas.

El C. C. del partido, todos los militantes, han de plantearse concretamente la cuestión siguiente: ¿Puede el partido, con su organización, con sus efectivos actuales, resistir victoriosamente un ataque de la reacción? ¿Puede igualmente ser el dirigente de las luchas de los trabajadores de la ciudad y del campo? Naturalmente que no. Los órganos responsables del partido, con todos nuestros militantes, han de transformar el partido en una potente organización de masas. Para ello es necesario que todos los militantes, desde la dirección a la última célula, se pongan al trabajo y lo hagan con una compenetración constante y prestándole por parte de todos la máxima atención.



*** (''Internacional Comunista'')

Las tareas que debe resolver la revolución española (*)

1) La situación política general en el país

LOS acontecimientos revolucionarios que se han desarrollado recientemente en España han confirmado plenamente las directivas de la Internacional Comunista, contenidas en la Carta del Bureau occidental del C. E. de la I. C. a todos los miembros del Partido Comunista de España.

“Las perspectivas inmediatas—leemos en esta carta—aportarán no la “paz social”, no un “equilibrio” político estable, sino **encarnizadas batallas de clase, nuevas explosiones de tormentas revolucionarias...**”

El movimiento revolucionario del proletariado español, después de algunos meses de ritmo de desarrollo relativamente lento, se encuentra otra vez en un momento ascensional. ¿Qué es lo que caracteriza, en realidad, la verdadera situación política de España? En España asistimos a una **constante agravación de las contradicciones y conflictos de clase.**

La agravación de la lucha de clases ha hallado su más clara expresión en una serie de **huelgas generales de masas** en las ciudades más importantes y en los centros industriales del país (Barcelona, Sevilla, Bilbao, Málaga, Coruña, etc., etc.), en **movimientos políticos locales de los obreros agrícolas y campesinos** (huelga política de los obreros agrícolas de la provincia de Badajoz, en la que participaron decenas de miles de obreros, toma de la tierra de los latifundistas por los campesinos en La Almarcha, Feria, Zalamea, etcétera), en las **tentativas espontáneas** de los obreros y campesinos de **desarmar a la guardia civil y de armarse ellos mismos** (desarme de la guardia en Manresa, Coruña, Sagunto, desarme de la guardia civil de Castilblanco por los campesinos, confiscación de municiones en Sallent, asalto del arsenal en Suria, toma de las armas por los mineros de Solsona y Figols, etc.), en la **toma de los establecimientos del Estado y municipales por las masas revolucionarias** (Berga, Suria, etc.).

La huelga general de Sevilla, lo mismo que el movimiento huelguístico en Pontevedra, Alicante, Córdoba, todos ellos de carácter combativo, han sido dirigidos enteramente por el Partido Comunista de España. Estos movimientos se han hecho bajo las siguientes consignas: por la satisfacción inmediata de las reivindicaciones de los ferroviarios; por la expulsión inmediata de los grandes terratenientes y la entrega de la tierra, sin ningún trámite ni indemnización, a los campesinos pobres y obreros agrícolas; por la elevación en un 100 por 100 de los salarios de los obreros agrícolas; por el 25 por 100 de aumento en los salarios de todos el proletariado; por la jornada de siete horas; contra la ley de defensa de la República; contra la prohibición y persecución de que son objeto el Partido Comunista de España, la Federación Anarquista Ibérica y otras organizaciones de obreros y campesinos; por la libertad inmediata de todos los presos políticos de la clase obrera; por la disolución inmediata de la guardia civil; por la disolución y expulsión de las órdenes religiosas; contra el Gobierno del hambre, de la miseria

(*) Este trabajo había de servir de material político para el IV Congreso. Este se ha celebrado, pero ello no impide publicar este importantísimo estudio de la situación española.

y del paro forzoso; por el gobierno revolucionario de los obreros y campesinos—lo que acredita que el P. C. de España aprende rápidamente a enlazar, en la lucha de masas, las reivindicaciones parciales de los obreros con las consignas políticas actuales.

Al mismo tiempo, ya antes del nuevo ascenso del movimiento de masas de fines de enero de 1932, se advertían en el movimiento obrero actos encaminados a crear un **frente único revolucionario por abajo**, dirigido y organizado por el P. C. de España.

Toda una serie de huelgas (por ejemplo, la oleada huelguística de noviembre en Bilbao, en la que participaron más de 8.000 obreros de tres fábricas que habían sido hasta entonces fortalezas de los sindicatos reformistas) han sido sostenidas con éxito sobre la base de la táctica del frente único hecho por abajo, en la lucha contra los patronos y los jefes de la U. G. T.

En Zaragoza fué impedido un mitin del sindicato ferroviario reformista, porque los auditores no dejaron hablar a uno de los líderes del partido socialista, Trifón Gómez, al que acogieron con gritos de “¡Abajo Prieto!”, “¡Viva el frente único!”, “¡Viva la huelga!”.

El sindicato reformista de impresores ha pedido la disolución de la guardia civil y la abolición de la ley de defensa de la República, aprobada por los ministros socialistas contra los comunistas y los sindicalistas revolucionarios.

A la convocatoria lanzada por los sindicatos de San Sebastián, que se encuentran bajo la dirección del P. C. de España, a todos los sindicatos del país para que participen en la conferencia pro-unidad sindical que ha de celebrarse en febrero, han respondido manifestando su conformidad más de 80 organizaciones con 170.000 afiliados, algunos de los cuales pertenecen a la U. G. T. y a la C. N. T.

El Partido Comunista y los sindicatos revolucionarios han dado los primeros pasos hacia la conquista de la mayoría de la clase obrera. La táctica del frente único por abajo para la lucha por las reivindicaciones inmediatas y la unidad sindical, allí donde ha sido aplicada, ha suministrado al Partido la posibilidad de extender su influencia, de penetrar entre las masas y de arrastrarlas a la lucha bajo su dirección. La iniciativa de la unidad sindical revolucionaria tomada por el Partido ha tenido grandes resultados en los sindicatos autónomos y hasta en los afectos a la U. G. T. y la C. N. T., a pesar del franco sabotaje de los jefes, y ha encontrado una entusiasta acogida entre las masas no organizadas.

El Partido y los sindicatos revolucionarios preparan cada vez más activamente las huelgas y estimulan a los obreros al combate (ferroviarios, metalúrgicos, etc.); penetran gradualmente en las empresas y se esfuerzan en arraigarse en fábricas y talleres.

El Partido extiende su organización por las diferentes regiones del país y va adquiriendo una base en escala nacional. El número de sus afiliados aumenta. El diario del Partido, “Mundo Obrero”, suprimido ya varias veces por las autoridades republicanas, ha pasado a ser un verdadero órgano de las masas obreras y campesinas. La más clara demostración del sostén del periódico comunista por parte de las masas trabajadoras es la suscripción abierta por “Mundo Obrero” en diciembre, y en la que se recaudaron en pocos días cerca de 20.000 pesetas. La tirada del diario se eleva a 35.000 ejemplares, superando la tirada del órgano de los socialistas y equiparándose con la del órgano de los anarcosindicalistas.

Sin embargo, a pesar de los triunfos de la táctica del frente único y del robustecimiento de la influencia del Partido, el movimiento sigue siendo de todos modos en gran parte espontáneo. Las ilusiones y las formas de lucha anarcosindicalistas están aún muy extendidas entre las masas e impiden todavía en un grado considerable la lucha organizada. El Partido Comunista no dirige suficientemente la consolidación, desde el punto de vista de organización, de los triunfos alcanzados por el proletariado. Es muy característico, y no constituye el único ejemplo, la **inactividad de los comités de fábrica** elegidos en Sevilla con motivo de una huelga del verano pasado. Y la tarea de organizar al proletariado, de organizar y dirigir la revolución, es la tarea central más importante del momento.

El nivel alcanzado por el movimiento en el país es **desigual**. Al lado de lugares con un movimiento de vanguardia, donde el Partido Comunista ha alcanzado un influjo decisivo en las masas del proletariado (Sevilla) o donde va camino de ello (Bilbao), y en los cuales la lucha del proletariado se distingue por sus consignas económicas y políticas relativamente **claras** y da ejemplo de organización y de disciplina (es de señalar, sin entrar en la apreciación de la táctica del Partido en el último movimiento, que la huelga general de Sevilla y otros lugares comenzó el 25 de enero, es decir, el día fijado previamente por el Partido Comunista), hay comarcas de movimiento **atrasado** (por su nivel de conciencia y organización).

A estas últimas pertenece **Cataluña** y particularmente el centro proletario más po-

tente, **Barcelona**, donde los comunistas, a pesar de las condiciones favorables, a pesar de la gran amplitud del movimiento revolucionario espontáneo, no han logrado hasta ahora, a causa de su **insuficiente estimación de la significación de la cuestión nacional** y de sus errores sectarios en la aplicación del frente único, una influencia directora entre las masas del proletariado y donde, a consecuencia de esto, la dirección del movimiento de masas de la clase obrera es ejercida por la C. N. T. anarcosindicalista, que se encuentra en estado de disgregación. Sin embargo, la dirección anarcosindicalista en esta región—decisiva para la suerte del movimiento proletario en España—desorganiza al proletariado, lo aparta tanto de la lucha política contra el gobierno republicano, como de la lucha por sus reivindicaciones económicas parciales, sometiéndole por tanto al influjo de la burguesía, lo extenua con sus manifestaciones estériles y desorganizadas bajo consignas sin persistencia e imprecisas.

Asimismo, en otro gran centro proletario, **Bilbao**, donde la influencia del Partido crece, donde en los últimos tiempos el Partido ha sabido dirigir con acierto una serie de huelgas en empresas donde antes eran fuertes los reformistas, **el influjo de los socialistas no ha sido aún enteramente eliminado.**

Sin embargo, es absolutamente evidente que sin conquistar la mayoría de la clase obrera en las **regiones decisivas del país**—y a ellas pertenecen indiscutiblemente Barcelona y Bilbao—, es imposible la lucha victoriosa, triunfal por el derrocamiento del régimen burgués-agrario, por el establecimiento de la dictadura democrática del proletariado y los campesinos en forma de Soviets.

El retraso del Partido se manifiesta visiblemente, sobre todo, en que no **dirige aún el movimiento huelguístico de masas**, que estalla espontáneamente muy a menudo, contra la voluntad de los jefes socialistas y anarcosindicalistas, en las diversas regiones del país. En realidad, ¿quién dirige la ola de huelgas que se extiende casi por toda España? En la mayoría de los casos, no la dirige el Partido, ni nuestras organizaciones sindicales, sino las organizaciones anarcosindicalistas, que conducen las huelgas a la derrota. Ciertamente, las huelgas recientes de Sevilla las han dirigido el Partido y nuestros sindicatos. El trabajo del Partido durante la última huelga de Bilbao fué muy serio. El Partido trabaja activamente en la preparación del movimiento huelguista en Madrid. Pero en el resto del país dirigen las huelgas y las traicionan los jefes de la C. N. T.

Ahora bien, sin dirigir el movimiento y deshacer las maniobras efectuadas por la burguesía y los jefes socialistas y anarcosindicalistas para romper las huelgas, es imposible dirigir acertadamente la revolución.

Es indudable también que el proletariado español (a causa, en primer término, de la debilidad de su vanguardia política: el Partido Comunista), no ha sabido todavía organizar y llevar a la lucha a **los campesinos**, cuyo movimiento, aunque se ha intensificado en los últimos meses, permanece aún en la mayoría de las comarcas en un **bajo nivel** y no abraza sus capas esenciales en las regiones decisivas de España. Las supervivencias socialdemócratas y anarquistas, así como la insuficiente lucha contra los que se inclinan al trotskismo y contra los confusionistas en el propio Partido, explica la escasa actividad del trabajo de este último entre los campesinos. A pesar de que en los últimos tiempos se advierte un viraje en este dominio, incluso los recientes llamamientos del Partido a los campesinos son muy poco concretos y, lo que tiene mayor importancia, no son lo suficientemente aptos para organizar y desarrollar el movimiento agrario revolucionario. Así, por ejemplo, en dichos llamamientos, el Partido no determina su posición frente a las consignas de los campesinos en las regiones donde existe un movimiento de masas, frente a la **toma de la tierra de los grandes propietarios**, a su reparto, a la **toma y reparto de las cosechas de los grandes terratenientes**, a la organización de la resistencia contra los latifundistas y la guardia civil, a la defensa armada de las tierras arrebatadas a los grandes propietarios. Y, sin embargo, el **eslabón fundamental** capaz de fomentar y organizar la revolución agraria, consiste ahora precisamente en esas exigencias de los campesinos y en la tarea de crear **comités de campesinos.**

La debilidad del trabajo de los comunistas entre los campesinos no podía dejar de reflejarse en el estado del **ejército**, el cual, a pesar de que el Partido Comunista ha logrado organizar en una serie de ciudades manifestaciones en los cuarteles y de que entre las masas de soldados reina un gran descontento, sigue, **en lo esencial**, sometido a sus jefes y participa en la lucha de clases al lado de los terratenientes y de la burguesía contra el pueblo. La **pasividad** del Partido explica en gran parte este retraso del movimiento de soldados con respecto a los acontecimientos revolucionarios. Y, sin embargo, la **lucha por el ejército**, al lado de la lucha por el **armamento** de los obreros, es una tarea **práctica** del momento actual.

El propio Partido dista mucho de haberse transformado en un Partido Comunista **bolchevique de masas**. Durante mucho tiempo "se hallaba y desgraciadamente se halla aún, presa del sectarismo y de las tradiciones anarquistas" (carta del Bureau occidental del C. E. de la I. C.). Precisamente estas circunstancias internas (así como los errores y tendencias oportunistas de derecha), impiden su enlace con las masas.

* * *

Todas estas debilidades del movimiento no amenguan en modo alguno, sin embargo, la significación de la lucha creciente del proletariado. Los acontecimientos muestran las gigantescas posibilidades revolucionarias que encierran las masas del heroico proletariado español, muestran qué vigor será capaz de manifestar, bajo la dirección del Partido Comunista, cuando se logre destruir definitivamente su confianza en los jefes anarcosindicalistas y socialistas, cuando consiga desarraigar de raíz sus ilusiones democráticas y anarcosindicalistas, aun fuertes, aunque se debiliten cada día más, que corroen su energía e iniciativa, que encarrilan su lucha por una vía falsa que no abre ninguna perspectiva no sólo para el abatimiento revolucionario de la dominación de la burguesía y los terratenientes, sino hasta para la organización de una resistencia con las menores probabilidades de éxito, frente al ataque creciente de la burguesía y los terratenientes contra el nivel de vida del proletariado y las masas trabajadoras, contra sus libertades políticas elementales, contra sus organizaciones revolucionarias (y, en primer lugar, contra el Partido Comunista). Y, sin embargo, este ataque creciente de las clases explotadoras es cada día más enérgico y tenaz.

La constante agravación de la crisis económica y agraria, la baja de la cotización de la peseta, la reducción de la producción industrial, la mengua de la fertilidad de los cultivos agrícolas, la catastrófica disminución de la exportación, todas estas manifestaciones de la crisis económica, van acompañadas de despidos en masa de obreros en las fábricas y explotaciones agrícolas (el número de parados completos en la ciudad y en el campo se aproxima al millón), de un ataque contra los salarios, tanto por una reducción efectiva de los salarios impuesta por los patronos, como por el establecimiento de impuestos sobre los salarios para cubrir los gastos de los seguros sociales (decreto del ministro "obrero" y "socialista" Largo Caballero sobre el seguro de maternidad obligatorio a costa de los obreros), de la destrucción sistemática de los sindicatos revolucionarios por parte de las autoridades republicanas locales, de detenciones en masa de comunistas, en fin, del terror blanco cada día más agudo, ejercido por la guardia civil y los oficiales.

La burguesía española sostiene este ataque utilizando también todo el atraso cultural y de organización del proletariado español, azuzando a sus organizaciones profesionales una contra otra, luchando por todos los procedimientos contra la atracción de las masas obreras hacia la unidad. La burguesía se esfuerza en encender la guerra civil entre los obreros, provocando sistemáticamente colisiones entre sus diversas organizaciones, utilizando el pistolerismo, etc., para impedir el desarrollo de la guerra civil entre el proletariado y la burguesía. Los jefes de los sindicatos reformistas y anarcosindicalistas intervienen en calidad de vehículos directos de este ataque en el interior de la clase obrera, ora actuando abiertamente como organizadores del esquirolaje y escisionistas del movimiento sindical, ora encubriendo su traición con toda suerte de razonamientos sobre "la imposibilidad de sostener luchas económicas en período de crisis", sobre la "inadmisibilidad de las reivindicaciones excesivas de los obreros que amenazan las conquistas de la revolución", etc., etc.

La burguesía y el Gobierno republicano burgués-agrario no están contentos, sin embargo, con estos servicios de los rompehuelgas y embaucadores socialistas y sindicalistas, y empiezan a emplear cada vez más tenazmente los métodos del **ataque franco** contra toda suerte de manifestaciones de lucha, entre otras, contra la lucha económica de la clase obrera española. Los meses que han precedido a los últimos acontecimientos testimonian el **refuerzo de la reacción política** y el robustecimiento simultáneo del revolucionarismo de las masas obreras y campesinas, el comienzo de un ataque feroz de los patronos y del Estado burgués-agrario (con el apoyo del partido socialista y de los líderes anarcosindicalistas) contra la clase obrera y los campesinos. La ola de fusilamientos en masa de manifestantes pacíficos por la guardia civil, de represiones sangrientas de los campesinos revolucionarios, de asesinatos de obreros revolucionarios desarmados, culpables únicamente de haber tratado de mejorar sus salarios por medio de la huelga, se extiende por todo el país.

Así, a principios de diciembre del año pasado, la guardia civil trató de ahogar en sangre la gran huelga de Gijón (**4 obreros muertos y 12 heridos**); en Zaragoza, la huelga

contra el seguro obligatorio costó **un obrero muerto y otro gravemente herido**; el 14 de diciembre la guardia civil dispara contra una **manifestación pacífica**, organizada por los sindicatos de la C. N. T. de Huesca en honor de los héroes locales de la revolución burguesa-democrática, caídos en la lucha contra la monarquía; **hiriendo a muchos obreros y matando a uno**; el 27 de diciembre, ametrallamiento de una **manifestación de obreros agrícolas** y campesinos en La Almarcha: 2 muertos y muchos heridos; la misma guardia civil se esfuerza en sofocar por las armas el movimiento de los obreros agrícolas y campesinos de la provincia de Badajoz, en el que participan 80.000 personas; sin embargo, como la guardia civil asesinara a un viejo campesino, las masas revolucionarias respondieron **desarmando a la guardia civil**. En enero, la represión se intensifica. El 2 es ametrallada por la guardia civil una **manifestación pacífica** en Zalamea (**2 muertos y muchos heridos**); en Puertollano, 1; el 3, la guardia civil hace correr un río de sangre en Arnedo, donde ametralla a una **manifestación pacífica de hueiguistas afiliados a los sindicatos reformistas, 4 mujeres, 1 hombre y 1 niño de tres años muertos; 30 hombres y mujeres heridos, tres de los cuales mueren al día siguiente**. El 17 de diciembre se produce en Bilbao una colisión sangrienta entre obreros socialdemócratas y católicos tradicionalistas, provocada por los últimos: 3 obreros y un católico muertos. A raíz de esto se declara en Bilbao la huelga general y se organizan manifestaciones populares de masas.

La burguesía y los terratenientes desencadenan la guerra civil, esforzándose por ahogar en sangre el movimiento revolucionario de los obreros y campesinos, por extenuar al proletariado, por impedir, mediante detenciones en masa, la preparación de sus cuadros directores revolucionarios, en reducir sus organizaciones revolucionarias (y en primer lugar el Partido Comunista) a la ilegalidad.

La lucha revolucionaria creciente del proletariado—huelgas generales en Sevilla, Bilbao, Barcelona y otras localidades—iniciada el 20 de enero de 1932, que acredita la constante agravación de la crisis, obliga a la burguesía y a los terratenientes a movilizar todas sus fuerzas para sofocar en sangre el movimiento revolucionario.

El Gobierno burgués-agrario de Azaña-Largo Caballero efectúa detenciones en masa de comunistas (en Barcelona, Sevilla, etc.). Toda la prensa comunista está prohibida. Se envían grandes fuerzas armadas a las regiones donde los combates son más agudos; en Barcelona y Sevilla y las localidades circundantes, el Gobierno republicano concentra escuadrones de caballería, baterías de artillería, escuadrillas de aviones, buques de guerra. En Sevilla, la víspera de la huelga general fijada por el Partido Comunista y los sindicatos para el 25, todos los puntos estratégicos de la ciudad estaban ocupados por las tropas; se apostaron ametralladoras en las azoteas; los locales de las organizaciones obreras fueron clausurados. El jefe del Gobierno contrarrevolucionario, Azaña, al que las Cortes republicanosocialistas de la burguesía y los terratenientes dieron un voto de confianza y plenos poderes dictatoriales, declara que reprimirá enérgicamente todo alzamiento, el jefe de la expedición punitiva de Barcelona amenaza con castigar brutalmente al pueblo y dice que no tolerará ofensas ni amenazas “no sólo de hecho o de palabra, sino ni con la mirada”. El ejército y la guardia civil toman por asalto las fortificaciones levantadas por el pueblo revolucionario. En Berga, Sallent, Manresa, las colisiones armadas entre los obreros y las tropas gubernamentales duran varios días.

El **partido socialista**, partido gubernamental, interviene en calidad de **fusilero de vanguardia de la contrarrevolución**. Dicho partido excita al Gobierno, al ejército, a la guardia civil, a que castiguen más brutalmente a los obreros y campesinos, a los comunistas. Su órgano central, “El Socialista”, considera que el Gobierno de verdugos presidido por Azaña, que ametralla a los obreros y campesinos, da pruebas de una “tolerancia que los enemigos de la República toman por impotencia”. Toda su agitación va dirigida **contra el Partido Comunista**, el único partido del proletariado, **contra la huelga general política** fijada por el Partido Comunista para el 25 de enero y realizada por él en Sevilla.

“Se alzan los elementos rojos más extremos—escribe “El Socialista”—; estos posesos se aprovechan arteramente de la libertad que no han merecido... Confiamos en que el Gobierno republicano cesará en su actitud de tolerancia y en que no permitirá que una provincia tras otra, una ciudad tras otra sean teatro de acontecimientos dolorosos, que amenazan degenerar en guerra civil.”

Los cuadros directivos del anarcosindicalismo, en medio del desarrollo de la lucha revolucionaria de masas en el país, **se han aproximado aún más al partido socialista gubernamental**, sosteniéndolo desde fuera, rompiendo las huelgas junto con él e interviniendo **junto con él contra la huelga general del 25 de enero**.

Así, por ejemplo, los **sindicatos anarcosindicalistas de Asturias, Galicia, Zaragoza**, han publicado una declaración pidiendo a los obreros que **no participen en la huelga general organizada por el Partido Comunista**. Los líderes anarcosindicalistas han puesto así al

descubierto su traición, su papel de **auxiliares** del Gobierno burgués-agrario de Azaña-Caballero, de **auxiliares de los verdugos**, de la guardia civil republicana, papel que encubren únicamente con frases demagógicas y con su aventurerismo práctico, nocivos para la causa de la clase obrera y beneficiosos para la acción de la burguesía.

* * *

¿A qué obedece este paso franco de las autoridades burguesas-agrarias a la política de aplastamiento y destrucción del movimiento revolucionario de los obreros y campesinos?

A la creciente **polarización** de las fuerzas de clase en movimiento, a la creciente revolucionarización de las masas trabajadoras que comienzan a perder sus viejas ilusiones, su confianza en los capitalistas y terratenientes, su fe en los jefes socialistas y anarcosindicalistas; a la creciente insolencia de la burguesía contrarrevolucionaria y de parte de la pequeña burguesía urbana arrastrada por ella. En esto se **diferencia** la situación política actual de la que se formó inmediatamente después de los acontecimientos revolucionarios del 14 de abril de 1931.

“La reagrupación de las clases y los partidos que comenzó cuando las jornadas de abril, ha adquirido ya contornos bien precisos. Nos hallamos enfrente de una nueva disposición de las fuerzas de clase y de partidos. El papel dirigente está desempeñado, en el campo de la contrarrevolución, por la gran burguesía republicana apoyada por las fuerzas de la contrarrevolución monárquica—los terratenientes, la iglesia, el cuerpo de oficiales, etc.—, que someten a la pequeña burguesía urbana y sus partidos, los partidos burgueses y pequeño burgueses de los nacionalistas catalanes, etc. El campo de la revolución está constituido por el proletariado y los campesinos” (carta del Bureau Occidental del C. E. de la I. C.).

La burguesía, que ocupa el poder formando un bloque con los agrarios desde la caída de la monarquía, no ha resuelto uno solo de los problemas fundamentales de la revolución burguesa democrática. La república burguesa española, bautizada en la Constitución como “República de trabajadores de todas las clases”, ha conservado en forma casi idéntica las castas y privilegios de clase existentes antes del derrumbamiento de la monarquía.

El problema de las **nacionalidades y pueblos oprimidos y colonias** no ha sido resuelto. La autonomía cultural otorgada a Cataluña no es otra cosa que una transacción entre el gobierno central imperialista español y la gran burguesía regional, hecha con el fin de reforzar la explotación de las masas trabajadoras de las nacionalidades oprimidas y el aplastamiento del movimiento revolucionario.

La separación de la Iglesia y el Estado, adoptada en principio por las Cortes constituyentes, no ha sido llevada a la práctica, y la Iglesia conserva casi todos sus privilegios. Sólo en los últimos tiempos, y bajo la presión del movimiento revolucionario, el Gobierno español ha engañado hábilmente a las masas, promulgando un decreto sobre la expulsión de los jesuitas y la confiscación de los bienes de la Orden. Conviene, sin embargo, tener en cuenta que todos los capitales jesuitas, ya en tiempos de la monarquía, figuraban en los Bancos a nombre de personas no profesas en la Orden, con lo cual el reciente decreto gubernamental resulta una farsa destinada a engañar a las masas.

¿En qué estado se encuentra hoy la **cuestión agraria** en España, el problema central de la revolución burguesa-democrática?

Hay una intensa y constante agudización de todas las contradicciones de clase, sobre la base del mantenimiento de todas las antiguas relaciones sociales en el campo. En el campo perduran vestigios semif feudales. La Constitución no ha abolido una sola de las cargas feudales. El foro, la rabassa morta, el condominio, etc., siguen existiendo. La reforma agraria del Gobierno republicano está encaminada, como comprenden claramente todos los obreros agrícolas y campesinos trabajadores, a **conservar el poder y las rentas de los terratenientes y caciques en el campo**. Estos últimos, al mismo tiempo, cuentan con el paso del insignificante sector de la burguesía agraria (campesinos ricos) al lado de los partidos contrarrevolucionarios de “orden” burgués.

A través de la envoltura brillante, pero ya ajada, de todas las promesas y votos posibles de los politicastos republicanos de izquierda, socialistas, anarcosindicalistas, va perfilándose la siguiente tendencia fundamental de todas las reformas burguesas: ayudar al terrateniente español a capitalizar sus rentas, por lo menos de parte de sus posesiones, a expensas de una ulterior explotación de las masas campesinas fundamentales (tal es precisamente el fondo de clase de los proyectos de indemnización por las tierras de los grandes propietarios); crear una pequeña capa de “propietarios acomodados” entre los mismos campesinos, una capa de burguesía campesina directamente interesada en man-

tener la dominación de la burguesía y en buen acuerdo con los grandes terratenientes. Por tal procedimiento se espera conjurar el desarrollo de la revolución agraria.

Es absolutamente indudable que esta reforma agraria así concebida está condenada a una bancarrota indiscutible. El Parlamento ha rechazado ya como extraordinariamente "radical" el proyecto sobre la expropiación de una parte de los bienes de los grandes propietarios y su reparto, mediante **indemnización**, entre una capa insignificante de la población campesina. El nuevo proyecto de "reforma" prevé ya sólo la expropiación de una parte de las tierras "incultas" o "en barbecho" de los grandes propietarios, y sólo "tomando en consideración la situación financiera del Estado". Además, los mismos terratenientes deben establecer el precio y la extensión de las tierras que hayan de serles expropiadas.

El decreto sobre el arrendamiento "colectivo" se propone perpetuar y extender el sistema feudal de la **caución solidaria** de los campesinos ante los terratenientes, mediante el pago integral y a tiempo del arrendamiento, adaptando únicamente este sistema a las nuevas condiciones del crédito burgués. Los decretos sobre el arbitraje obligatorio en el campo y sobre las comisiones mixtas agrícolas, tienen como fin colocar fuera de la ley la mayoría de las huelgas de obreros agrícolas y someter la solución de los conflictos entre obreros agrícolas y campesinos, por una parte, y terratenientes por otra, a la **arbitrariedad de los caciques locales**, de la guardia civil, de la policía y de los propios terratenientes. Al mismo tiempo, los proyectos de crédito agrícola tienden a conceder parte de estos créditos a los campesinos ricos del agro español y a sobornar a esta capa explotadora del campo.

Es absolutamente claro que todas estas reformas no sólo no atenúan la crisis agraria, no sólo no resuelven el problema agrario, no sólo no alivian las necesidades y padecimientos inverosímiles de las masas, sino que, por el contrario, **ahondan las contradicciones** de clase, contribuyendo al incremento ulterior de la miseria, de la desesperación, pero también de la lucha revolucionaria en el campo.

Es indiscutible la absoluta ineptitud de los socialistas y anarcosindicalistas para resolver la cuestión agraria. Los jefes socialistas defienden los decretos del Gobierno republicano encaminados al enriquecimiento de los latifundistas y de los campesinos acomodados a expensas de la explotación de las masas campesinas fundamentales. Y precisamente al mismo tiempo que el Gobierno republicano, por medio de expediciones punitivas y de la guardia civil, sofoca las explosiones de la cólera popular y defiende con las armas la **gran propiedad fundiaria** contra la toma inmediata de la tierra por los campesinos mismos, los jefes anarcosindicalistas se pronuncian contra la **pequeña propiedad privada** de la tierra y su usufructo individual por los campesinos, contra la reivindicación revolucionaria de los campesinos concerniente al **reparto** de las tierras de los grandes propietarios.

"Todo lo que se ha dicho acerca de posible repartos carece de sentido—dice el anarcosindicalista Vallina, tranquilizando a los latifundistas—; el obrero andaluz, apolítico y revolucionario, sabe que el reparto es la bancarrota."

Esta hostilidad a la consigna revolucionaria de los campesinos—expropiación sin indemnización de las grandes propiedades en beneficio de los obreros agrícolas y de los campesinos pobres y medianos—unifica al jefe anarcosindicalista Pestaña con los republicanos de derecha Alcalá-Zamora y Maura, que se han pronunciado también por la forma "colectiva" de posesión y usufructo de la tierra. Los anarcosindicalistas descifrarán esta fórmula de Pestaña y Alcalá-Zamora, declarando por boca de Vallina que "los campesinos serán sindicados a la fuerza" y que "al terrateniente se le ofrecerá una indemnización pagada en "valores amortizables". El Gobierno republicano ha aplicado esta fórmula en su decreto sobre los arrendamientos "colectivos", es decir, en el decreto sobre el mantenimiento de la servidumbre feudal y de la caución solidaria feudal.

¿Qué se desprende de lo más arriba dicho?

Que la **revolución agraria, como contenido esencial de la revolución burguesa democrática**, es hoy, no menos, sino más **actual** en España;

que el proletariado tiene plena posibilidad de congregarse en torno suyo a todas las capas trabajadoras del campo y, en primer lugar y particularmente, a los campesinos pobres;

que todos los partidos burgueses, incluyendo los socialistas y los jefes anarcosindicalistas, defienden la forma burguesa-**latifundista** de explotación de las masas campesinas fundamentales, en beneficio de los terratenientes y de la capa insignificante de campesinos ricos que se aburguesan;

que el único partido en España que puede dirigir victoriosamente la revolución agraria en beneficio de los obreros y campesinos, que puede destruir por completo y consecuen-

temente todos los vestigios del feudalismo y desembarazar el camino para la lucha inmediata por el socialismo, que puede garantizar la rápida transformación de la revolución burguesa democrática en revolución socialista, es el **partido del proletariado, el Partido Comunista.**

¿Puede, pues, sorprender que en una situación de agudizamiento de la crisis económica, sobre la base de la agravación constante de todas las contradicciones no resueltas de la revolución burguesa democrática, surja un nuevo movimiento potente del proletariado y los campesinos, azotado por bárbaras represiones y por el terror blanco de la contrarrevolución insolente, pero que amenaza derrumbar los cimientos mismos del régimen burgués-latifundista?

* * *

La situación política está preñada de posibilidades de grandes colisiones de clase en el futuro más inmediato. Las masas revolucionarias ansían el combate, y, por la experiencia de la lucha de clases, se convencen cada vez más de la necesidad de una dirección comunista. Las ilusiones democráticas y las tradiciones anarcosindicalistas de lucha se debilitan, aunque todavía hoy representen un obstáculo considerable para las acciones revolucionarias triunfales de las masas trabajadoras. La influencia del Partido crece, pero el movimiento espontáneo desborda su capacidad de dirigir las más amplias manifestaciones del pueblo revolucionario. El partido socialista y los líderes anarcosindicalistas hacen todo lo posible por romper el impulso del pueblo revolucionario y someter el movimiento al influjo de la burguesía contrarrevolucionaria. Las clases directoras desencadenan la guerra civil, tratando de extenuar a la clase obrera y de reducir a la ilegalidad sus organizaciones revolucionarias.

¿Qué necesitan hacer, en primer término, los comunistas, en tales condiciones, para organizar la resistencia victoriosa contra la contrarrevolución insolente, para garantizar el paso organizado del proletariado y de las masas laboriosas dirigidas por él al contraataque victorioso, para que el movimiento deje de tener los rasgos de las explosiones anarcosindicalistas y conduzca al triunfo decisivo de la revolución burguesa democrática, al establecimiento de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos en forma de Soviets?

Para esto es necesario:

En primer lugar, **dirigir el movimiento contra la contrarrevolución efectiva**, representada por las fuerzas que defienden el parlamento y el Gobierno burgués-latifundista de Azaña-Largo Caballero, es decir, contra el bloque burgués-latifundista, **y para ello destruir sistemática y perseverantemente las ilusiones democráticas y sindicalistas de las masas proletarias**, ilusiones que frenan el movimiento; **organizar un amplio movimiento huelguístico-económico y desarrollar la iniciativa revolucionaria de las masas en la lucha contra los órganos del poder burgués-latifundista.** (Desarme de la guardia civil, armamento de los obreros, etc., etc.)

En segundo término, en el desarrollo de la lucha revolucionaria de masas, **conquistar la mayoría de la clase obrera sobre la base de la aplicación justa de la táctica del frente único por abajo y de la consolidación, desde el punto de vista de organización, de los éxitos obtenidos** (creación de oposiciones sindicales en la U. G. T. y la C. N. T., formación de comités de fábrica y, cuando existan las condiciones necesarias, de Soviets de diputados obreros, campesinos y soldados, como órganos de movilización de masas para la lucha inmediata por la toma del poder, y para ello destrucción de las tradiciones y métodos **anarcosindicalistas de desorganización** del movimiento de la clase obrera).

En tercer lugar, **conquistar aliados para el proletariado en la revolución burguesa-democrática—los campesinos y la pequeña burguesía urbana pobre—, y para ello desencadenar la revolución agraria, extender el movimiento de los campesinos dirigido ya ahora, en los distritos de vanguardia, hacia la ocupación y el reparto de las tierras de los grandes propietarios, hacia la confiscación de las existencias de cereales de los terratenientes, y dirigir la lucha de las masas trabajadoras de las nacionalidades, pueblos oprimidos y colonias, contra la burguesía imperialista española y su Estado.**

Es indudable que es condición necesaria para la solución de estos grandes problemas políticos la ulterior **bolchevización** del Partido Comunista, su transformación en un Partido bolchevique de masas, con una vida política activa y organizado sobre la base del centralismo democrático, la liquidación, tanto en la teoría como en la práctica, de las organizaciones del partido, de las desviaciones sectarias, trotskistas, anarcosindicalistas y oportunistas de derecha.

2) *La lucha contra las ilusiones constitucionales - democráticas y anarco - sindicalistas*

La amplia difusión entre las masas de obreros y campesinos españoles de las ilusiones democráticas y anarcosindicalistas, es el obstáculo principal y más fuerte para el ulterior desenvolvimiento de los combates revolucionarios victoriosos en España.

¿Qué vía prefiere seguir en la actualidad la burguesía para embaucar a la clase obrera?

El método más eficaz de engaño de los obreros por parte de la burguesía—método que emplean, en primer lugar, los socialistas, pero que tampoco desdeñan de utilizar los jefes anarcosindicalistas—consiste en **intimidar a las masas con la perspectiva de la "reacción", con la perspectiva de la contrarrevolución monárquica**, en comparación con la cual el actual Gobierno republicano de "izquierda" de Azaña y compañía es presentado **no sólo como un "mal menor", sino punto menos que como la "democracia de trabajadores de todas las clases" más perfecta que exista en el mundo.**

El Partido Comunista está obligado a desenmascarar del modo más paciente y perseverante esta **gran maniobra política** de la burguesía contrarrevolucionaria española, este impúdico engaño, esta intimidación que tiene como único fin someter al proletariado, en las actuales circunstancias de crisis revolucionaria en desarrollo, al Gobierno contrarrevolucionario, antipopular y de verdugos de Azaña-Largo Caballero, que dirige activamente la contrarrevolución burguesa-latifundista, que se alía con todas las viejas fuerzas de la contrarrevolución monárquica y desembaraza así el camino para el restablecimiento de la monarquía borbónica.

"El peligro de la contrarrevolución de derecha"—es decir, la restauración de la monarquía—a propósito del cual grita tanto la prensa socialfascista y anarcosindicalista, lo crea la propia burguesía española que en alianza con los terratenientes ocupa el poder.

Por un motivo análogo, Lenin escribía en 1917, en el intervalo entre la revolución de marzo y la de noviembre:

"Para la burguesía es útil y necesario para perpetuar su dominación, engañar al pueblo, presentando las cosas como si ella representase "la revolución en general" y a la derecha amenazase la contrarrevolución zarista."

Y más lejos: "los charlatanes agitan e inflan a propósito el espantajo de la revolución burguesa con el fin de asustar al pueblo, con el fin de proporcionar una emoción política a los filisteos, con el fin de apartar la atención del pueblo de la verdadera contrarrevolución seria". ("Los árboles impiden ver el bosque", t. 21, págs. 83-84.)

El Partido Comunista debe, por tal razón, explicar a las masas trabajadoras, denunciando el engaño burgués de los socialistas y la burguesía, que fuera de la lucha revolucionaria abierta contra la "verdadera contrarrevolución seria", contra el Gobierno de Azaña-Largo Caballero, que ha congregado y organizado en torno suyo todas las fuerzas esenciales e influyentes contrarrevolucionarias de España, es imposible toda lucha victoriosa contra la **posibilidad** de una restauración monárquica creada por la propia burguesía contrarrevolucionaria que ocupa el poder (en alianza con los latifundistas). Hay que abrir el fuego más decisivo contra la especulación de los socialistas sobre el peligro de una reacción de derecha, a la que se opondría el Gobierno democrático de Azaña-Largo Caballero. El Partido Comunista debe desenmascarar sistemáticamente la calumnia de los republicanos burgueses, de los socialistas, etc., hasta Maurín, que trata de presentar la lucha consecuente e implacable del Partido Comunista contra la dictadura burguesa-latifundista, personificada por el Parlamento y el Gobierno de Azaña-Largo Caballero, como una "acción conjunta de los comunistas y los monárquicos".

Algunas organizaciones comunistas locales, cediendo a esta presión "democrática", contrarrevolucionaria en el fondo, incurren en errores, aplicando el frente único **por arriba** (como en Bilbao, donde fué organizada una manifestación contra los asesinos católicos, en la cual los comunistas iban al lado de los jefes de las organizaciones locales socialistas y anarcosindicalistas y hasta de las autoridades civiles locales con los gobernadores a la cabeza). **Es necesario luchar resueltamente contra tales errores como contra la más peligrosa manifestación del oportunismo de derecha.**

Sólo se puede arrancar a las masas de la influencia de los socialistas (que se refuerzan en algunos lugares a expensas de la C. N. T. en descomposición), denunciando implacablemente su engaño democrático, su especulación contrarrevolucionaria sobre el peligro de una contrarrevolución de derecha. Precisamente el Gobierno actual de radicales de "izquierda" y socialistas, es el Gobierno de la contrarrevolución burguesa, que se

oculta, en las circunstancias especiales de la revolución en marcha, bajo la hoja de parra de la "democracia de trabajadores de todas las clases". El Gobierno organiza el asesinato en masa de los obreros y el ametrallamiento de las manifestaciones obreras y campesinas, aplasta las huelgas obreras, promulga decretos declarando las huelgas fuera de la ley si surgen sin que los obreros las anuncien especialmente a los capitalistas y a los órganos del poder con ocho días de anticipación. El Gobierno envía destacamentos punitivos al campo, para el aplastamiento de los campesinos que empiezan a adueñarse por sí mismos de las tierras de los grandes propietarios y a incendiar sus casas señoriales. El Gobierno ha infestado los centros obreros de guardia civil monárquica y de fuerzas armadas contrarrevolucionarias. El Gobierno prosigue la política imperialista de sojuzgamiento y explotación de las masas populares de Marruecos, orientándose en la política internacional hacia el imperialismo francés, digno continuador del zarismo ruso en el puesto de gendarme de Europa.

3) **La revolución debe ser organizada**

La justeza de la línea política del Partido (en la apreciación del carácter de la revolución, de sus fuerzas motrices, de la naturaleza del poder, etc.), no garantiza por sí sola los éxitos del Partido en el movimiento de masas.

La revolución debe ser **organizada** por los comunistas.

Las tradiciones anarquistas y sectarias en el seno del Partido, la actitud de desdén y menosprecio con respecto al trabajo de organización política, el temor sectario a las masas, la desconfianza en la energía e iniciativa creadoras de las grandes masas del proletariado, no deben ser toleradas más en el Partido. Hay que declarar una guerra implacable al "remolquismo", a la espontaneidad anárquica.

El P. C., en fin, debe comprender con la **situación política**, que se ha modificado después del derrocamiento de la monarquía y de la incorporación de masas de millones a la lucha, exige una **modificación correspondiente de los métodos y formas de trabajo del Partido** de los métodos y formas de movilización y organización de las masas.

¿Qué es lo que ha cambiado?

Millones de personas se incorporan al movimiento. Millones de personas se despiertan a la vida y a la lucha políticas. El Partido debe **instruirlas para el combate**. Hay que organizarlas: en el Partido, en los sindicatos, en las grandes organizaciones simpatizantes del Partido. Esas personas deben ser dirigidas por una organización precisa, flexible, ramificada, capaz de movilizarlas rápidamente. El Partido debe transformarse en un brevísimo período de tiempo en un Partido de masas. Cada empresa debe pasar a ser una **fortaleza del Partido**. Si en cada empresa influyente no se forma un **comité de fábrica**, si en los pueblos no se crean comités de lucha elegidos por los mismos campesinos, **comités de campesinos**, y estos comités no están ligados del modo más estrecho con el Partido Comunista y no se hallan bajo su dirección, el P. C. seguirá siendo un Estado mayor sin fuerzas de base.

Nuevas fuerzas gigantes se lanzan al movimiento.

"En tales momentos sobre todo, aumenta el significado de la **organización...**" "No hay que retractarse de la tarea de organizar la revolución." (Lenin.)

Pero organizar la revolución significa, en primer término, **organizar un partido bolchevique.**

La consideración de que no hay gentes para desarrollar un trabajo comunista es un oportunismo podrido, un repugnante sectarismo, un vestigio del espíritu de grupo. Al contrario, precisamente en tiempos de ascensión revolucionaria, el partido revolucionario posee en las masas reservas inagotables de donde sacar nuevas fuerzas.

En España ahora, lo mismo que en Rusia en 1905, hay una **"terrible dilatación del movimiento.** Hay aflujos desconocidos, aliados innumerables e infinitos, camaradas, amigos y simpatizantes incontables". (Lenin.)

Pero "dad una mayor extensión a las empresas más diversas, a los grupos y círculos más diferentes, recordando que la rectitud de su camino, aun aparte de nuestros consejos, está garantizada por las exigencias inexorables del curso mismo de los acontecimientos revolucionarios..." "Es menester reclutar audaz, amplia y rápidamente a los jóvenes combatientes en las filas de todas nuestras organizaciones de toda suerte." (Lenin.)

Es completamente inadmisibles, y además perjudicial para la revolución, la pasividad sectaria en lo que concierne al **reclutamiento** de nuevos miembros para el P. C. Los diez mil miembros del P. C. de España son una gota de agua en el Océano revolucionario. Existen todas las condiciones objetivas para triplicar, para quintuplicar la organización

en un brevísimo lapso de tiempo. Falta únicamente **audacia** y saber reclutar a los mejores proletarios revolucionarios, a los mejores campesinos pobres revolucionarios. En torno de nuestro Partido se han formado ya amplios cuadros de simpatizantes en las ciudades y en el campo. Es menester abrirles de par en par las puertas. Es preciso efectuar el más perseverante y amplio trabajo explicativo contra las tendencias secretas, anarquistas y oportunistas de derecha en el interior del Partido. Al mismo tiempo, hay que tomar medidas de organización contra los sectarios **incorregibles**, contra los filisteos torpes que se encubren con frases de "izquierda" sobre el Partido, el cual debiera estar, según ellos, formado por un puñado de revolucionarios puros absolutamente conscientes, y que temen el acceso de nuevos proletarios revolucionarios al Partido; hay que tomar contra ellos medidas de organización llegando hasta su apartamiento de los órganos del Partido y a su exclusión en caso de que continúen defendiendo tenazmente su postura política, a pesar de las decisiones del Partido. Es necesario no sólo reclutar audazmente obreros, sino también **incorporar valientemente a los nuevos miembros a los puestos responsables del trabajo del Partido**, instruyéndoles sistemáticamente, comprobando su trabajo, corrigiendo sus errores sobre la marcha.

Y esto hay que hacerlo rápidamente, porque la revolución no espera.

"Los años de crisis revolucionaria han sido años en que se daban todas las condiciones objetivas... para que el P. C. conquistara la influencia decisiva y posiciones de organización inquebrantables, no sólo entre los obreros de las ciudades, sino también entre el proletariado rural y los campesinos. El P. C. no ha conseguido esto." (Carta del Bureau Occidental del C. E. de la I. C.)

¿Cuál es la causa esencial, radical, de este retraso del Partido? Son las tendencias sectarias, los métodos anarquistas de trabajo, el espíritu de grupo en el trabajo del Partido.

El IV Congreso del Partido debe imponer un viraje en los métodos de trabajo del Partido, desde la célula a los comités regionales y central. Es necesario acabar decididamente con una situación en que las organizaciones no son dirigidas por los órganos del Partido, elegidos y formados sobre la base del centralismo democrático, ni actúan siguiendo los principios del trabajo colectivo, sino que están dirigidas por grupos de amigos que se formaron en los largos años de existencia clandestina del Partido, que están desligados de las masas, que a menudo mandan, pero que no dirigen. Es menester acabar decididamente con una situación en que los órganos del Partido, en vez de seguir una única línea política, flexible y disciplinada, en vez de estar ligados estrechamente con las masas, con las empresas, y de poseer una autoridad dirigente real entre todos los miembros del Partido, representan hasta ahora en una medida considerable un sistema propio de "grupos de propagandistas sectarios", de "comunistas" "escogidos" (Carta del Bureau Occidental del C. E. de la I. C.).

Es indiscutible que el espíritu de grupo dominante en el Partido sirve de base tanto para el oportunismo de derecha como para el anarquismo, que coinciden en la sumisión a la espontaneidad.

Y al contrario: "ambas tendencias, los oportunistas y los "revolucionarios", se abstienen ante la pequeña burguesía dominante, no creen en la posibilidad de liberarse de ella, no comprenden nuestra primera y más imperiosa tarea práctica: crear una **organización de revolucionarios** capaz de garantizar la energía, constancia y aplicación de la lucha política". (Lenin, t. IV, pág. 441.)

¿Qué hace falta ahora, en vísperas y en el curso mismo del trabajo del IV Congreso, para efectuar el viraje en el trabajo del Partido?

Hace falta, en primer lugar, que todas las células discutan la carta del Bureau Occidental del C. E. de la I. C. a todos los miembros del P. C. de España. Es necesario, desde el punto de vista de esta carta, controlar el trabajo de cada organización sobre la base de una autocrítica valiente, poner al descubierto los errores sectarios, anarquistas, trotskistas y oportunistas de derecha, sosteniendo una lucha constante e implacable contra todas las desviaciones de la línea del Partido y por la **ideología bolchevique monolítica del Partido**. Es necesario garantizar no sólo durante la campaña que ha de preceder al congreso, sino en todo el período posterior, la **discusión sistemática de todos los problemas políticos** en todas las células, intentando dar a todos los miembros una clara conciencia de la línea y de las tareas del Partido, tratando al mismo tiempo de aplicar disciplinadamente las decisiones ya adoptadas. Es preciso a la par, analizar y estudiar la **experiencia del trabajo del Partido**, la experiencia del desarrollo de cada huelga, de cada manifestación, de los métodos de agitación y organización de masas, etc., pues el espíritu de grupo, la rutina, etc., en las organizaciones del Partido obedecen no sólo a la pasividad anarco-sectaria y oportunista, sino muy a menudo también a la **ignorancia** de los

miembros acerca de cómo debe efectuarse el trabajo, a su desconocimiento de la experiencia del trabajo bolchevique y de la organización de masas. Una de las más importantes consignas del Partido debe ser la de **aprender a dirigir** de un modo bolchevique las huelgas, las manifestaciones, las acciones de los campesinos, etc., etc., la de **aprender a organizar** de un modo bolchevique los sindicatos, la oposición sindical, los comités de fábrica, los comités campesinos, etc.

En segundo término, es necesario, durante la campaña que preceda al Congreso y después de la terminación de este último, crear sistemática y perseverantemente una dirección del Partido firme y activa, compuesta en su mayoría **de proletarios, que trabaje colectivamente y esté estrechamente ligada con las masas** (no ligada con las masas "en general", sino concretamente: con tales grandes empresas determinadas, con los más importantes distritos agrícolas, etc.).

Es menester crear y fortalecer los órganos del Partido en la escala **local, de radio y regional**.

Debe apartarse sin vacilación de los órganos directores del Partido a los sectarios incorregibles y a los oportunistas que impiden que el Partido efectúe el viraje sobre la base de las directivas de la I. C.

Todo el trabajo de antes y después del Congreso debe ir acompañado del esclarecimiento de las tareas y de la línea fijadas por el Congreso ante el problema de la conquista de grandes masas de obreros sin partido y del más audaz reclutamiento de nuevos miembros, así como de la incorporación de estos últimos a los puestos de trabajo responsable.

* * *

Sólo en tales condiciones el P. C. de España obtendrá triunfos decisivos en lo que concierne a la **bolchevización** de sus filas, a su transformación en un Partido centralizado bolchevique de masas, en la verdadera vanguardia política del proletariado español.

Indudablemente sólo se puede organizar el Partido sosteniendo al mismo tiempo una lucha por la conquista de la **mayoría** de la clase obrera, **por la dirección de su lucha**, por la conquista de aliados del proletariado en la revolución. Organizar la revolución quiere decir, en primer término, saber señalar en cada etapa de la lucha, **las tareas centrales y esenciales**, concentrar en ellas la atención principal del Partido y de las masas trabajadoras dirigidas por él; organizar la revolución quiere decir **concentrar como es debido todas las fuerzas para resolver los problemas fundamentales en los lugares decisivos**.

La conquista por el Partido de la mayoría de la clase obrera exige, en primer lugar, concentrar la atención en el trabajo en **Cataluña**. El Partido no puede conquistar la mayoría de la clase obrera española, sin conquistar esa región, donde existen las ramas más importantes y más concentradas de la industria.

Sin embargo, la falsa posición del Partido en lo que concierne a la cuestión nacional le impide conquistar la mayoría de la clase obrera en Cataluña, impide el paso de los campesinos al lado del proletariado, impide aislar a los partidos nacionalistas e impide, por consiguiente, encauzar el movimiento revolucionario de las nacionalidades por la senda general de la lucha contra el gobierno burgués-latifundista español.

El Partido subestima indiscutiblemente la importancia del problema nacional para el desarrollo de la revolución burguesa-democrática. Hasta los anarquistas han rectificado su posición. "Solidaridad Obrera", por primera vez desde su fundación (antes era adversaria de la independencia de Cataluña y hasta habló de la necesidad de declarar una huelga para impedirla), preconiza la independencia nacional, afirmando que "los más destacados representantes del anarquismo y de la C. N. T. han predicado siempre la plena autonomía". ("Solidaridad Obrera", de 19-12-31.)

Nuestro Partido mantiene aún su viejo punto de vista sectario en la cuestión nacional y, en vez de efectuar un enérgico trabajo entre las masas obreras y campesinas de Cataluña, en vez de defender abnegadamente el derecho de las nacionalidades a disponer de sí mismas hasta la separación del Estado central y de la formación de Estados independientes, nuestro Partido opone a la autonomía burguesa la Constitución soviética, declarando que la independencia de Cataluña sólo será posible en un régimen soviético. Adopta en la cuestión nacional la antigua posición sectaria de los "ultraizquierdas". Pero ¿puede conquistarse el puesto de director en el movimiento revolucionario de Cataluña y demás nacionalidades si se continúa permaneciendo en posiciones antileninistas en la cuestión nacional, contribuyendo así a robustecer la influencia de la burguesía catalana sobre el proletariado y las masas trabajadoras campesinas?

Naturalmente, es imposible. Una línea justa en la cuestión nacional es la condición

indispensable para la conquista por el Partido de la mayoría de la clase obrera española y para el paso de los campesinos al lado de ella.

Indudablemente, la palanca esencial para la lucha por la conquista de la mayoría de la clase obrera es la táctica del frente **único por abajo** contra el capital y contra los jefes de los sindicatos reformistas y anarcosindicalistas, que desempeñan el papel de lacayos de la burguesía en las filas de la clase obrera. Sólo siguiendo este camino el P. C. obtendrá éxitos considerables.

Sin embargo, el Partido **desenmascara muy insuficientemente** "la táctica nefasta de los anarquistas y anarco-sindicalistas de la C. N. T., su resistencia a la lucha huelguística, sus directivas prohibiendo a los obreros declarar simultáneamente dos huelgas en la misma ciudad, su teoría de la identidad de la huelga general y de la revolución proletaria, sus métodos de sustitución de la lucha organizada de masas por acciones efectuadas por militantes aislados, por una élite, su teoría de la imposibilidad y de la inutilidad en período de crisis económica de la lucha huelguística por las reivindicaciones parciales, su despreocupación con respecto a los parados". (Carta del Bureau Occidental del C. E. de la I. C.)

Sin embargo, la aplicación justa de la táctica del frente único por abajo supone, como condición indispensable, el desenmascaramiento y la lucha más enérgica contra los cuadros dirigentes traidores de la U. G. T. y la C. N. T., la más rápida liberación del proletariado del influjo de los socialistas y de los líderes anarco-sindicalistas. Al mismo tiempo, el Partido debe desarrollar una lucha consecuente contra las **tentativas de escindir la C. N. T.**, por la unificación inflexible de los obreros en una única organización sindical, y para ello debe tratar de organizar un frente único de combate con los obreros socialistas y anarco-sindicalistas y también con aquellos anarquistas destacados que luchan realmente contra el régimen contrarrevolucionario burgués-latifundista de los republicanos, socialistas y anarquistas, aunque sin hacerles ninguna concesión de principio y criticando sus errores.

Nuestro Partido dista mucho de haberse asimilado esta táctica y a menudo manifiesta una pasividad inadmisibile en su trabajo en los sindicatos reformistas y anarco-sindicalistas. En la conferencia de Lérida, donde los jefes de la C. N. T. hicieron el balance de su trabajo durante los últimos meses, se puso de manifiesto que la C. N. T. se encontraba en Cataluña en un estado de plena descomposición. En dos o tres meses había perdido casi el 50 por 100 de sus miembros (120.000); el Sindicato Metalúrgico de Barcelona, dirigido por los anarquistas, había visto disminuir sus efectivos de 20.000 afiliados a 8.000. En dicha conferencia se puso de relieve la indigencia política de los jefes anarquistas y anarco-sindicalistas y su ineptitud para fijar fines concretos a los combates obreros de masas. Todo esto debería haber sido puesto al desnudo ante las masas; a la táctica criminal de los jefes anarquistas y anarco-sindicalistas hubiera debido oponerse nuestra táctica revolucionaria de la unidad de combate. Y, sin embargo, los comunistas estuvieron ausentes de esta conferencia, desdeñando por consiguiente la importantísima tarea de organizar la **oposición sindical** contra los jefes anarco-sindicalistas sobre la base de la unidad de clase.

* * *

El Partido no podrá forjar la unidad proletaria ni conquistar la mayoría de la clase obrera, más que en las **luchas revolucionarias**... Las masas, en período de crisis revolucionaria, aprenden en el combate. Debe el partido y los sindicatos dirigidos por él defender también las **reivindicaciones parciales**, desarrollar la lucha económica por las necesidades cotidianas de los obreros y colocar estas reivindicaciones en la base del frente único. No sólo deben, sino que sin ello es imposible elevar la vida política de las capas **atrasadas** de trabajadores. Pero sería el más claro oportunismo limitar el movimiento, en las actuales circunstancias de crisis revolucionaria, únicamente a la lucha por las reivindicaciones parciales. Toda huelga, incluso económica, debe ser considerada en los momentos revolucionarios como una preparación para la lucha por el poder. No en menor medida es necesario ahora un audaz impulso revolucionario que hermane la lucha por las necesidades económicas de los obreros (contra el ataque a los salarios por parte de los patronos, por el seguro de paro a costa del Estado y los patronos, etc.), con reivindicaciones políticas tales que lleven al proletariado en la lucha inmediata contra el gobierno burgués-latifundista a conquistar la **hegemonía** en la revolución, que lo eleven al papel de organizador y guía de la lucha de los campesinos, de las masas trabajadoras contra el régimen burgués-latifundista. Hay que extirpar resueltamente de la práctica de las organizaciones revolucionarias el **pistolerismo** anarquista, así como todo

aventurerismo y terrorismo pequeño-burgués, al mismo tiempo que se fomenta enérgicamente la lucha de masas del proletariado por la calle, por la organización de **manifestaciones** revolucionarias por encima de todo, por la formación de **comités de fábrica**, **contra los asesinatos y el terror blanco de la guardia civil**, contra las persecuciones y detenciones de huelguistas y de militantes revolucionarios y sindicales, **por su inmediata liberación, por el desarme de la guardia civil** (en caso de una lucha de masas y de un amplio movimiento), por la formación de piquetes de huelga combativos para luchar contra los esquirols y la policía, por la **preparación disciplinada de la lucha por el poder**.

Sin descuidar el apoyo y la extensión de la lucha de los campesinos contra las diferentes cargas feudales (rabassa morta, etc.) e impuestos, antes al contrario, extendiendo y ahondando esta lucha, el P. C. debe al mismo tiempo tomar en consideración la experiencia del movimiento de las regiones avanzadas y excitar a los campesinos y obreros agrícolas, allí donde madure un amplio movimiento de masas, a **la toma inmediata de las tierras de los grandes propietarios, de los conventos y del Estado**, a la cesión gratuita de la tierra a los obreros agrícolas y campesinos pobres por medio de los comités de campesinos, a la organización de una **resistencia armada** contra las tentativas de los terratenientes y de la guardia civil de rescatar la tierra repartida y de aplastar con expediciones punitivas el movimiento campesino creciente.

El Partido debe al mismo tiempo tener en cuenta los errores cometidos por él en los meses pasados, cuando estaba muy lejos de utilizar las posibilidades revolucionarias existentes para intentar seriamente, allí donde las circunstancias estaban suficientemente maduras (como acaeció, por ejemplo, durante la huelga de Sevilla del verano de 1931), pasar a la aplicación práctica de la consigna relativa a la creación de los Soviets de diputados obreros, campesinos y soldados, en tanto que órganos de movilización y organización de las masas para la lucha por el poder. También es necesario explicar claramente que la red de comités de fábrica y comités revolucionarios de obreros agrícolas y campesinos, que realizan prácticamente el frente único de lucha del proletariado urbano con los campesinos, pueden transformarse gradualmente, si el Partido sigue una política justa en circunstancias favorables de desarrollo del movimiento revolucionario de los Soviets que han de formarse en el curso ulterior de la lucha revolucionaria. Esto no excluye la posibilidad o la imposibilidad del paso a la creación inmediata de Soviets de diputados obreros, campesinos y soldados en caso de que existan las premisas necesarias para ello. Por lo demás, es indudable que el Partido debe contar (dada la desigualdad del desenvolvimiento del movimiento revolucionario) con la posibilidad de organizar Soviets en una perspectiva inmediata, e incluso con la posibilidad de organizar las fuerzas armadas de la revolución, al principio, en una parte del país, lo que exige, sin embargo, al mismo tiempo una tensión de todas las fuerzas para el desarrollo y la dirección del movimiento de masas de todo el país y la concentración de fuerzas en los centros esenciales, decisivos, o sea la conquista de la mayoría del proletariado por el Partido.

Para hermanar las consignas parciales del movimiento con las fundamentales, el partido debe sostener una lucha en **dos frentes**:

“Los economistas y terroristas se inclinan ante los diversos polos de la corriente espontánea: los economistas, ante la espontaneidad del “movimiento puramente obrero”; los terroristas, ante la espontaneidad de la más ardiente rebelión de los intelectuales que tienen o no la posibilidad de ligar el trabajo revolucionario con el movimiento obrero.”

El partido debe sostener esta lucha recordando que:

“Tanto los terroristas como los economistas, **menosprecian** la actividad revolucionaria de las masas.” (Lenin, t. IV. “¿Qué hacer?”, páginas 419-422.)



La intervención en Manchuria y la preparación de una gran guerra antisoviética

LA XI.^a asamblea plenaria del C. E. de la I. C. ha comprobado que la amenaza de una intervención militar contra la U. R. S. S., en relación con la construcción del socialismo y la agravación de la crisis económica en los países capitalistas, constituye un peligro inmediato para todo el proletariado mundial.

Ciertas secciones de la I. C. no han apreciado en su justo valor la realidad de semejante peligro. Y aun cuando los cañones japoneses han comenzado a rugir en las fronteras de la Unión Soviética, son numerosos los camaradas que no comprenden la relación estrecha existente entre la campaña japonesa en Manchuria y la preparación de una gran guerra antisoviética. Esto nos obliga a llamar de nuevo la atención de todos los partidos comunistas y del proletariado internacional sobre esta grave cuestión.

* * *

Desde el fin de la guerra civil en la U. R. S. S. y el establecimiento de la NEP, la burguesía internacional, sin abandonar la idea de una intervención, no se apresuraba a realizarla esperando una transformación capitalista del poder soviético. Cuando esta esperanza se fué desvaneciendo, las potencias imperialistas orientaron su política hacia la intervención y activaron en consecuencia las fuerzas contrarrevolucionarias del interior de la U. R. S. S. Los procesos del Partido industrial y del grupo "koulak" de Kondratiev, así como otros hechos, han demostrado que los Estados imperialistas, y en primer lugar Francia, querían obstruir la edificación socialista, organizar el sabotaje, suscitar desórdenes en la Unión Soviética y realizar la intervención con las fuerzas relativamente restringidas de los países limítrofes, "financiados", abastecidos y dirigidos por las grandes potencias imperialistas, y sobre todo por Francia.

La intervención de los países limítrofes, es decir: una "guerra en miniatura" hubiera resultado menos cara a los Estados imperialistas y creado menos dificultades que una intervención en regla que hubiese exigido la creación previa de una coalición importante de las potencias imperialistas. Pero el progreso de la industrialización, que resuelve definitivamente en favor del socialismo la cuestión "quién vencerá a quién", así como la falta de saboteadores y la actividad creciente de las masas en los países capitalistas y las colonias han hecho irrealizable semejante plan. Los imperialistas comprendieron que era imposible restablecer de nuevo el capitalismo en la U. R. S. S. con la ayuda de las fuerzas contrarrevolucionarias del interior y mediante una intervención ejecutada conforme al viejo estilo. Se vieron obligados a dejar para más tarde la intervención proyectada para 1930-31, y a comenzar minuciosamente la preparación de una intervención de gran envergadura.

La importancia de este hecho ha sido desconocida para muchos. Numerosos camaradas no han comprendido que el desenvolvimiento de la crisis económica mundial y la amenaza de un "crack" financiero en la mayor parte de los países, no enfriaban los deseos de preparar una gran guerra antisoviética y de la formación de una coalición imperialista, sino que, al contrario, los enardecían más. Los Estados capitalistas se han esforzado en enmascarar bajo barnices pacifistas esta transformación del plan primitivo de intervención en una preparación para la guerra mundial imperialista contra el país del socialismo en construcción. Francia, mientras preparaba esta guerra, ha entablado con la U. R. S. S. conversaciones sobre el pacto de no agresión y ha reanudado las negociaciones comerciales. Francia tenía necesidad de esta maniobra para ocultar a las masas la organización de una guerra antisoviética en la más amplia escala. Francia era incapaz de preparar esta intervención de gran envergadura sin la ayuda de las otras potencias imperialistas, de la misma manera que ella sola no podía dirigir el frente anti-soviético como había dirigido a los Estados limítrofes en su lucha contra la U. R. S. S. El imperialismo francés no había tenido gran dificultad en crear alrededor de la U. R. S. S. un círculo hostil de Estados vasallos (Polonia, Rumania, etc.). Gracias a la iniciativa francesa, esos países han concluido una alianza militar; gracias a sus capitales, ellos

arman con una rapidez febril y construyen a lo largo de la frontera soviética vías férreas estratégicas. Esos países ni siquiera ocultan sus fines antisoviéticos; no solamente declaran que no pueden reducir sus armamentos, sino que afirman ser insuficientes sus fuerzas militares, dada la vecindad de la U. R. S. S. ("memorándum" rumano a la S. D. N.). A iniciativa de Francia, los ejércitos polaco y rumano han sido puestos recientemente bajo el mando único de Pilsudski; se han convocado consejos de los Estados mayores generales de los países limítrofes. Francia, por otra parte, ha creado en Checoeslovaquia un arsenal militar para la futura guerra antisoviética.

La preparación de esos países para la intervención ha sido una tarea fácil para Francia puesto que se encuentran ligados a ella por todo el sistema del tratado de Versalles.

La extensión del frente antisoviético ha presentado ante Francia un problema más difícil: atraer a su agrupación imperialista a los Estados vencidos de Europa, conservando ante todo el sistema de rapiña fundado sobre los tratados de Versalles, de San Germán y del Trianón. El imperialismo francés persigue su objetivo utilizando la penosa situación económica y financiera de Alemania, Austria y Hungría. Laval y Briand han aprovechado con mucha destreza las dificultades financieras de esos países. En respuesta a la tentativa de crear una unión aduanera austroalemana, Francia provocó la quiebra de la banca vienesa Kreditanstalt que controlaba el 80 por 100 de la industria austriaca, obligando a Austria a renunciar a esta unión. Para sojuzgar a Alemania, el imperialismo francés emplea, como medios de presión, los acuerdos sobre las reparaciones y se aprovecha de las necesidades del Reich con empréstitos extranjeros. Francia sabe que Alemania es incapaz de pagar el importe de las reparaciones previsto por el plan Young y que, dada la situación actual del mercado monetario, Alemania no puede obtener un empréstito más que en París. Francia aprovecha totalmente la situación. Exige la plena sumisión económica y política de Alemania y el control de su industria pesada, de su industria de guerra en primer lugar. Lo que el capitalismo francés no ha podido obtener por la ocupación del Rhur, pretende lograrlo merced a su pujanza financiera. Este es el medio por el que los círculos militares franceses quieren atraer a Alemania al frente antisoviético. Se tiene la prueba en su consentimiento a conceder un empréstito si Alemania renuncia a dar a crédito la importación soviética. Buscando acelerar la adhesión de Alemania al frente antisoviético, ciertos medios están incluso dispuestos a aproximarse a los hitlerianos, quienes, por su parte, lo están también a vender los últimos vestigios de la independencia nacional, de la que se proclaman demagógicamente los defensores.

En la Europa oriental el imperialismo francés trata también de extender su influencia creando una colaboración estrecha entre los países danubianos vencidos y los países vasallos que forman la Petite Entente. Pero, con todo, esforzándose en crear en Europa un frente único contra los Soviets, Francia ni quiere ni puede renunciar al sistema de la paz de Versalles que es la misma base de su poderío. Esta circunstancia, aun facilitando a Francia la conquista de nuevas posiciones, le impide alcanzar sus principales objetivos y establecer en Europa su hegemonía. Los imperialismos italiano y americano obtienen provecho, en su lucha contra la hegemonía francesa, de las contradicciones creadas en Europa por la paz de Versalles. Desde la primavera, Italia se mantiene a la defensiva ante el imperialismo francés. Ha perdido en Hungría la mayor parte de su influencia, así como en Viena, donde ha sido suplantada por Francia. Ella teme ahora que el establecimiento de lazos estrechos entre París y Berlín la aisle completamente. Si el imperialismo francés logra crearse en Alemania firmes posiciones, Italia se verá obligada a plegarse a la buena voluntad de los dirigentes parisinos. Esto significaría para ella renunciar a Túnez, a su influencia en los Balkanes y en Asia Menor y, para decirlo todo, a su situación de gran potencia. Por todo esto Italia se esfuerza en dificultar el establecimiento en Europa de la hegemonía francesa. Por esto, después del debilitamiento de Inglaterra, Italia se orienta ahora hacia América, cuyos intereses respecto a ciertas cuestiones fundamentales son opuestos a los de Francia. Esto se puso de relieve con ocasión de la discusión sobre el plan Hoover y de la visita de Laval a Washington. En efecto, con respecto a las cuestiones más importantes de la política internacional (la cuestión de los tratados de Versalles y del Trianón y la del desarme), no se ha podido llegar a concluir acuerdo alguno entre Francia y América. Los Estados Unidos, sin pronunciarse contra el sistema de Versalles, y ayudando así a Francia, su mejor aliada en la guerra que se maquina contra la U. R. S. S., se esfuerza en reafirmar su influencia sobre los países vencidos, lo que no es posible más que a expensas de Francia. Otras contradicciones esenciales tocantes a la cuestión de las reparaciones y las deudas interaliadas han aparecido también en Washington. Esas contradicciones se agravan todavía más a consecuencia de la tendencia francesa a establecer un control sobre la industria alemana, en la que, como se sabe, Norteamérica ha invertido capitales importantes.

Los antagonismos interimperialistas se han agravado de manera particular recientemente después de la victoria de los conservadores ingleses y del establecimiento en la Gran Bretaña del sistema proteccionista que crea dificultades a la exportación de diferentes países. Este sistema ha provocado en ciertos Estados europeos el aumento de las tarifas aduaneras, la limitación de la importación y una lucha cada vez más agria por los mercados.

Pero la agravación de todas esas contradicciones no ha debilitado ni debilita la campaña violenta llevada contra la U. R. S. S. por los bandidos imperialistas. Los países capitalistas, proa a la crisis, se esfuerzan por encontrar una salida a expensas de la Unión Soviética. Norteamérica toma con Francia parte cada vez más activa en la preparación de una gran guerra contra la U. R. S. S. y en el ensanchamiento del frente antisoviético. Los Estados Unidos han comprendido que la realización del plan quinquenal, que el refuerzo de la capacidad de defensa de la U. R. S. S., así como el desarrollo pujante del movimiento revolucionario en los países capitalistas y las colonias, presentan de diferente manera que en otra ocasión el problema de la intervención. Esta conclusión ha levantado en los Estados Unidos una ola de hostilidad contra la U. R. S. S. que se ha manifestado netamente por la organización de la Comisión Fish y por la lucha contra el sedicente "dumping soviético". La exacerbación y la profundidad de la crisis en los países capitalistas, la edificación victoriosa del socialismo en la U. R. S. S. constriñen a las potencias imperialistas a unir contra el nuevo mundo en construcción todas las fuerzas del viejo mundo. Esto lo atestigua la política actual de los Estados Unidos y la actividad de la Sociedad de las Naciones, la hostilidad de esta última contra la U. R. S. S. en los trabajos de las comisiones económicas donde las discusiones, a menudo vivas, entre los representantes de los países imperialistas se apagaban cada vez que se necesitaba tomar una medida contra la Unión Soviética. La S. de N. juega un papel importante en la preparación del bloqueo económico y financiero, en la elaboración de medidas propias para dificultar la exportación soviética, así como en el enmascaramiento del vasto frente anti-soviético que se prepara actualmente en Francia. Esta preparación para una gran guerra contra la U. R. S. S. ha entrado en una nueva fase más peligrosa después de la intervención japonesa en Manchuria.

* * *

Ya en la época en que los imperialistas preparaban en Occidente una "guerra en miniatura" contra la Unión Soviética, intentaron, con ayuda de las bayonetas, ensayar su resistencia en el Extremo Oriente. El golpe de mano ejecutado por China contra el ferrocarril del Este chino fué efectuado en 1929 por orden de los imperialistas que contaban con que bastaría esta provocación para empujar a la U. R. S. S. a la guerra. Esta tentativa fracasó porque el ejército rojo propinó un golpe fulminante a los invasores y porque el poder soviético, siguiendo con firmeza su política de paz, retiró en seguida sus tropas. El no exigió compensación alguna por el imprudente ataque de los generales chinos y se contentó con restablecer los tratados firmados anteriormente con China.

Las maniobras intervencionistas en Oriente fueron descubiertas por el poder soviético, como lo fueron un año más tarde en Occidente. Pero el problema de la intervención en Occidente y el de la organización de una gran ofensiva contra la frontera oriental de la U. R. S. S. se presentan de nuevo ante los imperialistas como consecuencia de la próxima realización del plan quinquenal y de las importantes victorias de la revolución china. El ejército rojo chino ha rechazado por tercera vez la ofensiva de Chan-Kai-Chek a pesar del apoyo que le habían prestado los imperialistas. Los Soviets se consolidan y extienden su territorio en el Sur de China. Los generales del Kuomitang revelan, por el contrario, su impotencia para combatir la revolución china. Todos estos acontecimientos demuestran a los imperialistas que el Kuomitang no puede ser la barrera contra la U. R. S. S. y la China soviética. Los imperialistas comienzan a comprender que para construir semejante barrera y, con mayor motivo, para desencadenar un ataque directo contra la U. R. S. S., contra los Soviets de China, es preciso que el territorio chino próximo a la frontera soviética deje de estar administrado por las autoridades chinas impotentes y que sea ocupado a la mayor rapidez por los mismos imperialistas armados hasta los dientes.

Es precisamente esta situación la que, con igual título que la agravación de la crisis económica, ha permitido al Japón pasar a la realización de la expansión imperialista, preparada desde hace tiempo, tomando sobre sí la iniciativa de la preparación de la gran guerra contra la U. R. S. S. Es esta situación precisamente la que le ha permitido, de acuerdo con las otras grandes potencias, comenzar la cruzada contra la Manchuria a fin de apoderarse de una manera o de otra del ferrocarril del Este chino, de crear en Extremo Oriente una plaza de armas contra la U. R. S. S., de apoderarse en seguida de la Repú-

blica mongola, que está ligada con la U. R. S. S., de crear una barrera entre la Unión Soviética y la China soviética con el fin de intervenir en la U. R. S. S., de repartirse la China...

Invadiendo Manchuria, el Japón, es verdad, no obra solamente en calidad de representante de los imperialismos francés, inglés y americano y no busca únicamente provocar una guerra contra la U. R. S. S. y los Soviets chinos. Persigue también, desde luego, sus propios fines que se oponen en una cierta medida a los intereses de los otros países imperialistas. Se tiene la prueba en el hecho de que las tropas niponas avanzan también hacia el Sur, en el interior de la China, que se aproximan a Kin-Cheu (1) y a Shanghai-Kwang, penetrando así en las zonas de la influencia inglesa y americana. El imperialismo japonés se permite una interpretación bastante amplia del mandato que le ha sido otorgado con la esperanza de que las crisis económicas y las dificultades soportadas por Inglaterra y los Estados Unidos les harían avalar sin mucha dificultad este abuso de poder. En esto el imperialismo japonés se engaña. De todas maneras, un hecho es indiscutible: la ocupación de la Manchuria, los preparativos de un golpe de mano sobre el ferrocarril del Este chino y la creación de una poderosa base militar, son los resultados de un complot imperialista contra la U. R. S. S.

La conducta de la S. D. N. ha demostrado suficientemente la existencia de ese complot en el que participan no solamente los generales japoneses, sino, en primer lugar, el capital financiero francés y los intervencionistas americanos. Rara vez se mostrará tan netamente el carácter imperialista de una guerra como en Manchuria. Sólo los piratas imperialistas y sus lacayos los socialfascistas han podido representar la intervención japonesa bajo otro aspecto en sus deseos de enmascarar la verdad. El imperialismo nipón, con un falso pretexto, ha atacado la Manchuria, ha bombardeado ciudades, matado habitantes inofensivos y ocupado un territorio extranjero. Ante la intervención japonesa, las bandas militares de Nankin, que fusilan por millares a los obreros y campesinos, han revelado su impotencia para defender la integridad del país. Todo lo que ha hecho Chan-Kai-Chek para "salvaguardar" la integridad de la China se ha limitado al envío de telegramas suplicantes a la S. D. N. ¿Cómo ha reaccionado esta última? La Sociedad de Naciones, cuyo "pacifismo" se conoce, se ha revelado "impotente" para solucionar el conflicto. Tal es por lo menos la impresión que pretende dar la prensa burguesa y socialfascista que se esfuerza por todos los medios en escamotear la verdad a las masas trabajadoras. Esas maniobras de los periódicos burgueses y socialfascistas con respecto a la S. D. N. son tan viles y tendenciosas como los encomios que le prodigan ¡todavía! sobre su papel pacificador. Ellos "critican" la "debilidad" de la S. D. N. al ocultar a las masas trabajadoras que ella sostiene en realidad de la manera más activa la campaña nipona en Manchuria. No es la "debilidad" de la S. D. N. lo que le impide oponerse a la intervención en Manchuria. Esta organización internacional de bandidos imperialistas ha sostenido desde sus comienzos, de la manera más cínica y desvergonzada, la ocupación de la Manchuria para crear las condiciones necesarias para un despedazamiento de China y la realización de una intervención de gran envergadura contra la Unión Soviética. Entre los bastidores de la S. D. N. las potencias imperialistas de Europa y de América han comerciado entre ellas mismas esforzándose por llegar a un acuerdo sobre el reparto de China y sobre la provocación antisoviética.

La ocupación de la Manchuria ha encontrado el apoyo más enérgico de Francia, que empuja al Japón en el camino de una provocación antisoviética. La prensa francesa lleva desde hace algún tiempo una campaña furiosa contra la U. R. S. S. Ella difunde calumnias sobre la caída financiera inminente de los Soviets y exige la organización del bloqueo de los créditos. En el momento en que Briand se esforzaba, en las sesiones de la S. D. N., por asegurar al Japón una plena libertad de acción, los periódicos franceses publicaban informaciones mentirosas, según las cuales la Unión Soviética suministraba armas, como decían, a los generales chinos. No contenta con estos infundios, la prensa parisina ha abierto una campaña en favor de la guerra. "La Liberté" ha exigido que "las estepas siberianas se transformen en campos de batalla donde el bolchevismo encuentre la muerte".

Los socialfascistas sostienen de la manera más cínica y más odiosa esta agitación militar de los periódicos franceses burgueses. Vandervelde ha declarado a Manchuria como "tierra que no pertenece a nadie"; la sección japonesa de la II Internacional ha aprobado completamente la intervención. En cuanto a Renaudel, ha escrito donosamente en un artículo de la "Vie Socialiste": "La Rusia asiática ha aplastado a la reducida Georgia y sueña ahora con apoderarse de la Manchuria". Este artículo muestra de qué villanías

(1) Kin-Cheu y Shanghai-Kwang fueron ocupados en enero.

son capaces los lacayos socialfascistas del capital, que sobrepasan a sus propios amos en la provocación antisoviética. Ejecutando las órdenes de la burguesía, estos agentes quieren representar la U. R. S. S., que persigue con firmeza su política de paz, como al autor de la guerra futura.

La campaña de los socialintervencionistas ha adquirido una intensidad particular desde que se ha precisado el punto de vista de América sobre la cuestión manchuriana. Los intereses imperialistas de América y del Japón en el Pacífico se lesionan violentamente. América trata de eliminar al Japón del comercio con la China, país que sirve a la industria nipona de principal cliente. Entre esas dos grandes potencias se ha entablado desde hace tiempo una lucha enconada por los mercados del Pacífico. Ellos se preparan calurosamente a una solución armada de sus diferencias y refuerzan sus bases navales. Pero, pese a esas contradicciones cada vez más serias, América, de concierto con Francia, sostiene la intervención japonesa como si no se tratase de la ocupación de la Manchuria. En esos límites ella sostiene por bastantes razones la intervención japonesa.

Primeramente se esfuerza en provocar, a causa del ferrocarril del Este chino, un conflicto armado entre el Japón y la U. R. S. S. para impedir la ejecución del plan quinquenal. En segundo lugar, cuenta con que sin tomar parte directamente en la primera fase de la guerra soviética-japonesa, podrían enriquecerse merced a los pedidos militares del Japón como se enriqueció ya al comienzo de la guerra europea gracias a los pedidos de los aliados. Espera salir así de la crisis económica a costa de la sangre vertida por los soldados soviéticos y nipones. El periódico neoyorkino "World Telegram" declara sin ambages:

"La guerra favorece mucho el comercio. Si Rusia toma parte, aun en pequeña medida, en una guerra, se vería obligada a renunciar al plan quinquenal que causa muchos perjuicios a los Estados Unidos."

Estas palabras recuerdan otras, escritas el 23 de diciembre de 1916 por el corresponsal neoyorkino del "Daily Telegraph", refiriendo de qué manera habían reaccionado los hombres de negocios yanquis ante las noticias de una posible paz:

"La semana última—dice—han circulado rumores de que la paz estaba próxima. Estos rumores han provocado en la Bolsa de Nueva York una gran inquietud y una súbita baja de numerosos valores. El precio del trigo ha bajado bruscamente. Todo el mundo habla de las calamidades que sobrevendrían después de firmada la paz."

En tercer lugar, los Estados Unidos esperan, posiblemente, que la guerra soviético-japonesa, cualquiera que sea su resultado, debilitará de todas maneras al Japón y le permitirá más fácilmente el cumplir sus objetivos. El hecho de que los Estados Unidos desplacen sus bases navales estratégicas hacia el Norte, entre otras hacia Alaska, demuestra que cuentan con invadir las regiones soviéticas del Extremo Oriente y llevar desde allí una ofensiva contra el Japón si las circunstancias lo permiten.

Este fin común de los imperialistas no impide que se agrave el antagonismo entre los Estados Unidos y el Japón, que intenta extender la zona de ocupación, penetrando en la zona de la influencia americana. Los Estados Unidos han reaccionado ya: intentan aprovechar el movimiento de boicotaje antijaponés para activar su exportación en China y para eliminar al Japón de los mercados chinos. Esta política americana tiene apariencias de lograrse. Al mismo tiempo los Estados Unidos retiran del Japón su oro, agravando todavía más de esta manera la crisis económica nipona. La Gran Bretaña ha aprovechado también del boicotaje antijaponés. Pero, a pesar de todo, el hecho de un frente único imperialista contra la U. R. S. S. no deja de existir y la amenaza de una intervención de las grandes potencias se hace cada vez más real. La realidad de esta amenaza y los problemas que presenta ante las secciones de la Internacional Comunista no han sido comprendidos como se merecían por todos los partidos. Ciertos partidos, ciertos camaradas, no han visto el carácter netamente provocador de la invasión japonesa en Manchuria. Atrayendo la atención de los trabajadores sobre las contradicciones existentes entre los diversos grupos imperialistas han dejado en la sombra el antagonismo fundamental entre el mundo capitalista y el mundo socialista.

Los Partidos Comunistas deben, sin tardar, reparar esta falta. Deben crear por la base un frente único amplio, dirigido contra el frente antisoviético de las potencias imperialistas y contra el reparto de China. Los Partidos Comunistas deben revelar ante el ejemplo del conflicto manchuriano el verdadero carácter de la S. D. N., como una asociación de bandidos imperialistas y el papel que juegan los socialfascistas. Es preciso explicar a las masas trabajadoras que la preparación de la intervención antisoviética se efectúa ahora sobre una escala más amplia y que la intervención contra China es una de las primeras etapas. He ahí por qué los explotados y los oprimidos de los países capitalistas y de las colonias deben estar en guardia.

Una de las cuestiones fundamentales de la revolución

En toda revolución, la cuestión del poder político es con seguridad la más importante. ¿Qué clase detenta el poder? Este es el hecho decisivo. Y cuando el órgano del principal partido director de Rusia, el *Dielo Naroda* (núm. 147), lamentaba hace poco que las discusiones sobre el poder hicieran olvidar la Asamblea Constituyente y la cuestión de los trigos, se podía haber respondido a los socialistas-revolucionarios: "¡No echéis la culpa a nadie más que a vosotros mismos!" Las vacilaciones, las tergiversaciones de *vuestro* partido son las que más han contribuido a prolongar la "comedia ministerial", a retrasar sin fin la convocatoria de la Asamblea Constituyente y a permitir a los capitalistas que hagan fracasar las medidas elaboradas y adoptadas para la aplicación efectiva del monopolio de cereales y el abastecimiento en trigo del país.

La cuestión del poder no puede ser ni eludida ni relegada a último término puesto que es la cuestión fundamental, la que determina *todo* el desarrollo de la revolución, toda su política exterior e interior. Que nuestra revolución ha *perdido* seis meses en titubeos sobre la organización del poder, es un hecho incontestable, y la causa de este hecho consiste en la política vacilante de los socialistas-revolucionarios y de los mencheviques. Ahora bien, la misma política de estos partidos, en último término, ha sido determinada por la situación social de la pequeña burguesía, por su inestabilidad económica en la lucha entre el Capital y el Trabajo.

Ahora, todo consiste en saber si la democracia pequeñoburguesa ha aprendido algo en estos seis meses tan extraordinariamente ricos en acontecimientos. Si no ha aprendido nada, la revolución está perdida y únicamente la insurrección victoriosa del proletariado podrá salvarla. Si ha aprendido algo, es necesario empezar por crear inmediatamente un poder estable, firme. En el curso de una revolución popular, esto es, en el curso de una revolución que despierta a la vida a las masas, a la mayoría de los obreros y de los campesinos, únicamente un poder que se apoye abiertamente y sin reservas sobre la *mayoría* de la población puede ser un poder estable. Actualmente, en Rusia, el poder político se halla aún, *en realidad*, entre las manos de la *burguesía*, que sólo se ve obligada a concesiones parciales (que al día siguiente empieza a recuperar), a hacer promesas (que no tiene el propósito de cumplir), a buscar el modo de disimular su dominación (para engañar al pueblo con las apariencias de una "coalición leal"), etcétera. En palabras, tenemos un Gobierno popular, democrático, revolucionario; en realidad, nos hallamos en presencia de un Gobierno antipopular, antidemocrático, contrarrevolucionario, burgués. Tal es la contradicción fundamental que ha durado hasta ahora, que ha originado la inestabilidad y las oscilaciones del poder, que ha provocado ese "desfile de ministros" al que se han prestado con un celo tan desastroso (para el pueblo) los señores socialistas-revolucionarios y mencheviques.

"O la disolución de los Soviets y su muerte sin gloria, o todo el poder a los Soviets", dije en el Congreso panruso de los Soviets, a principios de junio de 1917. Y la historia de los meses de julio y agosto ha confirmado plenamente la exactitud de estas palabras. Únicamente el poder de los Soviets puede ser estable y apoyarse en realidad sobre la mayoría del pueblo, digan lo que quieran los lacayos de la burguesía, los Potressov, los Plejánov y otros, que califican de

“extensión de la base” del poder la transmisión efectiva de este poder a una ínfima minoría de la población, a la burguesía, a los explotadores.

Únicamente el poder de los Soviets podría ser estable; únicamente este poder no podría ser derribado ni aun en las horas más dolorosas de la más tempestuosa revolución; únicamente este poder podría asegurar el amplio y constante desarrollo de la revolución y la pacífica lucha de los partidos en el seno de los Soviets. Mientras tal poder no exista, no habrá más que titubeos, vacilaciones, inestabilidad, innumerables “crisis” del poder, interminables comedias ministeriales, explosiones a la derecha y a la izquierda.

Pero la consigna de “Todo el poder a los Soviets”, con frecuencia, si no casi siempre, se comprende de modo muy falso. Se entiende por tal un “Ministerio formado por los partidos que tienen la mayoría en los Soviets”; esta opinión profundamente equivocada es la que quisiéramos examinar en detalle.

Un “Ministerio formado por los partidos que tienen la mayoría en los Soviets” sólo quiere decir: cambios de composición del Gabinete, permaneciendo intangible todo el antiguo aparato gubernamental; y éste es un aparato esencialmente antidemocrático, incapaz de realizar ninguna reforma seria, ni aun de esas que figuran en el programa de los socialistas-revolucionarios y de los mencheviques.

La consigna de “Todo el poder a los Soviets” significa una transformación radical de todo el antiguo aparato gubernamental, de ese aparato burocrático que entorpece la iniciativa democrática; implica la supresión de este aparato y su sustitución por un nuevo aparato popular auténticamente democrático, el de los Soviets, esto es, de la mayoría organizada y armada del pueblo de los obreros, los soldados y los campesinos; significa la libertad de iniciativa y de acción independiente de la mayoría del pueblo, no sólo en la elección de los diputados, sino asimismo en la administración del Estado, en la aplicación de las reformas y la realización de las transformaciones sociales.

Para presentar esta diferencia de una manera todavía más clara y sensible, recordemos la preciosa confesión hecha hace poco por el *Dielo Naroda*, órgano del partido director de los socialistas-revolucionarios: “Incluso en los ministerios que han sido transmitidos a ministros socialistas—escribía este periódico durante la famosa coalición con los cadetes, cuando mencheviques y socialistas-revolucionarios desempeñaban carteras—, *incluso* en estos ministerios, el viejo aparato administrativo subsiste y entorpece todo el trabajo.”

Se comprende perfectamente. Toda la historia de los países de parlamentarismo burgués, y en gran medida de los países burgueses constitucionales, enseña que la sucesión de los ministerios tiene muy poca importancia, puesto que todo el trabajo real de la administración está confiado a un inmenso ejército de funcionarios. Ahora bien, este ejército se halla profundamente penetrado de un espíritu esencialmente antidemocrático. Este ejército de funcionarios se encuentra ligado por millares y millones de lazos a los grandes propietarios agrarios y a la burguesía, de los cuales depende en todos los terrenos. Este ejército está sumido en una atmósfera burguesa a la cual le es absolutamente imposible sustraerse. Momificado, paralizado dentro de formas incommovibles, no tiene la fuerza de arrancarse a este ambiente y no puede modificar en nada su manera de pensar, de sentir y de proceder. Descansa tanto en el principio jerárquico como en ciertos privilegios reservados al “servicio del Estado”; sus cuadros superiores se hallan completamente sometidos, por mediación de los bancos y de las sociedades anónimas, al capital financiero, del cual, en cierta medida, son agentes, defendiendo sus intereses y propagando su influencia.

Tratar de efectuar, por medio de *este* aparato gubernamental, transformaciones sociales tales como la supresión sin indemnización de la gran propiedad agraria o el establecimiento del monopolio de cereales, etc., es caer en una ilusión total y engañar al pueblo. Este aparato *puede* facilitar a una burguesía republicana la creación de una República que sería una “Monarquía sin monar-

ca", como la Tercera República francesa; pero es absolutamente incapaz de aplicar reformas que, no digo yo abolir, sino simplemente que limiten de manera más o menos efectiva los derechos del Capital y los derechos de la "sacrosanta propiedad privada". Por esta razón, en todos los ministerios de "coalición" en los que han participado los "socialistas", estos últimos, aun cuando fueran de buena fe, sólo han proporcionado un vano adorno o una portada a los gobiernos burgueses, un pararrayos contra la indignación popular, un instrumento de engaño de las masas. Tal fué el papel de Luis Blanc en 1848; tal ha sido desde entonces el de numerosos ministerios de coalición en Inglaterra y en Francia; tal el de Tchernov y Tseretelli en 1917, y así será mientras tanto dure el régimen burgués y subsista intangible el viejo aparato gubernamental de la burguesía, fundado en el funcionarismo.

Ahora bien, uno de los méritos fundamentales de los Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos es que éstos representan un *tipo* de aparato gubernamental infinitamente más elevado, incomparablemente más democrático. Los socialistas-revolucionarios y los mencheviques han hecho lo posible y lo imposible para transformar los Soviets (y particularmente el de Petrogrado, así como el Soviet panruso o Comité central ejecutivo) en vagos parloteos, ocupados únicamente, so capa de "control", en votar resoluciones impotentes o demandas cuya realización trasladaba el Gobierno, con la urbanidad más exquisita, a las calendas griegas. Pero ha bastado una "fresca brisa"; ha bastado el golpe de Kornilov para purificar temporalmente de todos sus miasmas la atmósfera de los Soviets y suscitar la iniciativa de las masas revolucionarias, que al fin se ha manifestado en toda su amplitud, en todo su poder, en toda su invencibilidad.

Que este ejemplo histórico sea una enseñanza para los hombres de poca fe. Que esos que dicen: "No tenemos un aparato capaz de reemplazar al antiguo aparato, que tiende inevitablemente a la defensa de la burguesía", se sientan avergonzados. Porque este aparato *existe*: los Soviets. No temáis la iniciativa y la acción de las masas; tened confianza en las organizaciones revolucionarias de las masas, y veréis a los obreros y a los campesinos desplegar en *todos* los dominios de la vida pública la fuerza, la majestad, la invencibilidad de que han dado pruebas en su unión y en su empuje contra el golpe de Kornilov.

Los jefes socialistas-revolucionarios y mencheviques no han tenido confianza en la iniciativa de las masas; la han temido, han temblado ante la energía revolucionaria de los obreros y de los campesinos, en lugar de sostenerlos sin reserva; y éste ha sido su mayor pecado. Aquí es donde hay que buscar una de las causas principales de su indecisión, de sus vacilaciones, de sus tentativas perpetuas y perpetuamente infructuosas de echar vino nuevo en los viejos odres del antiguo aparato burocrático.

Examinad la historia de la democratización del ejército en la revolución rusa de 1917, la historia del ministerio Tchernov, la historia del "reinado" de Paltchinski, la historia de la dimisión de Pechejonov, y hallaréis a cada paso la brillante confirmación de lo que acabo de decir. Sin absoluta confianza en las organizaciones electivas de los soldados, sin aplicación absoluta del principio de la elección de los jefes por los soldados, los Kornilov, los Kaledin y los oficiales contrarrevolucionarios se han encontrado a la cabeza del ejército. Esto es un hecho. A menos de cerrar los ojos por parcialidad, es imposible dejar de ver que el Gobierno Kerenski, desde el golpe de Kornilov, *deja todo en su estado y restaura en realidad el kornilovismo*. El nombramiento de Alexeyev, la "paz" con los Klembovski, los Gagarin, los Bagration y otros cómplices de Kornilov, la indulgencia manifestada con los mismos Kornilov y Kaledin; todo esto demuestra con claridad meridiana que Kerenski restaura de hecho el kornilovismo.

No hay término medio. La experiencia lo ha demostrado. No hay término medio. O todo el poder a los Soviets y la democratización completa del ejército, o Kornilov.

¿Y la historia del ministerio Tchernov? ¿No ha demostrado que cada tenta-

tiva, por poco sería que fuese, de satisfacer realmente las necesidades de los campesinos, que cada acto demostrando confianza hacia éstos y sus organizaciones de masa eran acogidos con el mayor entusiasmo por todos los campesinos? Pero Tchernov, durante cerca de cuatro meses, ha tenido que "regatear hasta el infinito" con los cadetes y los funcionarios, quienes, con sus tergiversaciones y sus perpetuos aplazamientos, le han obligado al cabo a dimitir sin haber podido realizar nada. Durante estos cuatro meses, los terratenientes y los capitalistas han "ganado la partida"; han salvado temporalmente la gran propiedad agraria, han retrasado la convocatoria de la Asamblea Constituyente e incluso han tomado diferentes medidas de represión contra los comités agrarios.

No hay término medio; la experiencia lo ha demostrado. Todo el poder a los Soviets, en los centros y en las provincias; toda la tierra a los campesinos, *inmediatamente*, hasta la decisión de la Asamblea Constituyente, porque si no la nobleza terrateniente y los capitalistas lo frenan todo, restauran el poder de los propietarios de la tierra, exasperan a los campesinos y trabajan tan bien que al fin desencadenarán la más furiosa *jacquerie*.

Igualmente los capitalistas (con el concurso de Paltchinski) han hecho fracasar el control efectivo de la producción; los comerciantes han impedido la realización del monopolio de cereales y el *comienzo* del reparto democrático concertado del pan y de los productos alimenticios emprendido por Pechejonov.

No se trata de ningún modo actualmente, en Rusia, de inventar "nuevas" reformas, de construir "planes" de transformación "general", como intentan hacer creer los capitalistas, los Potressov, los Plejánov, que vociferan contra la "instauración del socialismo", contra la "dictadura del proletariado". No se trata en modo alguno de esto. En realidad, las cargas insoportables y los azotes de la guerra, el amenazador peligro del desastre económico y del hambre han señalado ya la salida de la situación; y no sólo la han señalado, han exigido ya imperiosamente la aplicación de esas reformas y transformaciones urgentes que son el monopolio de cereales, el control de la producción y del reparto, la restricción de la emisión de papel moneda, el cambio regular del trigo contra mercancías, etcétera.

Estas medidas, y precisamente estas medidas, como todo el mundo reconoce, son de una necesidad absoluta, y su aplicación ha empezado ya en algunos sitios. *Se ha empezado ya su aplicación*, pero ésta se halla entorpecida por la resistencia de los propietarios agrarios y de los capitalistas, resistencia opuesta por el Gobierno Kerenski (que es, *en realidad*, un Gobierno completamente burgués y bonapartista), por el aparato administrativo del antiguo régimen y por la presión directa e indirecta del Capital ruso y "aliado".

I. Prilejajev, lamentando la dimisión de Pechejonov y el fracaso de las tasas y del monopolio de cereales, escribía hace poco en "Dielo Naroda" (núm. 147):

"Audacia y espíritu de decisión: esto es lo que les ha faltado a todos nuestros Gobiernos, cualquiera que fuese su composición... La democracia revolucionaria no debe esperar, debe dar pruebas de iniciativa e intervenir sistemáticamente en el caos económico... Si alguna vez se ha hecho sentir la necesidad de una política firme y de un poder resuelto, es ahora precisamente."

La verdad es la verdad. A esto se llama hablar con claridad. Pero el autor olvida que la política firme, la audacia y el espíritu de decisión no son cuestiones de personas: todo eso depende de la *clase social* que es capaz de demostrarlo. Ahora bien, esta clase es únicamente el proletariado. Un poder audaz, resuelto, con una política firme, ¿qué es si no la dictadura del proletariado y de los campesinos más pobres? Sin sospecharlo, I. Prilejajev suspira por *esta dictadura*.

¿Qué significaría, en efecto, esta dictadura? El aniquilamiento definitivo de la resistencia de los Kornilov y la continuación, el coronamiento de la democratización completa del ejército; nada más. El noventa y nueve por ciento del ejér-

cito la acogida con entusiasmo al día siguiente de su advenimiento. Dando la tierra a los campesinos y la plenitud del poder a los comités locales de campesinos, ¿es que esta dictadura no sería sostenida sin reservas por los rurales? Sería menester, para dudarlo, haber perdido la cabeza. Lo que Pechejonov no ha hecho más que *prometer* ("la resistencia de los capitalistas está rota", decía textualmente en su famoso discurso del Congreso de los Soviets), la dictadura lo realizaría verdaderamente, sin dejar de lado, por lo demás, las organizaciones democráticas que empiezan a constituirse para el abastecimiento, el control, etcétera. Antes al contrario, la dictadura las sostendría y las desarrollaría, suprimiendo todo aquello que entorpece su funcionamiento.

Únicamente la dictadura de los proletarios y de los campesinos más pobres es capaz de deshacer la resistencia de los capitalistas, de dar pruebas en el ejercicio del poder de una audacia y una decisión realmente grandiosas, de asegurarse el apoyo entusiasta, completo, heroico, de las masas del ejército y de la población rural.

El poder a los Soviets: éste es el único medio de asegurar para lo sucesivo una evolución gradual, pacífica, bonancible, de los acontecimientos, paralelamente al desarrollo de la conciencia, del espíritu de decisión y de la experiencia de las masas populares. El poder a los Soviets es la transmisión íntegra de la administración del país y del control de la economía a los obreros y a los campesinos, a los que nadie se atrevería a resistir, y que aprenderían rápidamente por medio de la práctica, y con ayuda de la experiencia, a repartir como es debido la tierra, los productos y el trigo.

(*Rabotchi Put*, núm. 10, 27 sept. 1917.)

* * *

Notas biográficas

Kornilof, general ruso, jefe de las fuerzas contrarrevolucionarias, que pretendió, con un golpe de fuerza, apoderarse de Leningrado e instaurar la dictadura militar en julio del 1917.

Kaledin, general ruso, elegido atamán de los cosacos, que sostuvo activamente a Kornilof.

Klemboski, general ruso, aliado de Kornilof, y fusilado por traidor después del triunfo de la revolución.

Tchernof, ministro de Agricultura en el Gobierno de Kerenski, fundador del partido socialista revolucionario. Presidente de la Asamblea Constituyente. Tomó parte activa en la lucha contrarrevolucionaria. Emigrado, pretendió en 1922 sostener el movimiento de Cronstandt.

Alexeyev, jefe del Estado Mayor de Nicolás II.

Bagration, príncipe, general ruso y colaborador de Kerenski en el Ministerio de la Guerra.

Gagarin, general ruso y cómplice de Kornilof.

Palchinski, ingeniero, hombre de confianza de los financieros de Petrogrado. Fusilado en 1929 por sabotaje contrarrevolucionario.

Pechéjanof, escritor y estadístico, líder del partido socialista-populista. Miembro de uno de los Gobiernos formados por Kerenski.

Plejanof. Fundador y jefe de la socialdemocracia rusa y uno de los líderes más destacados de la Segunda Internacional. Editó con Lenin la "Iskra" ("Chispa"). Durante la guerra predica la unión sagrada, siendo un patriota rabioso, y desde su periódico, "La Unidad", defiende la guerra y a la burguesía. Adversario de los Soviets, se niega, sin embargo, a luchar activamente contra la U. R. S. S. Murió en Finlandia en 1918.

Prilejyev. Colaborador del periódico socialista revolucionario "Dielo Naroda".

Potresof. Uno de los fundadores de los primeros grupos marxistas rusos. Líder de los mencheviques y socialpatriota durante la guerra.



A . M a r t y n o v

Cómo luchaba Lenin, en la época de la primera revolución, por su "transformación" y contra el centrismo

(Con ocasión del octavo aniversario de la muerte de Lenin)

LA carta de Stalin a la Redacción de la "Revolución Proletaria" tiene una enorme importancia de principio, no sólo para el Partido Comunista de la U. R. S. S., sino también para toda la Internacional Comunista. Stalin ha señalado que en el frente de la historia del Partido no todo estaba en orden. ¡Lejos de esto! Teniendo en cuenta que nuestros trabajos históricos científicos aún no se hallan suficientemente saturados de los principios del Partido y que cierta parte de los colaboradores que dirigen las instituciones científicas de la U. R. S. S. han dado muestras de un liberalismo putrefacto y de una vigilancia de clase insuficiente, los contrarrevolucionarios trotskistas y los oportunistas de derecha destrozados por el Partido han tratado de introducir de contrabando, con sordina, en los trabajos históricos su punto de vista. Con arreglo a ellos, Lenin, al parecer, no había comprendido aún en 1905 la necesidad de la transformación de la revolución democrática burguesa en revolución socialista; antes de la guerra, contrariamente a los radicales de izquierda (Rosa Luxemburgo, etc.), Lenin había menospreciado el peligro del centrismo, y sólo "cambió" después de la guerra...

¿Qué significa esta calumnia trotskista contra Lenin y el Partido bolchevique? Se trata de una tentativa para hacer pasar de contrabando el punto de vista de que el origen histórico del actual movimiento comunista no es el bolchevismo, "producto de un país agrario retrógrado", sino el radicalismo de izquierda, producto de los países industriales avanzados; de que todos los renegados del comunismo tenían razón al afirmar que el Partido Comunista de la U. R. S. S. no tiene derecho a la hegemonía dentro del movimiento comunista; de que los socialfascistas tienen razón al afirmar que la insurrección de Octubre llevada a cabo en la Rusia retardataria no puede servir de ejemplo a los países capitalistas avanzados.

Este contrabando trotskista, peligroso para el Partido Comunista de la Unión Soviética, es tanto más peligroso para nuestros Partidos hermanos de los países capitalistas, en los que todavía se manifiestan muchas supervivencias del radicalismo de izquierda y en los que aún no se ha comprendido que si el radicalismo de izquierda ha desempeñado un papel innegablemente revolucionario antes de la guerra en el seno de la II Internacional, actualmente no puede desempeñar sino el papel de puente para pasar del campo del comunismo al campo de la socialdemocracia, al campo de la contrarrevolución.

Cómo luchaba Lenin por la "transformación"

Ya en 1926, Stalin, en el prólogo a su compilación *Los problemas del leninismo*, sostenía esta tesis: "Fue Lenin el único marxista que comprendió y desarrolló precisamente la idea de la revolución permanente... Lenin la tomó en su forma pura (en Marx), haciendo de ella una de las bases de su teoría de la revolución." En apoyo de esta afirmación, Stalin aporta los correspondientes extractos de Lenin.

Veamos lo que Lenin escribía a este respecto en 1905:

“De la revolución democrática pasaremos en seguida, en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado consciente y organizado, a la revolución socialista. **Somos partidarios de la revolución permanente** [subrayado por mí, I. Stalin]. No nos detendremos a mitad del camino...

Sin caer en el aventurerismo, sin traicionar nuestra conciencia científica, sin correr tras una popularidad vil, podemos decir y decimos **sólo una cosa**: ayudaremos con todas nuestras fuerzas al conjunto de las masas campesinas a llevar a cabo la revolución democrática, **para que a nosotros, Partido del proletariado, nos sea tanto más fácil** pasar lo más rápidamente posible a una nueva y más grande tarea: a la revolución socialista.”

Y ahora veamos lo que escribía Lenin, dieciséis años más tarde, sobre el mismo tema, después de la conquista del poder por el proletariado:

“Los Kautsky, Hilferding, Martov, Tchernov, Hillquitt, Longuet, Macdonald, Turati y otros héroes del marxismo de la “2 y 1/2” no han sabido comprender... la relación entre la revolución burguesa democrática y la revolución proletaria socialista. **La primera se transforma en la segunda** [subrayado por mí, I. S.] La segunda resuelve de paso los problemas de la primera, consolida la obra de la primera. La lucha, y únicamente la lucha, resuelve en qué medida puede llevarse a cabo esta transformación.”

Podemos añadir también una cita del primer libro de Lenin: **¿Qué es eso de los “amigos del pueblo”?**, cita que testimonia que Lenin, no ya después de la guerra, y no sólo en 1905, sino incluso en 1894 planteó la cuestión de la “transformación”:

“Cuando sus representantes avanzados [los de la clase obrera] se hayan asimilado la idea del socialismo científico, la idea del papel histórico del obrero ruso..., entonces el obrero ruso, alzándose a la cabeza de todos los elementos democráticos, abatirá el absolutismo y conducirá al **proletariado ruso** (al lado del proletariado de todos los países) **por el camino directo de la lucha política abierta hacia la revolución comunista victoriosa.**”

Lenin ha sido siempre partidario de la “transformación”, puesto que no era un “marxista” liberal, sino un marxista revolucionario para quien el derrumbamiento de la autocracia zarista no era el único fin, sino sólo un medio para llegar a la revolución comunista. En ese mismo libro, Lenin escribía:

“... la lucha contra todas estas instituciones (absolutismo, castas e instituciones reaccionarias) **no es indispensable sino como medio** para facilitar la lucha contra la burguesía...; la realización de las reivindicaciones democráticas generales **no es indispensable al obrero sino** para abrirse el camino de la victoria contra el principal enemigo de los trabajadores: **el capital**—institución puramente democrática por su naturaleza.” [Las palabras subrayadas lo son por mí, A. M.]

En este mismo pasaje explica Lenin en qué sentido es posible el derrumbamiento del capitalismo:

“Los obreros deben saber que sin el derrumbamiento de esos pilares de la reacción no tendrán ninguna posibilidad de luchar victoriosamente contra la burguesía, porque mientras existan el proletariado agrícola ruso [Lenin entendía entonces por tal los campesinos pobres en general], cuyo apoyo es la condición indispensable para el triunfo de la clase obrera, no saldrá nunca de su estado de raza embrutecida y maltratada, únicamente capaz de una desesperación obtusa y no de una protesta y de una lucha razonada y firme.” (¿Qué es eso de los “amigos del pueblo”?)

Lenin ha tomado a Marx la idea de la “transformación”, de la “revolución permanente”. Ahora bien; contrariamente a Trotsky, que la ha deformado, Lenin, como ha señalado Stalin, no sólo la ha comprendido perfectamente, sino que incluso la ha **desarrollado ulteriormente**, adaptándola a las condiciones de la nueva época imperialista, en el curso de la cual ya se había desarrollado la primera revolución rusa. El desarrollo ulterior de la idea de Marx sobre la revolución permanente consistía en Lenin en lo siguiente: teniendo en cuenta las condiciones de la nueva época, ya en vísperas y en el curso de la primera revolución rusa edificó el Partido y dirigió la lucha revolucionaria del proletariado con el fin de que en vísperas y sobre la marcha de la revolución burguesa democrática

tica pudieran crearse las condiciones esenciales para su transformación en revolución socialista y para la instauración de la dictadura del proletariado. Este es el gran mérito histórico de Lenin; vemos, pues, que al constituir el Partido bolchevique había ya asentado antes de la guerra las bases de la revolución de Octubre y de la Internacional Comunista.

La estrategia y la táctica de Marx con relación a las guerras nacionales de la mitad del último siglo y a la revolución alemana de 1848 correspondían a las condiciones generales de la época de 1789-1871 y a las condiciones concretas especiales de la revolución alemana de 1848. Veamos lo que escribía Lenin en 1915 a propósito de las condiciones generales de la época de 1789-1871 en su artículo **Bajo una bandera extranjera**, en el que, a causa de la censura, empleaba un lenguaje figurado, escribiendo, siempre a causa de la censura, "democracia moderna" en lugar de "partido obrero":

"La primera época, que va de la gran revolución francesa a la guerra franco-alemana, es la época del florecimiento de la burguesía, de su completa victoria. Es la línea ascendente de la burguesía; la época de los movimientos burgueses democráticos en general, de los movimientos burgueses nacionales en particular; la época del rápido derrumbamiento de las instituciones feudales y absolutistas caducas... No podía pensarse entonces en una acción **verdaderamente** independiente y correspondiente a la época de senilidad y decadencia de la burguesía por parte de la democracia moderna [= partido obrero] en varios países avanzados. La principal clase que entonces, en el curso de esas guerras en las que ella misma tomaba parte, seguía la curva ascendente y que fué la única capaz de intervenir con una fuerza aplastadora contra las instituciones feudales y absolutistas, era la burguesía. En diferentes países, esta burguesía, representada por diversas capas **poseedoras** de productores de mercancías, era progresista en distintos grados, e incluso en ocasiones revolucionaria (por ejemplo, una parte de la burguesía italiana en 1859)." [Subrayado por mí, A. M.]

A propósito de la situación en Alemania en 1850, Marx escribía en el **Llamamiento del Comité Central de la Liga de comunistas**, en relación con la nueva eclosión revolucionaria que preveía, dirigida por los demócratas pequeñoburgueses:

"Por tanto, mientras el partido democrático, el partido de la pequeña burguesía, se organizaba cada vez más en Alemania, el partido obrero perdió su única base sólida... y cayó de este modo totalmente bajo la dirección de los demócratas pequeñoburgueses."

Por razón de las precitadas condiciones de la época de 1789-1871, Marx, en el curso de las guerras nacionales de entonces tomaba posición por la "defensa de la patria", precisamente por la defensa de una patria burguesa que, desde el punto de vista de los intereses del movimiento internacional del proletariado, desempeñaba un papel relativamente más progresivo. En virtud de las condiciones concretas especiales de la situación de la Alemania de 1850, Marx, esperando una nueva explosión política en Alemania que, en caso de revolución, llevaría inevitablemente a los demócratas pequeñoburgueses al poder, y sin perder de vista un solo instante las perspectivas de la revolución permanente, del tránsito directo de la revolución burguesa democrática a la revolución proletaria, aún no podía plantear en 1850, y por consiguiente no planteó delante del partido obrero en el curso de la eclosión revolucionaria **subsecuente**, las tareas de una participación en el Gobierno revolucionario y de la instauración de la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y de los campesinos. En las condiciones de 1850, Marx **únicamente** planteaba ante el partido obrero como una necesidad la tarea de una separación, sobre la base del principio de clase, con la democracia pequeñoburguesa; de la creación de "una organización independiente, secreta y abierta del partido obrero", especialmente para la lucha contra "su rebajamiento al papel de apéndice de la democracia burguesa oficial", para "armar a los obreros", establecer "un control riguroso de los proletarios sobre la democracia pequeño-burguesa traidora" y permanecer como oposición revolucionaria de extrema izquierda hasta el momento en que los demócratas se comprometan y sea posible al partido obrero derribarlos, realizando de este modo el tránsito de la revolución burguesa democrática a la revolución socialista. [Consúltese el trabajo de Lenin: **El Gobierno revolucionario provisional.**]

Los mencheviques, aferrándose a la letra de Marx pero alterando el espíritu de sus enseñanzas, su método dialéctico; esforzándose, con un espíritu de puro "seguidismo" y **bajo un aspecto extraordinariamente deformado y banal**, en trasponer la táctica y la estrategia de Marx correspondientes a la curva ascendente del desarrollo de la burguesía a la nueva época del imperialismo, a la época del capitalismo moribundo, adoptaron en su

mayoría en el curso de la guerra imperialista una posición de defensores de la patria, de socialpatriotas, y en el curso de la revolución de 1905 una posición de "extrema izquierda", una posición de defensores de la burguesía liberal, a la que empujaban desde abajo, una posición de ascensión "peldaño por peldaño", sin hacer, no obstante, llamamiento a un control riguroso de la táctica de traición de la burguesía liberal y sin intentar elevarse, inmediatamente después de la victoria de la revolución burguesa, a un grado más alto, a la revolución proletaria, como lo hizo Marx al defender el punto de vista de la transformación de la revolución burguesa en revolución socialista.

Lenin ocupó una posición de principio diferente lo mismo en el curso de la revolución de 1905 que en el curso de la guerra imperialista. Lenin se dió cuenta ya en vísperas de la revolución de 1905 de que la burguesía sigue en todos los países capitalistas una línea descendente, de que en Rusia las contradicciones de clase entre el proletariado y la burguesía, bajo la capa del absolutismo semifeudal, estaban mucho más maduras que en la época de la revolución de 1848 en Alemania, en que "la gran industria faltaba aún casi por completo" y en que "no existía ningún movimiento obrero independiente en proporciones algo serias"; de que en Rusia la socialdemocracia, el partido de la clase obrera, empezó en vísperas de la revolución, antes que todos los partidos revolucionarios y de oposición, a edificarse en la lucha. Lenin comprendía al mismo tiempo que la revolución rusa, en las condiciones de una completa madurez de los países avanzados para el socialismo, podía convertirse en el prólogo de la revolución proletaria mundial, y que el proletariado ruso podía convertirse en la vanguardia del proletariado revolucionario internacional. Ya a partir de 1902 Lenin escribía en **¿Qué hacer?:**

"La historia nos impone actualmente una tarea inmediata, la más revolucionaria entre todas las tareas del proletariado de no importa cuál otro país, pues la realización de esta tarea, la destrucción del baluarte más poderoso de la reacción no sólo europea sino asiática, convertiría al proletariado ruso en la vanguardia del proletariado internacional."

Por todas estas razones, Lenin, mirando en línea recta delante de él y no hacia atrás, desde el principio del período de la antigua *Iskra*, y en oposición a los mencheviques de mañana, adoptó, no una posición de arrastre a la cola de los liberales, sino una posición de lucha contra los liberales y contra los socialistas-revolucionarios pequeñoburgueses y por la **hegemonía del proletariado** sobre las masas pequeñoburguesas en la revolución burguesa inminente. Ciertamente que los futuros mencheviques, Plejanov y Axelrod, al principio hablaron también de la "hegemonía del proletariado". Pero la hegemonía del proletariado según la definía Axelrod era una caricatura, un insulto a su definición. Por esta razón, los mencheviques, a medida que se desarrollaba la revolución de 1905, y partiendo de las posiciones de Axelrod, rechazaron esos términos con lógica consecuencia. Lenin, desde el principio, tomó en serio la idea de la hegemonía del proletariado y elevó inmediatamente este problema a un alto nivel de principio.

En el terreno de estas diferentes nociones de la hegemonía se entabló una lucha de principio a partir de 1902 entre Lenin y Plejanov durante el curso de la elaboración del programa del Partido, aun cuando todavía colaboraban los dos en la redacción de la antigua "Iskra", en la misma organización. Lenin, enfrente de Plejanov, afirmaba que para la realización de la hegemonía del proletariado en la revolución burguesa democrática, para colocar a las masas democrático-burguesas bajo la dirección del proletariado, nuestro Partido no debía, aun sosteniendo cualesquiera movimientos revolucionarios y de oposición, borrar al mismo tiempo las contradicciones entre el proletariado y la burguesía, sino, por el contrario, acentuar la lucha entre ambos y asegurar de este modo la mayor amplitud y profundidad a la revolución democrática burguesa, para acercarse al objetivo final. Lenin denunciaba el proyecto de Plejanov en estos términos:

"Este proyecto no nos da un programa del proletariado **en lucha** contra las exigencias muy reales de un capitalismo perfectamente definido, sino un programa de **manual** de economía consagrado al capitalismo en general."

Lenin decía que "el partido del proletariado ruso debe exponer en su programa sin ningún equívoco su acusación contra el capitalismo ruso, **su declaración de guerra contra este último.**" [Subrayado por mí, A. M.]

En su discusión con Vera Zassulitch, Lenin escribía:

"Evidentemente, es deseable atraer a **todos** los pequeños productores. Pero sabemos que es una clase especial, y aun cuando está ligada al proletariado con miles de hilos y grados transitorios, de todos modos es una clase aparte.

Es indispensable **separarse en primer lugar** de todos, diferenciar **única y exclusivamente** al proletariado y declarar, pero sólo **después**, que el proletariado invitará y libertará a todo el mundo.

¡Yo acepto este "después", pero exijo antes el "en primer lugar"!

Aquí, en Rusia, las horribles miserias "de los trabajadores y de las masas explotadas" no han provocado ningún movimiento **popular** mientras un "puñado" de obreros de fábricas y talleres no empezó la lucha, la lucha de clase. Y sólo este "puñado" es el que garantiza su marcha, su desarrollo, su expansión. Precisamente en Rusia, donde los críticos (Bulgakov) acusan asimismo a los socialdemócratas de "aversión hacia los campesinos" y donde los socialistas-revolucionarios proclaman la necesidad de **sustituir** la noción de la lucha de clase por la noción "de la lucha de todos los trabajadores y explotados" (*El mensajero de la revolución rusa*, núm. 2); precisamente en Rusia debemos, **en primer lugar**, separarnos de esta gentuza por una definición terminante de la única lucha de clase, del **único** proletariado, y, sólo después, declarar que **llamamos a todo el mundo**, que lo tomaremos todo, lo haremos todo y nos extenderemos a todo."

Por lo que se refiere a las palabras "en primer lugar" y "después", subrayadas por Lenin en este extracto, debemos señalar, para evitar cualquier falsa interpretación posible, que Lenin, de un modo absolutamente evidente, no divide aquí **en el tiempo**, como dos etapas sucesivas, la "separación" y la "hegemonía". Lenin, desde el primer día, desde el principio de la publicación de la antigua "Iskra", planteaba la cuestión de la hegemonía del proletariado y la tarea relacionada con ella: "la organización de divulgaciones que interesarán al pueblo entero". Lenin emplea los términos "en primer lugar" y "después" con relación **al lugar** que la "separación" y la hegemonía deben ocupar en el programa según su importancia. Para Lenin, la "separación del proletariado" era la condición fundamental para la justa realización de su hegemonía en la revolución burguesa democrática, porque esto era el anticipo de una transformación de la revolución democrática burguesa en revolución socialista.

Precisamente porque para él la "separación" del proletariado ruso, la lucha contra la penetración de la influencia burguesa en la socialdemocracia rusa, cosas indispensables para una victoria más completa sobre todas las supervivencias de la servidumbre, eran igualmente necesarias y ante todo en interés de la revolución proletaria futura, Lenin consideraba esta "separación" como parte integrante de la lucha internacional del marxismo revolucionario contra el oportunismo, lucha que caracterizó, siempre con vista a la perspectiva de la **dictadura** del proletariado, como la lucha entre la Montaña y la Gironda de nuestros días. Citando en el texto del proyecto de programa elaborado por Plejanov las siguientes palabras: "el descontento de las masas trabajadoras explotadas aumenta", Lenin observa:

"Esto es cierto, pero es falso identificar y confundir, como se hace aquí, el descontento del proletariado y el del pequeño productor... Y precisamente cuando, en el momento en que la "agravación de la lucha" de los pequeños productores va acompañada de una "agravación" de la lucha entre la "Gironda socialista" y la "Montaña", es tanto menos oportuno confundir todas las agravaciones." [Compilación Lenin, II; ed. rusa.]

Lenin, al plantear la cuestión de la hegemonía del proletariado en la revolución burguesa democrática, la unía estrechamente ante todo a la lucha implacable contra la penetración de la influencia burguesa en nuestro Partido; luego, después de la liberación de las masas pequeñoburguesas de la influencia de la burguesía liberal, la unía a la intransigencia jacobina frente a esas influencias burguesas. Lenin edificaba un partido monolítico, en el que debía haber, como decía en el segundo Congreso del Partido, 90 por 100 de unanimidad. Con este espíritu escribió en **Un paso adelante, dos atrás**:

"El jacobino, indisolublemente ligado a la organización del proletariado, consciente de sus intereses de clase, es el socialdemócrata revolucionario."

¿Por qué edificaba Lenin un Partido tan monolítico, saturado del espíritu de intransigencia jacobina? Porque sólo **un partido así** podía llevar al proletariado a través de la más completa, de la más profunda revolución burguesa hacia la revolución socialista, hacia la dictadura del proletariado. Así Lenin, "el jefe del proletariado de la Rusia retardataria", enseñaba desde los primeros pasos al proletariado ruso el papel de "vanguardia del proletariado revolucionario internacional", enseñaba al partido de los bolcheviques a saber transformar "la revolución burguesa de la Rusia retardataria" en revolución socialista, en prólogo de la revolución proletaria mundial. Esto no lo comprendieron nunca

todas esas especies de oportunistas que sabían que Rusia era el país más atrasado de Europa desde el punto de vista económico, pero que no tenían en cuenta que a principios del siglo XX se había convertido en el país más revolucionario de Europa.

¿Hubo un solo partido socialdemócrata en Europa occidental, un solo socialdemócrata de izquierda dentro de tal partido que haya llegado entonces a formarse una noción del partido semejante a la de Lenin? Es evidente que no. Mientras Lenin escribía las líneas que preceden, todavía se desarrollaba en la II Internacional, en la escala mundial, la lucha entre los guedistas y el jauresismo, entre el marxismo ortodoxo y el bernsteinismo. Pero Kautsky y Bebel, que combatían a Bernstein y Vollmar, en ese momento no pensaban excluir a estos últimos del Partido. Lenin, por el contrario, fué hacia la escisión con los mencheviques a propósito sólo de la cuestión del principio de organización de la estructura del Partido, comprendiendo que en esta divergencia, a primera vista superficial, se disimulaba el embrión de profundas divergencias de principios. Y cuando tuvo lugar esta divergencia, no sólo los mencheviques, sino también Rosa Luxemburgo, de la izquierda, para no hablar de Trotsky, lanzaron grandes gritos contra el "jacobinismo", contra el "blanquismo", contra las tendencias dictatoriales de Lenin y de los bolcheviques.

La cuestión que vamos a tratar es la que se refiere a la lucha de Lenin por la transformación de la revolución burguesa en revolución socialista. En 1902, Lenin, en su folleto **¿Qué hacer?**, escribía a propósito de la organización de todos los colaboradores agrupados en torno de la "Iskra":

"Esta organización se hallará precisamente dispuesta a todo, tanto a salvar el honor, el prestigio y la tradición del Partido en los momentos de la peor "depresión" revolucionaria, como a preparar, fijar y realizar **la insurrección armada del pueblo entero.**" [Lenin, *Obras*, t. IV, París, E. S. I.]

¡En el momento en que se trazaban estas líneas todos los socialdemócratas alemanes se aferraban a las palabras de Engels, falsificadas por ellos mismos, del prólogo a **La lucha de clases en Francia**, diciendo que había pasado el tiempo de las barricadas! Y los marxistas de izquierda, Parvus y Rosa Luxemburgo, preconizaban entonces la teoría de que, actualmente, la lucha de barricadas y la insurrección armada **deben ceder el sitio a un método** de lucha puramente proletaria: a las huelgas de masa. Pero la crítica general de los socialdemócratas, después de la escisión de 1903, contra la consigna de Lenin, no se limitaba a esto. Todos acusaron a Lenin con vehemencia, declarando que la "fijación" de la insurrección por un centro es puro blanquismo, y el menchevique Martynov, en su folleto **Dos dictaduras**, veía en esa consigna la mejor prueba de que los bolcheviques se esforzaban por apoderarse del poder y establecer su dictadura en la revolución burguesa; esto contradecía la idea que habitualmente se hacían los socialdemócratas del papel del proletariado en la revolución burguesa, y en caso de éxito se llegaba, al parecer inevitablemente, a la completa bancarrota del Partido. Como se sabe, Lenin recogió este desafío de Martynov en el III Congreso del Partido y declaró que, efectivamente, él tendía al establecimiento de la dictadura revolucionaria del proletariado y de los campesinos incluso en el curso de la revolución burguesa. Pero de esto ya trataremos más adelante. Señalemos por el momento que también en esta cuestión—la organización de la insurrección armada—los bolcheviques **iban contra la corriente general**, que eran entonces el único partido (fracción por la forma, pero partido en realidad) dentro de la II Internacional que se atrevía a abordar la cuestión de la organización de la insurrección armada y que tenía la audacia de resolver esta cuestión desde el punto de vista de los intereses de la transformación de la revolución burguesa en dictadura del proletariado. Es necesario decir, por otra parte, que la misma expresión de "dictadura del proletariado" sólo existía en el Programa del Partido obrero socialdemócrata ruso, faltando en todos los programas de los partidos socialdemócratas de la II Internacional. De modo que el "jefe del proletariado de un país atrasado" también en esto iba a la cabeza de todos los jefes proletarios de los países avanzados, como en su tiempo Marx, nacido en una Alemania atrasadísima, iba a la cabeza de los socialistas del mundo entero.

Vamos a abordar ahora la cuestión fundamental relacionada con la lucha de Lenin por la transformación de la revolución: el problema de las "dos tácticas" en la revolución burguesa planteado por Lenin en 1905. Todas las divergencias esenciales entre bolcheviques y mencheviques tuvieron lugar en torno de esta cuestión.

Los mencheviques decían: toda vez que la revolución rusa es burguesa, es la burguesía liberal la llamada a desempeñar asimismo en ella el papel de "fuerza motriz". Afirmaban que la tarea del Partido socialdemócrata ruso debía consistir, por consiguiente, en sostener a la burguesía liberal, en animarla, en impulsarla **por abajo**, teniendo cuidado de "no espantarla con el rojo espectro del comunismo". La tarea de la socialdemocracia,

decían, consiste en desempeñar durante toda la revolución el papel de "oposición de extrema izquierda"; la tarea de la revolución burguesa consiste en contribuir sucesivamente al advenimiento al poder de elementos de la burguesía cada vez más democráticos, y la revolución avanzará de este modo "peldaño por peldaño". Gracias a semejante progreso gradual, el poder puede "caer" (!) en manos de la socialdemocracia. Pero ésta no debe de ningún modo aspirar a él, salvo en el caso único de que la revolución se traslade a los países avanzados de Europa occidental, en los cuales las condiciones para el triunfo del socialismo han alcanzado ya "cierta" (!) madurez. Los mencheviques decían que en Rusia la participación de los socialdemócratas en el poder revolucionario era completamente inadmisibles, pues esto los obligaría a realizar el socialismo; ahora bien, en Rusia, teniendo en cuenta su estado económico atrasado, no se disponía de las fuerzas interiores necesarias para esta realización. En una palabra, toda esta táctica reducía a la socialdemocracia al papel de comparsa a remolque de la burguesía liberal y de los constitucionales demócratas.

Lenin sostuvo una lucha encarnizada contra esta concepción menchevique de la revolución burguesa rusa. La revolución burguesa, decía, puede ser de **dos especies**.

"La cuestión agraria constituye la base de la revolución burguesa en Rusia y determina la particularidad nacional de esta revolución."

Pero en Rusia la cuestión agraria puede resolverse de dos modos:

"Es posible acabar con la servidumbre por medio de una transformación lenta de las explotaciones feudales de los grandes propietarios de la tierra en explotaciones burguesas-agrarias, de una transformación de las masas campesinas en proletarios y siervos y el mantenimiento por la violencia de las masas a un nivel miserable de existencia... Al otro camino de desarrollo le llamaríamos el camino americano del desarrollo del capitalismo, para distinguirlo del primero: el camino prusiano. También exige que el antiguo sistema de propiedad de la tierra sea destruido por la violencia... Pero esta destrucción indispensable e inevitable es posible en interés de las masas campesinas y no en interés de la camarilla de los agrarios."

Debemos resolvernos, decía Lenin, por este segundo camino, que únicamente realizaremos por medio de la **revolución plebeya, campesina**, la cual no podrá alcanzar una **victoria completa** sino después de la instauración de la "dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos" bajo la hegemonía del proletariado. Los mencheviques, "no habiendo podido comprender las particularidades de esta revolución burguesa, precisamente en cuanto **revolución campesina**", no habiendo podido comprender "la fuente de lo que había de contrarrevolucionario entre nuestra burguesía en la **revolución rusa**", se conformaban con una noción superficial de la revolución burguesa. Considerando a la burguesía rusa como "el agente principal de la revolución", temían que "la amplitud de la revolución sufriera quebranto si la burguesía se retiraba". Y por ello acceden a transacciones con la burguesía liberal, la cual accede a su vez a transacciones con los grandes propietarios de la tierra y con la monarquía, lo que ha de llevar a una solución dudosa de la cuestión agraria en Rusia por el camino más largo, más doloroso, por el camino prusiano.

¿De qué manera, con qué relación de fuerzas de clase abordaban los bolcheviques la transformación de esta revolución democrática burguesa en revolución socialista? ¿Cuáles eran los diferentes planes de los bolcheviques en las diferentes etapas de esta transformación? Stalin contestó a esta cuestión en 1926, en la XV conferencia del Partido Comunista de la U. R. S. S. Allí dió una contestación breve y precisa:

"En el curso del primer período, los bolcheviques decían: de acuerdo con el conjunto de las masas campesinas, contra el zar y los grandes propietarios de la tierra, neutralizada la burguesía liberal; por la revolución burguesa democrática. En el segundo período, los bolcheviques decían: de acuerdo con los campesinos pobres, contra la burguesía y los **kulaki**, neutralizados los campesinos medios; por la revolución socialista... En el tercer período, en el que atravesamos hoy, los bolcheviques dicen: de acuerdo con los campesinos pobres, en sólida alianza con los campesinos medios, contra los elementos capitalistas de nuestra economía en la ciudad y en el campo; por el triunfo de la edificación socialista."

La revolución de Octubre ha recorrido triunfalmente todo este camino de la transformación. Los bolcheviques abordaron este camino en la revolución de 1905, pero fué cortado por el fracaso de la revolución. Ahora debemos plantearnos esta cuestión: ¿se le aparecía a Lenin en 1905 el camino de la transformación relativamente tan fácil como se

le apareció—y como efectivamente se mostró—en 1917? Contestar afirmativamente a esta cuestión significaría afirmar que ese dialéctico genial, Lenin, dió prueba en esta importante cuestión de una incomprensión de las modificaciones de la situación histórica concreta. Es claro que en 1917 Lenin se representaba el camino de la transformación de modo mucho más rápido y más fácil que en 1905, porque la situación del país y la situación internacional en el momento de la revolución de Octubre se había modificado sensiblemente con relación a 1905. Stalin escribía a este respecto el año 1924 en el prólogo de su libro **En el camino de Octubre**:

“Tres circunstancias de orden exterior han definido la relativa facilidad con que la revolución proletaria en Rusia logró romper la cadena del imperialismo y derribar de este modo el poder de la burguesía. En primer lugar, el hecho de que la revolución de Octubre empezó con ocasión de una lucha encarnizada entre dos principales grupos imperialistas... En segundo lugar, el hecho de que la revolución de Octubre se desencadenó en el curso de la guerra imperialista..., circunstancia que tuvo una importancia de las más serias para la revolución de Octubre, puesto que le dió un arma poderosa en favor de la paz y le proporcionó la posibilidad de un enlace entre el cambio soviético y el fin de la guerra aborrecida.. En tercer lugar, la existencia de un poderoso movimiento obrero en Europa y la madurez de la crisis revolucionaria en Occidente y en Oriente, provocada a consecuencia de la larga duración de la guerra imperialista.”

A estas tres particularidades de orden exterior, derivadas de la guerra imperialista, particularidades que faltaban en 1905, cabe añadir también una serie de particularidades de orden interior con ocasión de la revolución de febrero de 1917; sólo indicaremos una, la más importante: “Lo que tiene nuestra revolución de más señaladamente original hasta el punto más alto consiste en que ha creado la dualidad de poder”, escribía Lenin en abril de 1917. A raíz de la revolución de febrero, ya teníamos en Rusia, en la persona de los Soviets, una dictadura democrática del proletariado y de los campesinos; pero estos Soviets, a causa de una “insuficiencia de conciencia y de espíritu de organización de los proletarios y de los campesinos”, y a causa del papel velado de los partidos conciliadores pequeñoburgueses, mencheviques y socialistas-revolucionarios, abandonaban benévolutamente el poder al Gobierno provisional burgués. A consecuencia de este entronque de la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y de los campesinos con el Gobierno burgués, los problemas de la paz y de la tierra no pueden ser resueltos en el curso del período de febrero y fueron resueltos al mismo tiempo por la revolución proletaria de Octubre.

Es evidente, por tanto, que Lenin había previsto en 1905 las dificultades de la “transformación” de la revolución, dificultades que faltaban o se habían manifestado débilmente en 1917. La principal entre tales dificultades, prevista por Lenin y señalada por él en diferentes ocasiones en 1905, era que **después** de la victoria de la revolución **burguesa**, una parte, y tal vez incluso una parte bastante considerable, de los campesinos medios pasaría a la contrarrevolución. Este pronóstico de Lenin sobre la deserción de los campesinos después del triunfo de la revolución **burguesa** no debe ser confundido, como ya ha explicado Stalin en el precedente extracto de su discurso de 1926, con el pronóstico hecho entonces por Trotsky sobre la defección de los campesinos después del triunfo de la revolución **socialista**. Los trotskistas utilizan hoy precisamente este pronóstico de Lenin sobre la deserción de una parte de los campesinos medios para afirmar que en 1905 Lenin, al parecer, no había creído en la posibilidad de la transformación de la revolución burguesa en revolución socialista.

Esta deducción es una calumnia contra Lenin y el bolchevismo. Lenin escribía sin ninguna confusión y de una manera categórica: “De la revolución democrática empezaremos **inmediatamente** a pasar, **en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado consciente y organizado**, a la revolución socialista” [Subrayado por mí, A. M.]. Lenin señalaba continua e inmutablemente las dificultades y los peligros que amenazan a la revolución; pero no lo hacía para sembrar la desesperación y el pesimismo en el Partido y en las masas, no lo hacía para concluir, como los mencheviques: “Para eso no vale la pena de empezar”, ni para decir tampoco, como Rosa Luxemburgo: “Más vale ir a una derrota segura que no empezar”. Lenin señalaba las dificultades con el fin de despertar un gran entusiasmo en el partido bolchevique y en las masas proletarias, profundamente convencido de que **este** partido y la clase obrera dirigida por él son capaces de vencer las más increíbles dificultades. En éste como en los otros casos, Lenin no hablaba solamente de las dificultades, sino también de las vías que debía seguir el Partido para sobrepujarlas. ¿Cómo se representaba Lenin en 1905 la posibilidad de vencer

los peligros de la defección de una parte importante de las masas campesinas medias después del triunfo de la revolución burguesa? **La garantía absoluta contra una restauración**—decía Lenin en el Congreso del Partido, en Estocolmo—únicamente reside en el triunfo de la revolución socialista en una serie de países avanzados. Pero existe una **garantía relativa** y ésta reside en un gran desarrollo de la revolución, en la realización hasta el fin de la revolución burguesa democrática.

La garantía relativa consiste en el hecho de que la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y de los campesinos, bajo la hegemonía del proletariado, acabará de una manera plebeya con los grandes propietarios de la tierra y los funcionarios zaristas, extirpará y barrerá todas las raíces de la servidumbre y procederá a una depuración radical del suelo, a su nacionalización.

En su discurso en el Congreso del Partido de Estocolmo, Lenin decía:

“La victoria completa de la revolución burguesa en Rusia provocará sin falta (o por lo menos muy probablemente) una serie de sacudidas políticas en Europa que servirán de fuerte impulso para la revolución socialista.”

¿Cómo pueden estas sacudidas políticas en Europa tener una repercusión sobre la actitud de los campesinos medios de Rusia? Lenin decía en ese mismo discurso:

“El pequeño productor de mercancías titubea entre el Capital y el Trabajo. De acuerdo con la clase obrera, combate la servidumbre y la autocracia policiaca. Pero al mismo tiempo aspira a la consolidación de su posición de propietario en la sociedad burguesa, y por esta razón, **si las condiciones del desarrollo de esta sociedad son aun mínimamente favorables** (por ejemplo, la prosperidad industrial, la extensión del mercado interior por consecuencia de la transformación agraria, etcétera), entonces el pequeño productor de mercancías se vuelve **inevitablemente** contra el proletario que lucha por el socialismo.” [Subrayado por mí, A. M.]

Según este extracto, vemos que Lenin preveía que los campesinos se volverían inevitablemente contra el proletariado después del triunfo de la revolución burguesa únicamente en el caso en que “las condiciones del desarrollo de la sociedad burguesa son aun mínimamente favorables”, en el caso de “una prosperidad industrial”. Pero es evidente que si la victoria concreta de la revolución burguesa en Rusia provocaba en la Europa del capitalismo senil, en la Europa del siglo XX que se encuentra en vísperas de la revolución proletaria, “una serie de transformaciones políticas”, las condiciones del desarrollo de la sociedad burguesa en Rusia hubieran sido muy desfavorables. En las condiciones de la crisis revolucionaria mundial, hubieran quedado en Europa (aun sin que el proletariado se apoderara del poder) muy pocas probabilidades para una coyuntura favorable para la “prosperidad industrial” en Rusia, y, por consiguiente, la inevitabilidad de la deserción o en todo caso de una defección prolongada de los campesinos desaparecería. En su artículo **La socialdemocracia y el Gobierno revolucionario provisional**, leemos cómo soñaba Lenin en 1905 en la transformación de la revolución burguesa democrática en revolución socialista:

“Soñará [el socialdemócrata revolucionario]—pues debe soñar, a menos de ser un pedante incurable—en que después de la gigantesca experiencia de Europa, después del enorme arrebató de energía de la clase obrera, conseguiremos, como nunca hasta entonces, hacer flamear la deslumbradora antorcha de la revolución ante la masa inculta y humillada; en que conseguiremos—llevados a ello por varias generaciones revolucionarias—realizar con una perfección aún desconocida todas las reformas democráticas, todo nuestro **programa mínimo**; en que conseguiremos hacer de la revolución rusa no un movimiento de varios meses, sino de largos años, el cual, en lugar de arrancar a las autoridades concesiones insignificantes, determinará su derrumbamiento completo. Y si sucede así..., el incendio revolucionario se extenderá a toda Europa; el obrero europeo, abrumado por la reacción burguesa, se alzaré a su vez y nos enseñará “cómo hay que obrar”; el **ímpetu revolucionario de Europa** [ímpetu revolucionario y no obligatoriamente el triunfo de la revolución socialista] repercutirá a su vez en Rusia y hará de una época revolucionaria de varios años una época de varias decenas de años; entonces..., pero todavía tendremos muchas ocasiones de hablar de lo que haremos “entonces”, y de hablar, no desde el fondo de esta maldita Ginebra, tan lejana, sino delante de millares de obreros reunidos en las calles de Moscú y Petrogrado, delante de libres reuniones de “mujics” rusos.” [Œuvres complètes, t. VII, p. 224. París, E. S. I.]

Si confrontamos todo lo que Lenin escribió en la época de la primera revolución, veremos que Lenin previó la posibilidad y hasta la eventualidad de derrotas y retiradas provisionales después de la victoria completa de la revolución burguesa democrática (1). Pero al mismo tiempo estaba profundamente convencido de que la inmensa envergadura de la revolución burguesa democrática rusa y el enorme poder de su principal fuerza motriz interna, el proletariado, provocaría una repercusión de tal potencia en los países capitalistas avanzados, tales transformaciones políticas y aun incluso tales insurrecciones socialistas (2), que todo esto ayudaría a la revolución burguesa democrática triunfante, que empezaba a transformarse en revolución socialista, a eliminar al fin todas las dificultades.

Vemos cómo se representaba Lenin en 1905 la transformación de la revolución rusa en revolución socialista: cómo luchaba por esta transformación, fundando sus cálculos ante y sobre todo en las fuerzas motrices **internas** de la revolución, en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado consciente y organizado, y en la fuerza de su **propio partido bolchevique**, planteando audazmente ante este partido las **más grandes** y heroicas tareas. Así pensaba y procedía el gran jefe del partido proletario en un "país agrario atrasado", planteándose resueltamente como fin convertir al proletariado ruso en la **vanguardia** del proletariado revolucionario **mundial**.

¿Se alzó a un nivel tan alto un solo partido de la II Internacional, un solo miembro de la II Internacional en los países capitalistas avanzados? ¿Hubo alguno entre todos ellos que haya tocado de un modo tan próximo y tan concreto el problema de la revolución socialista? ¿Hubo alguien en general que reconociera que el triunfo de la revolución proletaria no puede adoptar otra forma que la de la dictadura del proletariado? ¡Ca, no! Mientras Lenin y el partido bolchevique se abrían el camino directo hacia la revolución proletaria y hacia la dictadura del proletariado, pasando por la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, los partidos socialdemócratas de los países capitalistas avanzados aún no se planteaban, dada la ausencia de una situación revolucionaria, mayor tarea política **directa** que la de la conquista del sufragio universal donde aún no se había conquistado o el logro de diferentes "libertades". No dependía esto tanto de las razones subjetivas como de la situación objetiva de la Europa occidental. Pero no por eso el hecho deja de ser un hecho, y esta ausencia de una situación revolucionaria, estas condiciones de una larga época de calma, de una época de "estancamiento" que se prolongaba decenas de años, influían, pesaban en cierto modo en el espíritu incluso de los mejores jefes marxistas socialdemócratas de izquierda de Europa occidental.

Por esta causa, la mayoría de los jefes de la II Internacional ocupaba en el mejor de los casos una posición neutra respecto de las vivas discusiones entre bolcheviques y mencheviques, cuyo verdadero sentido no comprendían. Pero con harta frecuencia las juzgaban con irritación, como escándalos de fracciones en los que Lenin se veía particularmente acusado de "escisionista". Bebel consideraba estas discusiones como un "infantilismo" que había de desaparecer como las discusiones en Alemania entre eisenachianos y lassalianos. Kautsky las juzgaba con más reflexión. Cuando en 1906 Plejanov llevó a cabo una encuesta entre los socialdemócratas extranjeros para saber si la revolución en Rusia era burguesa y si era necesario en el curso de la revolución burguesa sostener a la "democracia burguesa" contra la reacción, la mayoría de los socialdemócratas destacados de la II Internacional se pronunció en favor de los mencheviques. Únicamente Kautsky, en su artículo **Las fuerzas motrices de la revolución**, se acercaba en un punto de discusión a la posición de los bolcheviques, después de haber sostenido antes a los mencheviques. Se acercaba a la posición de los bolcheviques en el sentido de que, al igual de Lenin y de los bolcheviques, no confundía la cuestión del **contenido social** de la revolución burguesa con la de sus **fuerzas motrices**, y reconocía, de acuerdo con los bolcheviques, que las únicas fuerzas motrices de la revolución rusa eran el proletariado y los campesinos; que en Rusia, en la época actual, sólo entre el proletariado y los campesinos existe una sólida comunidad de intereses durante todo el curso de la lucha revolucionaria. Sin embargo, tampoco Kautsky, al contrario de los bolcheviques, lanzaba la consigna de la **dictadura** revolucionaria democrática del proletariado y los campesinos.

Mas ¿cuál era la actitud de los radicales de izquierda frente a la cuestión fundamental de las dos tácticas en la revolución rusa? Estos tomaban en serio, mucho más que otros sin duda, los intereses de la revolución rusa, y en ella participaron parcialmente (Polonia); sin duda desempeñaban en sus partidos (Alemania y Polonia) un papel revolucionario,

(1) De acuerdo en este punto con Engels, quien afirmaba que ésta era una de las leyes del desarrollo de la sociedad burguesa.

(2) En aquella época Lenin no había hablado aún una sola vez de la victoria del socialismo en un solo país. Empezó a hablar de esto más tarde, a partir de 1915.

particularmente más tarde, en el período anterior a la guerra, por su lucha enérgica contra el centrismo. Sin embargo, su posición en esta cuestión: "el proletariado apoyándose en las masas campesinas", se acercaba enormemente, no a la posición de los bolcheviques, sino a la posición del centrista típico, Trotsky, con su famosa "revolución permanente", que era una caricatura de la revolución permanente de Marx y que, ya en aquella época, había sido suficientemente fustigada por Lenin.

La "revolución permanente" de Trotsky se basaba, como ha indicado justamente Stalin, en una **doble subestimación**: en no creer en las fuerzas internas de la revolución rusa: "Hasta ahora había la costumbre de descubrir un solo aspecto de la teoría de la revolución "permanente", el que consistía en no creer en las posibilidades revolucionarias del movimiento campesino. Hoy es necesario, por espíritu de justicia, completarla con otro aspecto, que consiste en no creer en las fuerzas y capacidades del proletariado ruso".

Trotsky no creía en las posibilidades revolucionarias del movimiento campesino, y por esta razón, como decía Lenin, "ayudaba en realidad a los políticos obreros liberales que, bajo la "negación" del papel de los campesinos, entendían la **negativa** a sublevar a los campesinos para la revolución".

Trotsky, por otra parte, no creía que **después de la conquista del poder por el proletariado** este último podría mantener su hegemonía sobre los campesinos, y por eso escribía en 1906:

"Sin apoyo gubernamental directo del proletariado europeo, la clase obrera de Rusia no se podrá mantener en el poder... No se puede dudar de esto un solo minuto."

Teniendo en cuenta esta doble falta de confianza de Trotsky en las fuerzas internas de la revolución rusa, no hay que asombrarse de que en 1905 Trotsky marchara, a pesar de sus frases revolucionarias de "izquierda"—exactamente como Parvus, del que había tomado la teoría de la "revolución permanente"—, no con los bolcheviques, sino con los mencheviques, formando parte de la redacción del órgano central de los mencheviques, "Natchalo" ("El Comienzo").

De modo que los bolcheviques marchaban a la cabeza de la revolución rusa, pero contra la corriente de toda la II Internacional, incluso en el momento en que el centrismo aún no se había cristalizado en su dirección.

De modo que los bolcheviques, en el curso del desarrollo de la revolución burguesa, creaban las principales condiciones para su transformación en revolución socialista, mientras que para los jefes de la II Internacional, incluso aun antes de la formación del centrismo, la revolución socialista era todavía "música del porvenir". ¿No escribió Kautsky, en su lucha "contra" Bernstein, en su lucha "contra" el oportunismo: "Podemos dejar tranquilamente al porvenir el cuidado de resolver el problema de la dictadura del proletariado"?

La falta de espacio nos impide tratar de dos cuestiones muy importantes: la posición de los bolcheviques en la cuestión nacional y colonial, su consigna de la autodeterminación de las naciones hasta la separación y la "consigna derrotista" de los bolcheviques en el curso de la guerra imperialista". Estas consignas, que señalaban la única salida de la guerra imperialista, el camino del derrumbamiento del imperialismo, impulsaron enormemente el desarrollo de la lucha por la revolución proletaria en los países avanzados, el desarrollo de la revolución en Rusia y su transformación en revolución socialista, la expansión de los movimientos de liberación revolucionaria de las naciones oprimidas y de las colonias. Estas consignas trazaban el frente único entre la revolución proletaria de los países avanzados y el movimiento revolucionario de liberación de los pueblos coloniales y oprimidos.

Y en todas estas cuestiones los bolcheviques intervenían solos contra todos los socialdemócratas, incluso el centrista de "izquierda" Trotsky y los radicales de izquierda, con Rosa Luxemburgo a la cabeza. Estas consignas no fueron lanzadas por los bolcheviques solamente en vísperas o en el curso de la guerra imperialista. Respecto de la consigna de autodeterminación hasta la separación, tuvo lugar una lucha con los socialdemócratas polacos dirigidos por Rosa Luxemburgo ya en el II Congreso del partido obrero socialdemócrata ruso en 1903. Y ya con ocasión de la guerra rusojaponesa en 1904, los bolcheviques lanzaron las consignas de derrotismo en la guerra imperialista en contacto con la defensa de las guerras revolucionarias, con la lucha contra el pacifismo y las consignas pacifistas.

Al terminar, podemos comprobar el siguiente hecho, absolutamente indiscutible. Toda una serie de cuestiones de una importancia enorme, **directamente** relacionadas con la transformación de la revolución burguesa democrática en revolución socialista y con la pre-

paración de la revolución socialista, precisamente aquellas cuestiones que después separaron a la Internacional Comunista de la II Internacional, fueron planteadas por los bolcheviques, y únicamente por los bolcheviques, ya en el curso de su actividad anterior a la guerra, desde el principio de la cristalización de la fracción bolchevique. Precisamente a causa de estas cuestiones tuvo lugar la escisión entre los bolcheviques y los mencheviques. Precisamente a este respecto los bolcheviques sostuvieron una lucha encarnizada, no sólo contra los mencheviques, sino también contra los centristas (Parvus, Trotsky) y contra los radicales (Rosa Luxemburgo y sus adeptos).

Esto responde de antemano a la cuestión: los bolcheviques, los marxistas más revolucionarios de la II Internacional, la corriente más a la izquierda del movimiento proletario internacional moderno, ¿podían subestimar el centrismo en la II Internacional antes de la guerra?, ¿es cierto o es una miserable calumnia que subestimaban el centrismo antes de la guerra? Esta cuestión ya ha sido resuelta por nosotros. Sin embargo, no está demás detenerse en ella, toda vez que los oportunistas de "izquierda" y de derecha deforman del mismo modo la noción del centrismo y la historia de su nacimiento.

(Continuará.)



Los 33

blanquistas son comunistas, porque se figuran que por el solo hecho de querer saltarse las etapas intermedias y los compromisos, la cosa ya está hecha. Y que si por casualidad "se arma" uno de estos días y el poder cae en sus manos, el comunismo estará implanta-

do al día siguiente. En consecuencia, si no pueden hacer esto inmediatamente, no son comunistas.

¡Qué ingenua puerilidad la de presentar su propia impaciencia como argumento teórico!...

Así dice Engels en una cita que hace N. Lenin, en el VI volumen de la "Biblioteca Marxista", titulado:

"El extremismo, enfermedad infantil del comunismo"

Formidable ensayo de estrategia revolucionaria, publicado por Ediciones Europa - América Barcelona Paseo de Colón, 4 Apartado de Correos número 890

Nota de Administración

Comunicamos a todos los corresponsales que precisamos se nos liquiden los paquetes rápidamente, en un plazo de quince días, devolviéndonos los ejemplares invendidos, sin lo cual no podremos servirles el número siguiente.

Del mismo modo, hacemos saber que no serviremos suscripción alguna sin el pago anticipado de la misma.

A esta determinación nos fuerza la falta de crédito que las empresas capitalistas prestan a publica-

ciones de este carácter. Esperamos que suscriptores y corresponsales se harán cargo de lo que antecede y procederán rápidamente a enviar sus giros a esta Administración.

Dirección para los giros:

V I C E N T E M O R E N O
Fúcar, 6 (tienda).

Correspondencia al

APARTADO 12.009.—M A D R I D

La realización del primer plan quinquenal

(Continuación)

2) El plan quinquenal, en cuatro años

2. El plan en la agricultura

LA transformación total de la agricultura no hubiera sido posible sin la transformación correspondiente de su base técnica, sin haber podido proveer de tractores, de máquinas sembradoras, regadoras, etc., a la producción agrícola. En este respecto, en los tres años primeros del plan hemos logrado realizar una verdadera revolución en la construcción de máquinas agrícolas.

Esta ha dado un gran paso adelante, pasando de la producción de máquinas antiguas, adaptadas a las pequeñas explotaciones individuales, a la construcción de máquinas modernas, con un nivel superior al corriente en cualquier país capitalista. En el curso del año actual, la agricultura ha de recibir nuevas fuerzas mecánicas, más de un millón de caballos de fuerza, bajo la forma de tractores que suministrarán exclusivamente nuestras propias fábricas (Putilow, Stalingrado, Charcow). Además, produciremos máquinas agrícolas por valor de 900 millones de rublos, necesarias sobre todo para el cultivo de los cereales, el algodón, el lino, la remolacha azucarera, las patatas, etc.

En la transformación de la agricultura desempeñan un importante papel las **estaciones de máquinas y tractores**, que en los tres años transcurridos han llegado a ser la organización más popular y la más necesaria para la economía colectiva.

El ensayo del camarada Markiewitsch en la hacienda soviética de Schewtschenko, en Ucrania, comenzó a extenderse rápidamente a otras regiones en el año 1929, y gracias a la fundación de la Central de Tractores hemos creado hasta fines del tercer año del plan 1.400 estaciones. En 1932 hemos de establecer otras 1.700, con lo cual tendremos 3.100 estaciones de tractores y máquinas al terminar el cuarto año del plan. Como en la Unión Soviética existen 2.500 radios, estas 3.100 estaciones les facilitarán la tarea de conquistar a la economía colectiva las comarcas más importantes.

Se ha demostrado ya mil veces la extraordinaria ventaja de las estaciones, que ofrecen sobre el terreno una firme base técnica y que trabajan según un plan uniforme, bajo la comprensiva dirección de la Central de Tractores. Sin dejar de presentar en la práctica numerosas deficiencias, es indudable que juegan un papel importante en el aumento de la producción agrícola. En el porvenir habrán de tener una participación todavía mayor en la edificación del socialismo.

Las experiencias de las estaciones de tractores han comenzado a introducirse en nuevas zonas de la economía. Así, en el año pasado, se fundaron unas 200 estaciones de guadañadoras. Las organizaciones de este tipo han demostrado ser muy ventajosas. Basándose en estas experiencias, se ha visto la conveniencia de organizar también estaciones de máquinas para la preparación de maderas. Más adelante organizaremos estaciones de pesca motorizadas. Con las particularidades de estas ramas de la economía pueden enriquecerse las experiencias de las estaciones de máquinas y tractores destinadas a la economía cereal, teniendo siempre en cuenta, naturalmente, las características de cada comarca y rama de la producción.

La unión de la organización estatal con las organizaciones económicas soviéticas y colectivas, realizada por medio de las estaciones de máquinas y tractores, y la creación de varios tipos de estaciones sobre esta base y para determinados fines, tiene una importancia capital para acelerar y asegurar el paso a la gran economía socialista de una gran cantidad de pequeñas economías campesinas.

También ofrecen buenos resultados los ensayos de granjas colectivas para la producción de leche, apoyadas por el Estado. Se impone un apoyo más amplio y una mayor actividad.

¿Cómo se realizará en la agricultura la consigna: "El plan quinquenal en cuatro años"? Ya es sabido que por lo que respecta a la **colectivización** de la agricultura, hemos sobrepasado hace tiempo las previsiones hechas para el quinto año del plan. Este, en los cinco años que abarcaba, preveía la colectivización del 20 por 100 de las economías campesinas; sin embargo, al final del tercer año hemos conseguido ya colectivizar más del 60 por 100. Es decir, que las tareas del plan están ya más de tres veces realizadas al finali-

zar el tercer año. Por lo que se refiere a los cereales, que es la parte decisiva, la colectivización está ya concluida en realidad. Es indudable que, en lo fundamental, la **colectivización quedará terminada en el curso de 1932 en toda la Unión Soviética.**

De acuerdo con esto, el Comité central de nuestro Partido ha señalado la conveniencia de que concentremos toda nuestra atención en el fortalecimiento orgánico y económico de las economías colectivas y en la organización del trabajo en las "artelas" y comunas, pues no hay que olvidar un hecho, y es que la misma extraordinaria rapidez del crecimiento de la colectivización hace suponer que quedan todavía millones de campesinos, dentro de este movimiento, que no han podido superar todavía sus concepciones y costumbres de pequeños propietarios. De aquí que la tarea principal de los bolcheviques en las aldeas sea el trabajo de educación socialista de las masas de campesinos incorporados a la colectivización y la garantía de que se cumplirán ante todo los deberes de las economías colectivas para con el Estado, especialmente la entrega de productos.

Por lo que se refiere a la organización de **haciendas soviéticas**, hemos sobrepasado también las tareas totales del plan quinquenal. La red de haciendas soviéticas de cereales y de cría de ganados, así como las dedicadas a otros cultivos técnicos, se ha desarrollado con extraordinaria rapidez. Estos sovjozes juegan un importante papel en la total colectivización de nuestro país, como primeras organizaciones de la gran economía socialista. Hemos de apresurarnos a liquidar, de un modo perseverante, las grandes deficiencias que se han descubierto últimamente con toda claridad, particularmente en los sovjozes del trust cerealista y del trust azucarero. Al mismo tiempo hay que oponer una resuelta resistencia a ciertas vacilaciones oportunistas en lo que se refiere al apoyo a las haciendas soviéticas.

¿Cómo se cumplirá el plan quinquenal en lo que se refiere a la extensión de las **superficies sembradas**? Las tareas del plan exigían 141 millones de hectáreas sembradas para el final del quinto año. Estas tareas se han realizado victoriosamente durante los tres primeros años. Tenemos ya 137,5 millones de hectáreas de tierras cultivadas. Según el plan de 1932, estas superficies se elevarán a 141 millones de hectáreas, lo que garantiza la plena realización en cuatro años del plan quinquenal.

En lo concerniente al cultivo de cereales, habrá en 1932 un cierto retroceso con relación al plan (95 por 100); pero no obstante, gracias a los éxitos de la edificación colectiva, el **problema de los cereales** está en lo fundamental **resuelto** ya en nuestro país. Por otra parte, las tareas referentes a la extensión de los cultivos técnicos quedarán en este cuarto año sobrepasadas con mucho (133 por 100). Ahora bien, esto significa que la **base de materias primas para nuestra industria** se ha ampliado con gran éxito, hasta el punto de sobrepasar ya en el cuarto año en gran proporción las previsiones del plan quinquenal. A esto hay que añadir que el centro de gravedad de nuestro trabajo no está ahora en el aumento de extensión de la superficie cultivada, sino en la lucha por el aumento de la cosecha, por la elevación de la capacidad de rendimiento y por la organización de la recolección.

Si bien es cierto que en lo fundamental hemos resuelto ya el problema de los cereales; y que simultáneamente hemos logrado un gran progreso en los cultivos técnicos, avanzando de año en año, en cambio estamos todavía relativamente atrasados por lo que se refiere a la **ganadería**.

A esta tarea de mejorar la cría de ganado debemos dedicarle una atención especial. Teniendo en cuenta que está estrechamente ligada a la creación de una sólida base forrajera, y que no nos es difícil acelerar el desarrollo de los cultivos técnicos, la cuestión de la producción de cereales en la Unión Soviética sigue siendo una de las cuestiones de mayor actualidad.

Otra cosa. La sequía que hemos padecido estos años en una serie de grandes comarcas agrícolas, en el Volga medio y bajo, en el Ural, en Kasakstan y en la Siberia occidental, nos impele a luchar contra esta plaga de la naturaleza. Hace diez años, cuando la sequía redujo al hambre a millones de campesinos del Norte y del Este, éramos todavía muy débiles para hacerle frente; pero ahora ha llegado el momento de poder plantear y poner en el orden del día del poder soviético esta tarea bolchevique.

Finalmente, quiero hablar de las inversiones de capital en la agricultura. El importe de las inversiones, que era en 1931 de 3.600 millones de rublos, pasará en 1932 a 4.360 millones. Esto supone un crecimiento que supera las previsiones totales del plan quinquenal, sobrepasándolas ya en el cuarto año en un 165 por 100.

De lo dicho se desprende que tanto en la industria como en la agricultura, el proletariado de la Unión Soviética no sólo cumple, sino que sobrepasa, las tareas del plan quinquenal, y que el plan de 1932 garantiza la realización del plan, no en cinco, sino en cuatro años.

3. El plan quinquenal de los transportes

La realización del plan está en cierto modo retrasada en los transportes, habiéndose dejado de cumplir en los tres primeros años una serie de tareas.

En 1931, todo el Partido emprendió una batalla para corregir las grandes deficiencias descubiertas en los transportes, particularmente por lo que respecta a la organización del trabajo: nivelación en el sistema de salarios y responsabilidad impersonal en vagones y locomotoras. Ahora se impone además un refuerzo considerable de la base técnica, y la realización de importantes trabajos para reorganizar los transportes, especialmente los transportes por ferrocarril.

El plan de 1932 prevé un considerable aumento de los trabajos de reconstrucción. Además de la introducción de locomotoras de gran rendimiento, de vagones de gran capacidad, de locomotoras eléctricas y de petróleo y del sistema de enganche automático, tienen gran importancia para el mejor aumento de los transportes, los que se llaman "pequeños" trabajos, de los cuales depende, sin embargo, en gran parte el aumento del rendimiento de los transportes ferroviarios.

Las inversiones de capital en el ramo de transportes por ferrocarril y por carretera, y en transportes marítimos y aéreos, importarán en 1932 3.330 millones de rublos. Las inversiones ferroviarias estarán dedicadas a la ampliación del trayecto Moscú-Cuenca del Dón, hasta la salida del Dón; y a la línea Moscú-Magnitogorsk-Kusnetz.

4. El plan quinquenal en las condiciones de vida y de trabajo de los trabajadores

Por lo que respecta a la situación de las masas trabajadoras en la Unión Soviética, llegaremos a conquistar en **cuatro años** progresos bastante mayores que los previstos para todo el **período quinquenal**.

Ante todo hablaré del crecimiento de la cifra de obreros y empleados ocupados en la economía.

La cifra en cuestión prevista para el quinto año del plan era de 15,8 millones. A fin de 1931 había ya tres millones más de obreros y empleados, es decir, 18,7 millones. Las cifras de control para 1932 prevén un mayor crecimiento de esta cifra, que se elevará a 21 millones. Esto equivale a realizar el plan quinquenal en cuatro años, con un aumento de **133 por 100**.

Sólo para la industria se suponía que llegarían a cuatro millones los obreros ocupados en el quinto año, y esta cifra se ha elevado ya en 1931 a cerca de cinco millones y medio. En el cuarto año pasará de los seis millones (6,2). Por consiguiente, por lo que se refiere a los cuadros directamente ocupados en la industria, el aumento en la realización del plan a los cuatro años será de **152 por 100**. Esto quiere decir que la base social más fuerte de la Unión Soviética—la clase obrera—crece rápidamente, y que de año en año aumenta su peso específico en la vida total de nuestro país.

Para caracterizar el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros y empleados de la Unión Soviética, analizaré únicamente tres aspectos: el salario, el seguro social y la jornada de trabajo en las fábricas. En todos estos aspectos hemos sobrepasado considerablemente las tareas del plan quinquenal.

La suma total de **salarios** prevista para el año quinto ascendía a 15.700 millones de rublos. Prácticamente, esta cantidad se ha elevado ya en 1931 a 21.100 millones, y según el plan de 1932 el importe de los salarios se elevará a 26.800 millones de rublos. Por consiguiente, en este aspecto, habremos sobrepasado en cuatro años en un **171 por 100** las previsiones del plan. Estas cifras hablan solas.

En cuanto a los **seguros sociales**, la cantidad presupuesta para el quinto año del plan era de 1.950 millones. En la práctica, el presupuesto de seguros se ha elevado ya en 1931 a 2.500 millones de rublos, lo que equivale a haber sobrepasado el plan en gran proporción, ya en el tercer año. Para el año próximo, el presupuesto de seguros sociales se elevará a 3.490 millones, es decir, **cerca del doble** de la suma prevista.

El plan quinquenal preveía la posibilidad de establecer en el último año la **jornada de siete horas**. En realidad vamos más de prisa de lo que se había supuesto, y ya en el año próximo **terminaremos** de aplicarla a toda la industria.

Unas últimas palabras, sobre la construcción de casas y viviendas comunales. El año 1931 ha marcado un progreso decisivo en este respecto, sobre todo en la capital roja de la Unión Soviética, en Moscú. Como es sabido, en el año próximo se realizarán también grandes construcciones en Leningrado y en algunas otras zonas industriales.

Es indudable que esta revolución en la vida comunal ha de tener gran importancia

para el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores. Nuestra tarea consiste en garantizar la ejecución de este programa de construcciones y preparar un desenvolvimiento aún mayor de la edificación de viviendas en toda la Unión Soviética.

La afirmación de que en las aldeas el bienestar material de los trabajadores campesinos mejora actualmente con incesante rapidez, no necesita ninguna prueba. La colectivización y la liquidación del "kulak" como clase han abierto posibilidades completamente nuevas a la gran masa de los campesinos pobres y medios. Por primera vez en la historia universal, la masa fundamental de los trabajadores se librará de la ignorancia y la miseria. Con esto empezará a desaparecer la oposición entre campo y ciudad.

5. Sobre los resultados de carácter general y sobre los enemigos del plan quinquenal

Como consecuencia del desarrollo de la economía, podemos señalar el rápido crecimiento de la **renta nacional** de la Unión Soviética.

La diferencia fundamental entre el país de la edificación socialista y el mundo del capital consiste en este hecho: que mientras en los países capitalistas la renta nacional, a causa de la crisis, disminuye considerablemente, en la Unión Soviética aumenta en gran proporción. Este aumento se expresa en el hecho de que en el cuarto año del plan **sobrepasaremos en un 100 por 100** el nivel que se había previsto para el año quinto. La renta nacional de la Unión Soviética en 1932 se elevará a 49.000 millones de rublos. La proporción del sector socialista en la renta nacional será de más del 90 por 100, frente al 71 por 100 previsto en el plan.

Hablaré también brevemente del **presupuesto del Estado**. Sobre esta cuestión se presentará un informe especial en la sesión del Comité Central Ejecutivo, por lo que sólo diré aquí algunas palabras. El plan quinquenal había previsto que la suma de los presupuestos del Estado en el período que abarcaba importaría 53.800 millones de rublos. En realidad, en los tres primeros años hemos llegado ya a la cifra de 48.000 millones. Si a esto se agrega el presupuesto de 1932, que importa 27.400 millones de rublos, y los 3.100 millones a que ascienden los gastos de explotación de los transportes (gastos incluidos en el presupuesto general del plan), tendremos que por lo que se refiere a los presupuestos, al terminar el cuarto año, habremos sobrepasado las tareas del plan en un **146 por 100** (78.600 millones de rublos en cuatro años, en vez de 53.800 millones en cinco).

Estos son hechos indiscutibles. No habrá ninguna fuerza capaz de borrar estos hechos de la historia del socialismo, de la historia del proletariado internacional.

Pero hay Kautskys que piensan de otro modo. El año pasado, Kautsky escribió un libro titulado "El bolchevismo en un callejón sin salida". En la actualidad se esfuerza heroicamente por defender esta "obra". Bastarán algunas citas extraídas de los últimos ejercicios literarios de Kautsky para no necesitar ocuparse más de él. Escribe, por ejemplo, sobre nuestro plan quinquenal:

"El éxito del plan quinquenal significa sencillamente un importante mejoramiento de las fuerzas materiales de producción de Rusia, algo semejante a lo que ha significado en el mundo capitalista la racionalización del último decenio." (Carlos Kautsky: *Perspectivas del socialismo en la Unión Soviética*. "La sociedad", número 11, pág. 426.)

Hay que reconocer que hace falta cierta "osadía" para comparar "el éxito del plan quinquenal" de la Unión Soviética con la racionalización esclavizadora llevada a cabo en las empresas capitalistas. Pero Kautsky no se contenta con esto y añade, en la pág. 436 del mismo trabajo:

"Desde 1918, el proletariado ruso desciende cada año más de la altura que había alcanzado. No sólo no se acerca al socialismo, sino que cada vez se aleja más de él..."

No cabe llegar más lejos en el desenfado.

El ejemplo de Kautsky demuestra que ni siquiera la ocupación teórica, por lo menos en las edades avanzadas, inmuniza contra la imbecilidad y la bajeza política. No sin razón dice el célebre escritor americano Upton Sinclair, en su conocido artículo sobre el libro de Kautsky "El bolchevismo en un callejón sin salida":

"Yo considero que este libro representa una degradación para el movimiento socialista de Alemania y un peligro para el movimiento socialista mundial."

Pero Kautsky sigue en sus trece y repite los puntos de vista contrarrevolucionarios de

los mencheviques expulsados de la Unión Soviética. Estos últimos, por su parte, no logran salir de la omnisciencia contrarrevolucionaria que llama capitalismo de Estado a la edificación socialista de nuestro país.

¿Capitalismo? Muy bien; pero un capitalismo estatal, sin capitalistas. Apenas si habrá un solo capitalista—de los obreros no hay que hablar—que crea que puede existir capitalismo de Estado en un país donde la burguesía y los grandes propietarios han sido desterrados, juntamente con los mencheviques. Los mencheviques no se avergüenzan de hablar del capitalismo de Estado de la Unión Soviética a pesar del formidable desarrollo de la emulación socialista entre las grandes masas de la clase obrera, a pesar de la colectivización de millones de economías campesinas, a pesar de la efectividad de la liquidación del “kulak” como clase. ¿No es una afirmación concluyente del “capitalismo de Estado” de la Unión Soviética el hecho de que el poder soviético ponga en práctica la jornada de siete horas en fábricas y talleres? Se habla de esto aquí, no para refutar toda esta charlatanería malintencionada, aunque impotente, sobre el capitalismo de la Unión Soviética, sino por otros motivos.

Si me detengo en esta cuestión, si menciono las “salidas” contrarrevolucionarias de Kautsky, es sólo porque estos señores cumplen el encargo de los enemigos del poder soviético, la misión que les confían los enemigos de la clase trabajadora. Esta misión consiste en desacreditar el socialismo, en destruir la confianza de los obreros de otros países en la Unión Soviética. Lo necesita la burguesía imperialista a fin de preparar el terreno para el ataque a la Unión Soviética, para la intervención militar contra la República socialista.

Para convencerse de que esto es así, basta examinar el mismo folleto de Kautsky “El bolchevismo en un callejón sin salida”. Hay en él claras incitaciones a la intervención, que Kautsky expresa con las siguientes palabras:

“El establecimiento de la democracia en Rusia [léase de la contrarrevolución burguesa. W. M.], no sólo abriría su mercado a la industria mundial, sino que lo ampliaría en una proporción enorme... Con esto se iniciaría un proceso que conduciría finalmente a la superación de la crisis que sufren en la actualidad todos los Estados industriales... Desgraciadamente, este mercado seguirá careciendo de importancia en tanto el bolchevismo domine.”

El sentido de esta explicación de Kautsky está completamente claro. Kautsky está dispuesto a emplear las fuerzas que le queden en la tarea de derribar el poder soviético para dejar al capitalismo extranjero disponer “libremente” en nuestro país de un nuevo mercado y someter a su yugo a los trabajadores.

No hay que decir que, como siempre, Kautsky y otros servidores del imperialismo iguales a él se cansarán inútilmente.

Por nosotros hablan la vida, las cosas, los hechos, y estos hechos hablan a la vez contra el capitalismo y en favor del socialismo. Los bolcheviques, y con ellos toda la masa obrera, realizarán con redoblada energía su plan quinquenal, edificarán el socialismo.

Ahora bien; para realizar victoriosamente nuestra tarea es necesario también luchar contra el oportunismo, cualquiera que sea la forma en que se pueda presentar. Para contestar a las vacilaciones oportunistas, para replicar a las dudas oportunistas sobre la realidad de las tareas planteadas para 1932, debemos reforzar todo nuestro trabajo, modificándolo de tal modo que nos garantice la efectiva terminación en cuatro años del plan quinquenal. Nos dejaremos guiar por lo que ha dicho el camarada Stalin sobre la posibilidad de realizar las tareas económicas. No necesito sino repetir sus propias palabras:

“La realidad de nuestro plan de producción, son los millones de trabajadores que construyen una vida nueva. La realidad de nuestro programa la constituyen hombres vivos, vosotros y nosotros, nuestra voluntad para el trabajo, nuestra disposición para trabajar de una forma nueva, nuestra resolución de ejecutar el plan. ¿Tenemos esta resolución? Sí que la tenemos. Por lo tanto, nuestro programa de producción puede y debe realizarse.”

Estas palabras fueron pronunciadas con motivo de la exposición del plan de producción para 1931. Pueden muy bien renovarse al presentar el programa de 1932, con tanto más motivo cuanto que éste tiene un alcance político, por el hecho de ser el programa de la conclusión del plan quinquenal en cuatro años.

Para llevarlo a cabo tenemos todas las condiciones previas indispensables. ¿Tenemos también, tanto la clase obrera como los dirigentes, la resolución de ponerlo en ejecución? Indudablemente, la tenemos. Estamos resueltos todos a realizar este programa formidable, y lo realizaremos.

(Concluirá.)

Un arma eficaz: "El Partido Comunista y el trotskismo"

A PARECE este libro de Bullejos sobre el trotskismo (1) con extraordinaria oportunidad. En realidad, se ha anticipado a los acontecimientos. Escrito a fines de 1931, sale al paso de las tendencias trotskistas que se han mantenido ocultas hasta los preliminares del Congreso, en los comienzos de marzo. Elementos adheridos, pero no fundidos en el Partido, extraños a su entraña, refractarios a su ideología proletaria, reflejo, dentro del Partido, de sentimientos y tendencias de la pequeña burguesía, se apropiaron parte de la "doctrina" de los trotskistas y sobre todo sus métodos para destrozar nuestra unidad. La carta de la Internacional, la discusión preparatoria del Congreso y la falta de prensa dieron pábulo a toda clase de expansiones. Los confusionistas, los vacilantes, los decepcionados, todos los oportunistas más o menos encubiertos tomaron pie en la carta abierta para hacer, bajo achaque de "autocrítica", una labor de división y desmoralización, derrotista y personal.

Aparentemente todo está liquidado, porque el Congreso rechazó a la oposición con la espontaneidad de una reacción física; pero quedan los efectos de una labor capciosa. Caracteriza a los trotskistas la insignificancia de su número, su inanidad revolucionaria y su indigencia intelectual, no obstante tratarse de "intelectuales"; pero no hemos de olvidar su existencia, aunque vuelvan a encubrirse. Queda latente su propaganda y hay que contrarrestarla, desautorizarla; demostrar a los trabajadores cuál es su base ideológica. Para ello nada mejor que este libro en que se exponen y contrastan los puntos de vista del trotskismo y del Partido Comunista.

Llena el libro de Bullejos, pues, una necesidad concreta, actual, de nuestro movimiento, y además una necesidad general de literatura formativa. Aquí no sobrará una digresión. El Partido Comunista de España es un producto de la revolución, hasta en su núcleo inicial. Nace al comenzar a acentuarse el proceso revolucionario. Es todo, menos un heredero. No hereda ni teoría ni práctica revolucionaria. Su juventud la agrava la falta de una tradición marxista, porque el partido socialista ni siquiera ha tenido la apariencia exterior del marxismo. Una iglesia, una secta cerrada de secuaces celosos; eso era el partido socialista antes de que los herederos de su santón lo convirtieran en antecámara de ministerios. Para traicionar al proletariado, los hijos espirituales de Pablo Iglesias no han tenido siquiera que acallar una conciencia revolucionaria que jamás han tenido. Por eso los militantes que proceden del socialismo no han aportado al Partido sino la confusión y el vago liberalismo en que se han educado, y en cuanto a los anarquistas, su aportación es aún peor, educados en una concepción mágica y unilateral del proceso revolucionario, en la idea de la revolución como un mero golpe de audacia.

Necesitamos llenar esta laguna teórica con literatura marxista leninista adecuada. Sobre todo, con aportaciones españolas. Porque no basta, por ejemplo, con que hablemos en términos generales de la línea política de la Internacional y de las desviaciones, sino que se impone analizar la **aplicación** de esta línea política y los errores y desviaciones que se dan o puedan darse en el curso de esta aplicación.

En este sentido es ejemplar el libro del camarada Bullejos, que junto a las cuestiones generales del trotskismo acomete todas las cuestiones concretas que se refieren a "nuestra" revolución. También es ejemplar en otro sentido. En su tono. Se trata indudablemente de un libro polémico, cargado de intención, a veces duro, casi siempre irónico con los adversarios: "el Sr. Trotsky", "el incomparable García Palacios", "el sabio Fersen"; pero ante todo se trata de un libro objetivo, con un máximo de contenido y un mínimo de complicación; un libro sencillo, claro, ponderado y paciente:

"Aunque ya no puede emplearse el lenguaje de la razón con estos reptiles, vamos a seguir explicando, razonando y convenciendo, porque éste es nuestro deber para con los obreros engañados, engañados por los trotskistas, por los anarcosindicalistas, por los socialistas, por los republicanos, y por todo el aparato de influencia ideológica de la burguesía."

(1) José Bullejos: *El Partido Comunista y el trotskismo*. Ed. "Mundo Obrero". Madrid, 1932. 150 págs.; dos pesetas.

Y de la primera a la última página, el libro se mantiene fiel a esta intención fundamental: explicar, razonar y convencer.

Constituye, pues, un arma eficazísima para nuestros camaradas, antes inermes ante los ataques de estos sutiles enemigos que se llaman "los mejores amigos" del P. C., y que se apoyan en argumentos teórica e históricamente falsos, pero fuera en general del alcance de los militantes. Estos tienen ahora el arma que necesitan, no ya para polemizar, sino para adquirir la seguridad de la propia fuerza y la firmeza de la propia posición.

¿Qué hay detrás del aparatoso revolucionarismo de los trotskistas? Sus falsas concepciones les llevan, desde luego, a consignas tácticas erróneas. Pero lo grave es lo que todo su juego significa, lo grave es su papel contrarrevolucionario. En realidad, no tienen otro papel que ayudar a la burguesía a destruir, desde el campo del "comunismo", el Partido Comunista, guía de la revolución. Ello queda bien patente en este libro.

Analizando la consigna "dictadura del proletariado" que el trotskismo opone a la de "gobierno obrero y campesino", reconoce Bullejos que esta última fórmula ofrece una apariencia contradictoria por el

"...carácter democrático-burgués de la etapa de la revolución y el papel preponderante, dirigente, que en ella juega el proletariado, la clase que en ningún momento abandona la lucha por el objetivo final, por el socialismo y el comunismo. Pero esta contradicción es una contradicción de realidad, de vida, una manifestación del desarrollo dialéctico de la sociedad".

Y más adelante:

"Es una mentira ridícula—sostiene Bullejos—la afirmación de los trotskistas de que el partido abre un "abismo" entre la revolución democrática y la revolución socialista. Antes al contrario, el partido, es decir, el proletariado, asume la dirección para llevarla a cabo y para transformarla en la revolución socialista."

Demuestra el libro cuánto error hay en la consigna trotskista de "incitar a gobernar a los socialistas", consigna conciliadora que supone un desconocimiento absoluto de la situación; en la de "Cortes verdaderamente democráticas y honradamente elegidas", como si esto fuera posible hoy en España; en el carácter exclusivamente pequeñoburgués que atribuye Nin a los campesinos, sin considerar su carácter e intereses peculiares; en la tarea de la colectivización agrícola que plantea el "incomparable" García Palacios, descubriendo el Mediterráneo y olvidando el momento histórico en que ello es posible; en la apreciación del problema nacional, que lleva a los trotskistas a defender "el sufragio universal, igualitario, directo y secreto de las regiones interesadas" para que puedan definir sus destinos.

"¿Quiere decir Trotsky seriamente—pregunta Bullejos—que el Partido cumplirá con su deber para con los marroquíes exigiendo tan sólo este famoso sufragio universal, igualitario, directo y secreto, que el caciquismo español, vivo aún, sabe interpretar tan a las mil maravillas?"

En una palabra, analiza este alegato brevemente, pero con absoluta claridad, todos los problemas de doctrina, de estrategia y de táctica que el trotskismo plantea, desde la cuestión de la disciplina y de la libertad dentro del Partido hasta la polémica sobre el "socialismo en un solo país" y sobre la "revolución permanente", exponiendo todos los problemas en forma escueta, asequible al lector menos preparado, y trayendo a colación citas siempre oportunas, principalmente de Lenin. Supone un trabajo de síntesis y un esfuerzo considerable para aclarar los equívocos con que han embrollado los trotskistas estos problemas vitales, enturbiándolos con una literatura mazorral, tan copiosa como dañina.

El Partido está en un recodo del camino, al final de una etapa de crecimiento. Necesita mirar un poco hacia atrás, recapacitar en lo pasado, pero sobre todo reconocer el terreno que tiene que recorrer. No puede seguir con paso firme y rápido, con el paso de marcha que exige la revolución, sin comprobar bien la ruta, sin conocer y desechar de antemano todos los caminos falsos que puedan surgir. El libro de Bullejos es un auxiliar poderoso para esta tarea de recapitulación. La avidez con que ha sido acogido demuestra mejor que nada su necesidad. Tan grande, que se puede decir que ningún militante debe desconocerlo.

Comunicado del Buró de Europa occidental sobre la Carta Abierta al P. C. español

El comunicado que damos a la publicidad es el mejor mentís a todos los enemigos del proletariado y del Partido Comunista de España, que han querido utilizar la Carta de la Internacional Comunista para atacar a la Dirección de nuestro Partido y sembrar el desconcierto en sus filas. La absoluta justeza de la crítica de la carta de la Internacional Comunista ha fortalecido política y orgánicamente nuestro Partido, y este comunicado explica los objetivos que perseguía la Internacional Comunista al dirigir a nuestro Partido su Carta. ¡Viva la Internacional Comunista! ¡Viva el Partido Comunista de España!

Por el Partido Comunista de España, el Buró Político.

* * *

El Buró de Europa Occidental de la Internacional Comunista publica en "Internationale Presse-Korrespondenz" el siguiente comunicado:

"No hace mucho tiempo dirigimos a los miembros del Partido Comunista de España una Carta Abierta en que hacíamos una cierta crítica de su trabajo. La Prensa burguesa española se ha precipitado ávidamente sobre esta Carta, creyendo encontrar en ella el pretexto para una campaña descarada contra el Partido Comunista de España en general y contra su Dirección en particular.

A esos perros rabiosos de la sangrienta contrarrevolución no les está permitida la más pequeña crítica del Partido Comunista de España y de su Dirección. Esta Dirección, que ha dado ya numerosas pruebas de heroísmo en la lucha revolucionaria, tiene nuestra confianza, y si nosotros la hemos criticado, en cierto modo, ha sido sólo con el fin de ayudarla a llevar adelante la revolución española hasta la victoria final.

EI BURO DE EUROPA OCCIDENTAL DE LA I. C."



Obras de venta en la Editorial "Mundo Obrero"

¿Por qué los Soviets?—Adame y Bullejos... ..	0,25	lenko... ..	0,50
Discurso que un Diputado Comunista hubiera pronunciado en las Cortes... ..	0,10	Acta de acusación contra los mencheviques y saboteadores.—Krilenko... ..	0,50
El Partido Comunista y el Trotskismo.—Bullejos... ..	2,00	Labor y resoluciones del VI Congreso de la Internacional Comunista... ..	1,00
Tesis y resoluciones del XI Pleno de la I. C.... ..	0,30	Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado.—Engels... ..	2,50
La próxima guerra contra la U. R. S. S.—Cachin... ..	0,50	Resumen del Comunismo.—Rappoport... ..	0,35
¿Hay trabajo forzado en la U. R. S. S.?... ..	0,30	Hacia la revolución mundial... ..	0,25
El Soviet de parados... ..	0,40	Manifiesto Comunista.—Marx y Engels... ..	0,50
La crisis del capitalismo y los Partidos Comunistas.—Manuilski... ..	1,00	Carta a los obreros y campesinos de los países capitalistas.—Gorki... ..	0,15
Las tareas de los cuadros de la industria socialista... ..	0,15	El obrero en la Unión Soviética... ..	0,40
La huelga... ..	0,40	El ascenso creciente en la U. R. S. S.—Stalin... ..	0,15
Memorias revolucionarias.—I. Babuchkin... ..	0,40	La U. R. S. S. en marcha hacia el socialismo.—Stalin... ..	1,50
Objetivos del proletariado.—Lenin... ..	0,30	La lucha religiosa en la U. R. S. S.—Sherwood... ..	0,50
El P. C. en las luchas revolucionarias... ..	0,40	Stalin (artículos sobre su vida)... ..	1,00
La J. C. en las luchas revolucionarias... ..	0,30	A B C del Comunismo.—Bujarin... ..	2,00
El extremismo, enfermedad infantil del Comunismo.—Lenin... ..	2,00		
La lucha contra la provocación. Programa y estatutos de la I. C.... ..	1,25		
Programa y estatutos de la I. J. C.... ..	1,50		
Acta de acusación contra el "Partido Industrial". —Kri-			

Todas estas obras pueden adquirirse con un 25 por 100 de descuento en pedidos mayores de 10 pesetas. Envíos a reembolso.

Pedidos al APARTADO 12.009
M A D R I D

